# PARTE TERCERA

## I

### Hombres viejos

### I

Juan Pablo Rubín no podía vivir sin pasarse la mitad de las horas del día ó casi todas ellas en el café. Amoldada su naturaleza á este género de vida, habríase tenido por infeliz si el trabajo ó las obligaciones le obligaran á vivir de otro modo. Era un asesino implacable y reincidente del tiempo, y el único goce de su alma consistía en ver expirar las horas dando boqueadas y en ver cómo iban cayendo los períodos de fastidio para no volver á levantarse más. Iba al café al medio día, después de almorzar, y se estaba hasta las cuatro ó las cinco. Volvía después de comer, sobre las ocho, y no se retiraba hasta más de media noche ó hasta la madrugada, según los casos. Como sus amigos no eran tan constantes, pasaba algunos ratos solo, meditando en problemas graves de política y filosofía, contemplando con incierto y soñoliento espíritu las escayolas de la escocia, las pinturas ahumadas del techo, los fustes de hierro y las medias cañas doradas. Aquel recinto y aquella atmósfera éranle tan necesarios á la vida, por efecto de la costumbre, que sólo allí se sentía en la plenitud de sus facultades. Hasta la memoria le faltaba fuera del café, y como á veces se olvidara en la calle de nombres ó de hechos importantes, no se impacientaba por recordar, y decía muy tranquilo: "En el café me acordaré." En efecto, apenas tomaba asiento en el diván, la influencia estimulante del local dejábase sentir en su organismo. Heridos el olfato y la vista, pronto se iban despertando las facultades espirituales y la memoria se refrescaba, y el entendimiento se le desentumecía. En el café las sensaciones íntimas que [illegible] hogar doméstico, y al entrar le sonreían todos los objetos, como si fueran suyos. Las personas que allí [illegible] constantemente, el mozo y el [illegible], ciertos parroquianos fijos, se le representaban como [illegible] dos estrechamente á él por lazos de familia. Hasta con la jorobadita que vendía en la puerta fósforos y periódicos tenía un cierto parentesco espiritual.

Pero aunque Juan Pablo se encariñaba de

este modo con el local, había cambiado de café bastantes veces en el espacio de [redacted] cinco años. [redacted] esto [redacted] mudar de [redacted], y como todos los cafés de Madrid se parecen [redacted] mismo [redacted] que se parecen las casas, Juan Pablo llevaba en sí [redacted] su domesticidad [redacted], y á los dos días de frecuentar un café, ya se encontraba en él como en familia. Los cambios eran determinados por ciertas corrientes de emigración que hay en la sociedad de los vagos y que no se sabe á qué obedecen. Unas veces [redacted] el impulso [redacted] de variar se iba á [redacted] otro café pretextando que había mejor servicio. Otras veces la emigración era motivada por una cuestión desagradable [redacted] con [redacted] *señor de la mesa próxima*. Ya provenía de que el amo del café *se* [redacted] *portaba cochinamente* cobrando á la tertulia unas copas que se habían roto [redacted] las verdaderas causas de la muerte de Concha en Montemur[redacted]; ya, por fin, un desmejoramiento progresivo é intolerable del *género*, [redacted] muchos [redacted] estrenar los establecimientos nuevos ó renovados. Juan Pablo no fué jamás iniciador de ninguna corriente de emigración; pero las seguía casi siempre. En estas corrientes es fácil que se pierda alguno de la partida, ó por reb lde á las mudanzas ó porque las deudas le cautivan en el antiguo local y allí le hipotecan la asistencia, pero en cambio siempre se gana algún tertulio nuevo que viene á refrescar las ideas y las bromas.

Quien se hubiera tomado el trabajo de seguir los pasos [redacted] Rubín d sde el 6[redacted] al 74, le habría visto parroquiano del café de San Antonio en la Corredera de San Pablo, después del Suizo Nuevo, luégo de Platerías, del Siglo y de Levante [redacted] un solo año le vería en cierta ocasión prefiriendo los cafés cantantes y en otra abominando de ellos [redacted] de Gallo ó [redacted] de la Concepción Jerónima cuando quería hacerse el invisible, y por fin, sentar sus reales en uno de los más concurridos y bulliciosos de la Puerta del Sol.

Al medio día era siempre de los [redacted], porque se levantaba tarde; por la noche era infaliblemente el primero. Rara vez [redacted] encontraba ya allí á don

Evaristo Feijóo ó á Leopoldo Montes. La tertulia de la noche tenía su personal distinto de la del día, y eran pocos los que asistían á una y otra. Sólo Rubín era [redacted] en ambas. La peña aquella ocupaba tres mesas, y antes de que los parroquianos llegaran el mozo les ponía á todos el servicio. Juan Pablo entraba á las ocho, cuando aún no había en el local más que tres ó cuatro personas, y los mozos estaban de conversación sentados junto al mostrador. En éste, el amo ó encargado preparaba los servicios, poniendo pilas de platillos de azúcar. Cada instante se abría la puerta de cristales [redacted] paso á algún parroquiano, que entraba quitándose la bufanda ó desembozándose y luégo se cerraba con [redacted] batacazo, para volverse á abrir en seguida con [redacted] chirrido de goznes mohosos. Era un [redacted] *chirris*... entrada del individuo con su puro de estanco en la boca... después *pum* y otra vez *chirris*...

El amo saludaba [redacted] desde el mostrador [redacted] Los más gustaban de que se les sirviera el café sin ninguna tardanza, y daban palmadas si el chico no venía pronto. Juan Pablo entraba despacio y muy serio como hombre que va á cumplir una obligación sagrada. Dirigía el paso gravemente hacia las mesas de la derecha y se sentaba siempre en el propio sitio con matemática exactitud. El mozo le saludaba en el momento de dar un restregón con el paño á la mesa, y él contestando con cierta dignidad, [redacted] las manos, se acomodaba bien en el asiento, conservando la capa sobre los hombros, después acercaba el vaso, poniendo á la derecha, á la discreta distancia á que se pone el tintero para escribir, el platillo del azúcar, y luégo atendía á la operación de verter en el vaso la leche y el café, poniendo mucho cuidado en que las proporciones de ambos líquidos fueran convenientes y en que el vaso se llenara sin rebosar. Esto era elemental. Después cogía la cuchara con la mano izquierda y con la derecha iba echando los terrones [redacted] dirigiendo miradas [redacted] á todo el local y á las personas que entraban. Como veterano del café, sabía tomar [redacted] con aquella lentitud que [redacted] de todo acto importante [redacted] se había charlado mucho cuando Rubín apenas llegaba á los últimos tragos.

Imposible que la historia siga á este hombre en todos sus períodos cafeteros. Pero no se puede pasar en silencio la etapa aquella de la Puerta del Sol, en que Rubín tenía por tertulios y amigos á D. Evaristo González Feijóo, á don Basilio Andrés de la Caña, á Melchor de Relimpio y á Leopoldo Montes, personas todas muy dadas á la política, y que hablaban del país como de cosa propia. Teniendo todos la misma manía, cada cual cultivaba una especialidad, pues Leopoldo Montes ~~todos los días~~, infaliblemente, noticias de crisis; D. Basilio descendía siempre á menudencias de personal; Relimpio era procáz y malicioso en sus juicios; Rubín descollaba por suponerse que todo lo sabía y que se anticipaba á los sucesos ~~previéndolos ó adivinándolos~~, y por último, Feijóo era profundamente escéptico, y tomaba á broma todas las cosas de la política.

Allí brillaba ~~en todo su~~ esplendor esa fraternidad española en cuyo seno se dan mano de amigo el carlista y el republicano, el progresista de cabeza dura y el moderado implacable. Antiguamente los partidos separados en público, estábanlo también en las relaciones privadas; pero el progreso de las costumbres trajo primero cierta suavidad en las relaciones personales, y por fin la suavidad se trocó en blandura. Algunos creen que hemos pasado de un extremado mal á otro, sin detenernos en el medio conveniente, y ven en esta fraternidad una relajación de los caracteres. Esto de que todo el mundo sea amigo particular de todo el mundo es síntoma de que las ideas van siendo tan sólo un pretexto para el país. Existe una confabulación tácita (no tan escondida que no se encuentre á poco que se ~~busque~~ en los políticos), ~~un convenio tácito~~ por cual se establece el turno en ~~el poder~~. En esto consiste que no hay aspiración, por extremada que sea, que no se tenga por probable; en esto consiste la inseguridad, única cosa que es constante entre nosotros, la ayuda masónica que se prestan todos los partidos desde el clerical al anarquista, lo mismo dándose una credencial ~~vergonzante~~ en tiempo de paces, que otorgándose perdones é indultos en las guerras y revoluciones. Hay algo de seguros mútuos contra el castigo, razón por la cual se miran los hechos de fuerza como la cosa más natural mundo. La moral política es como una capa con tantos remiendos, que no se sabe cuál es el paño primitivo.

Hablando de esto Feijóo y Rubín achacaban la relajación de los caracteres á los desengaños. "Yo—decía Feijóo,—soy progresista desengañado, y usted ~~carlista~~ desengañado. Tenemos algo de común: el creer que todo esto es una comedia y que sólo se trata de ~~mamar del presupuesto~~.

5ª

II

Don Evaristo González Feijóo merece algo más que una mención en este relato. Era hombre de edad, solterón, y vivía desahogadamente de sus rentas y de su retiro de coronel de ejército. A poco de la guerra de Africa, abandonó el servicio activo. Era el único individuo de la tertulia que no tenía trampas ni apuros de dinero. Su existencia era plácida y ordenada, en admirable armonía con su persona pulcra, robusta y simpática. Su facha denunciaba su profesión militar y su [illegible] hidalga; tenía bigote blanco y arrogancia marcial, continente reposado, ojos [illegible], sonrisa entre picaresca y bondadosa; vestía con mucha corrección y limpieza, y su palabra era sumamente instructiva, porque había viajado y servido en Cuba y en Filipinas; había tenido muchas aventuras y visto muchas y muy extrañas cosas. No se admiraba de nada, ni se alteraba cuando oía expresar las ideas más exageradas y disolventes. Lo mismo al partidario de la inquisición que al petrolero más rabioso, les [illegible] Feijóo con frialdad benévola. Era indulgente con los entusiasmos, sin duda porque él había tenido también sus épocas de entusiasmo. Cuando oía alguno expresarse con fe y [illegible] oíale con la paciencia compasiva con que se oye á los locos. También él había sido loco; pero ya había recobrado la razón, y la razón en política era, según él, la ausencia completa de fe.

En las tertulias de los cafés hay siempre dos categorías de individuos, una es la de los que [illegible] de la conversación, [illegible] do noticias absurdas, poniendo comentarios al suceso del día, diciendo [illegible] bromas groseras sobre personas y cosas; otra es la de los que dan la última palabra sobre lo que se debate, soltando un juicio [illegible] y reduciendo á su verdadero valor las bromas y los dicharachos. Donde quiera que hay hombres, hay autoridad, y estas autoridades de café, definiendo á veces, á veces profetizando y siempre influyendo por la [illegible] aparente de sus juicios sobre la vulgar multitud, constituyen una especie de opinión, que suele traslucirse á la prensa, allí donde no existe otra [illegible] Es una opinión de pena, como suele decirse, que hace las veces de la verdadera, cuando ésta no funciona, como acontece casi siempre,

reflejábase en

vivos

mos

se

ó t

ba ante él

doctoral

sensatez

HC

o

natural

esmero

1º

escuchaba

también los había padecido.

calor

llevan-

ponen la broza

de mejor ley.

Bueno. Los que ejercen autoridad en los círculos ó tertulias de café suelen sentarse en el diván, esto es, de espaldas á la pared, como si presidieran ó constituyeran tribunal. Juan Pablo y Feijóo pertenecían á esta categoría; pero el segundo no se sentaba nunca en el diván, porque le daba calor la pana, sino en una de las sillas de fuera, tomando café en un ángulo de la mesa, y volviendo la espalda á los individuos de la mesa inmediata.

En cambio, D. Basilio Andrés de la Caña, que era vulgo, se sentaba siempre en el diván. Gustaba de ocupar posiciones superiores á las que merecía, y recostaba en el [illegible] de los espejos su cabeza calva y lustrosa. Usaba gafas, y su nariz pequeña [illegible]. Cerraba los ojos cuando daba una respuesta difícil, como hombre que quiere reconcentrar bien el pensamiento. Su frente era espaciosísima y su fisonomía de esas que parecen revelar un entendimiento profundo. Tenía algún parecido con Cavour, de lo que provenían las bromas un tanto pesadas que le daban. Para juzgar su talento, acudirémos á un dicho de Melchor de Relimpio: "El mejor negocio que se podría hacer en estos tiempos, ¿á que no saben ustedes cuál es? Pues abrirle la cabeza á D. Basilio y sacarle toda la paja que hay dentro para venderla."

Y D. Basilio, que tenía cierta sagacidad de asno viejo, sabía sacar partido de su fisonomía engañosa y de aquel aire de *hombre de* que le daban su calva de calabaza, su frente abovedada, sus anteojos y su naríz chiquita y prismática. Más de una vez los ministros á quienes se presentó experimentaron los efectos de fascinación que aquella carátula ejercía sobre el vulgo, y le tomaron por una eminencia no comprendida. Siempre que hablaba tomaba un tono tan solemne, que muchos incautos caían en grandes errores respecto á él. Consideraba la risa como cosa impropia de la dignidad humana, y habíala desterrado en absoluto de su cara, tomando por modelo una página del Nomenclator ó de la Memoria de la Deuda pública.

Dos fases tenía la vida de este hombre: el periodismo y la empleomanía. En la prensa, siempre estuvo encargado de la parte extranjera y de las cuestiones de Hacienda. Ni para una ni para otra cosa se necesitaba en el periodis-

mo antiguo saber escribir. Pero la Caña tomaba tan en serio estas dos ramas del conocimiento humano, que cuando trabajaba parecía que estaba escribiendo la *Crítica de la Razón pura*. Su sueldo en las redacciones no pasó nunca de treinta duros, cuando le pagaban. De las redacciones pasaba á las oficinas, y de las oficinas á las redacciones; de modo que cuando estaba cesante y la familia pereciendo, alegrábanse las Musas de la política extranjera y de la ciencia fiscal. Siempre fué mi hombre *arrimado á la cola*, como decían sus amigos; es decir, muy moderado, porque siempre le colocaban los doctrinarios. Su primer destino se lo dió Mon, y estuvo en Hacienda con ciertas alternativas hasta el período largo de la Unión liberal. Esta época fué su época funesta, y vivió miseramente de la pluma, preguntando todos los días á la conclusión del artículo: "¿qué hará la Rusia?„ y respondiéndose con la más deliciosa buena fe: "no lo sabemos.„ A Inglaterra la nombraba siempre *Gabinete de Saint-James*, y á Francia el *Gabinete de las Tullerías*. Dominó de tal modo esta literatura, que se llegó á creer que la *Sublime Puerta* y el *Coloso del Norte* y la *Nebulosa Albión*, eran entidades de su invención, con las cuales hacía lo que le daba la real gana.

Durante el período revolucionario, pasó el pobre D. Basilio una trinquetada horrible, porque no quiso venderse ni abdicar sus ideas. Unicamente consintió en trabajar en un periódico liberal templado; pero... bien claro se lo dijo al director... nada más que para tratar de las cuestiones de Hacienda, con exclusión absoluta de toda idea política. Dicho y hecho: la Caña le largaba todos los días un articulazo que no leía nadie, criticando la gestión de la Hacienda; pero no así como se quiera, sino con números. "Con los números no se juega—decía él, y examinaba el presupuesto y lo desmenuzaba como si fuera la cuenta de la lavandera. Es que él dominaba aquellos asuntos de un modo soberano, y para él un presupuesto era la cosa más sencilla del mundo. "Si esta gente no comprende—decía en el café inflado de autoridad, —que sin presupuesto no hay política posible, ni hay país, ni nada. Estoy cansado de decírselo todos los días. Y nada; como si se lo dijera á este mesa. Cuidado que he examinado una por una todas las cifras, y créanlo ustedes, pa-

rece mentira que ese buñuelo haya salido de las oficinas de Hacienda. No tiene pies ni cabeza... Pero si es lo que yo digo: ese señor (el Ministro del ramo) no sabe por dónde anda ni en su vida las ha visto más gordas... No da pie con bola. Cuidado que [illegible]. Pero nada... no lo quieren entender, y así estamos siempre.

Después de dar un gran suspiro, expresando con lástima consagrada al pobre país, seguía tomando su café con indolencia, pero con apetito, porque para D. Basilio era verdadero alimento, y lo tomaba colmado, en vaso, y dejando rebosar todo lo posible en el plato para trasegarlo después frío al vaso. En los últimos años de la Revolución, D. Manuel Pez le dió un destinillo en el Gobierno civil, y él lo aceptó como ayuda hasta que vinieran tiempos mejores; pero estaba descontento, no sólo por lo mezquino del sueldo, sino por razones de dignidad. Los amigos que le oían quejarse, comparando la exigüidad de la paga con la muchedumbre de bocas que constituían su familia, le consolaban cada cual á su manera; pero él decía invariablemente: "y sobre todo, lo que más me contrista es no estar *en mi ramo*." Su ramo era la Hacienda.

M.C.D.2020

"Porque es preciso hacerse cargo. Yo no soy de los que sirven para todo. Es triste que no se emplee uno en aquello que sabe, en aquello á que ha consagrado toda la vida. A mí que no me saquen de mis números. Ni entiendo ni quiero entender de otra cosa.

La conversación del círculo, que empezaba casi siempre con el tema de la guerra, pasaba insensiblemente al de los empleos. Leopoldo Montes, cesante eterno, Relimpio, y otros que tenían entre los dientes alguna piltrafa del presupuesto, se arrojaban con deleite famélico sobre aquel tema picante.

"Usted, ¿cuánto tiene?

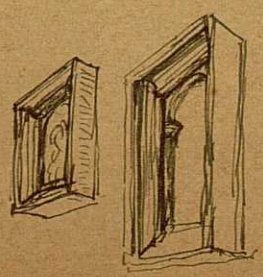
—Yo *catorce*; pero me corresponden *dieciseis*, Fulano que estaba por debajo de mí en la Ordenación de pagos, tiene ya *veinte*, y yo llevo diez años con *catorce*.

—Pues yo—decía D. Basilio—cuando estaba *en mi ramo*, llegué á *veinte*, pasé. Con este desbarajuste que hay ahora no se sabe ya por dónde anda uno. El día que vuelva á *mi ramo*, no admito credencial que sea inferior á treinta.

—Pero como aquí no hay derechos adquiridos... Yo entré en Penales con *ocho*, después me pasaron á Instrucción pública con *diez*, luégo cesante, y al fin, para no morirme de hambre, tuve que aceptar *seis* en Loterías.

—Pues yo—oíase una voz salida de una cara escuálida y caduca, en la cual parecían estar impresas todas las tristezas de la Administración española,—no pido más que dos meses, dos meses más de activo para poderme jubilar por Ultramar. He pasado el charco siete veces, estoy sin sangre, y sólo pido dos meses para retirarme á descansar con doce. ¡Maldita sea mi suerte!

El cesante más digno de conmiseración es aquel que sólo pide dos meses, dos meses más de empleo para poder reclinar sobre la almohada de las Clases Pasivas una frente cargada de años, de sustos y de servicios.

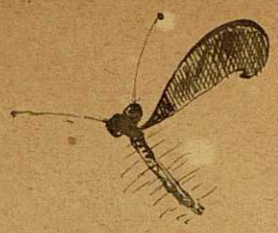


III

De ocho á diez estaba el café completamente lleno, y los alientos el vapor y el humo hacían un potaje atmosférico que indigestaba los pulmones. A las nueve, cuando aparecía *La Correspondencia* y los demás periódicos de la noche, aumentaba el bullicio. La jorobada y un su hermano, también algo cargado de espaldas, entraban con las manos de papel, y dando brazadas por entre las mesas del centro, iban alargando periódicos á todo el que los pedía. Poco después empezaba á clarear la concurrencia; algunos se iban al teatro, las peñas de estudiantes ~~empezaban á disolverse~~, porque hay muchos que se van á estudiar ~~á los Ateneos y círculos. Son~~ bastantes ~~las personas~~ que se retiran entre diez y once. A las doce vuelve á animarse el local con la gente que regresa del teatro y que tiene costumbre de tomar chocolate ó de cenar antes de irse á la cama. Después de la una sólo quedan los enviciados con la conversación, los adheridos al diván ó á las sillas por ~~fuerza irresistible~~, las verdaderas ostras del café.

Juan Pablo ~~[illegible]~~ cerraban las puertas, y de todos sus amigos el único que ~~hasta tan tarde~~ le acompañaba era Melchor de Relimpio. Iban juntos hacia su barrio y á veces el uno ~~acompañaba~~ al otro ~~hasta~~ la puerta de su casa, sin cesar de charlar hasta el momento en que venía el sereno á abrir. Si la noche estaba buena, solían darse una hora más de conversación, vagando por las calles.

¿De qué hablaban aquellos hombres durante tantas y tantas horas? ~~Cuando la única ocupación de la vida es charlar, ¿de qué se charla? Esta pregunta se harán todos aquellos que consagran algunas horas á cualquier trabajo, aunque sólo sea el trabajo figurado de la mayor parte de las oficinas. Pues se charla de todo,~~



# 4.º Seguido

[redacted] El español es el sér más [redacted] que existe sobre la tierra, y cuando no tiene asunto de conversación, habla de sí mismo; dicho se está que ha de hablar mal. En nuestros cafés se habla de cuanto cae bajo la [redacted] de [redacted] humana. Oyense en tales sitios vulgaridades groseras, y también conceptos ingeniosos, [redacted] discretas y oportunas. Porque no sólo van al café los perdidos, también van personas ilustradas y de buena conducta. Hay tertulias de militares, de ingenieros; las de empleados y estudiantes son las que más abundan, y los provincianos forasteros llenan los huecos que aquellos dejan. En un café se oyen las cosas más [redacted] y también las más sublimes. Hay quien ha aprendido todo lo que sabe de filosofía en la mesa de un café, de lo que se [redacted] que hay quien en la misma mesa [redacted] de los sistemas filosóficos. Hay notabilidades de la tribuna ó de la prensa, que han aprendido en los cafés todo lo que saben. Hombres de poderosa asimilación ostentan [redacted] cierto caudal de conocimientos, sin haber abierto un libro, y es que se han apropiado ideas vertidas en esos círculos nocturnos por los estudiosos que se permiten una hora de esparcimiento en [redacted] tertulias amenas y paternales. También van sabios á los cafés; también se oyen [redacted], observaciones elocuentes, exposiciones de profundas doctrinas. No es todo frivolidad, anécdotas callejeras y mentiras. El café es como una gran feria en la cual se cambian infinitos productos [redacted] humana. Claro que dominan las baratijas; pero entre ellas corren, á veces sin que se las vea, joyas de inestimable precio.

La mesa presidida por Juan Pablo Rubín, era la segunda entrando á la derecha. La mesa inmediata pertenecía al mismo círculo de amigos; después seguía la de los *curas de tropa*, llamada así porque concurrían á ella tres ó cuatro sacerdotes, de éstos que se podrían llamar sueltos, y que durante la noche y parte del día hacían vida laica. A esta mesa solía ir Nicolás Rubín, vestido de seglar como los otros, de transición amistosa entre aquel círculo y el próximo, donde su hermano estaba. Los dos círculos vecinos vivían en excelentes relaciones, y á veces se entremezclaban los apreciables sujetos que los componían. A la mesa de los curas seguían dos de escritores, periodistas y autores dramáticos. Federico Ruiz iba por allí muy á menudo, y como era hombre tan comunicativo, metía baza con los curas, de lo que resultó que éstos se familiarizaran por una banda con la gente de pluma, y por otra con los amigos de Rubín y Feijóo. A los escritores seguían los *chicos de caminos*, que ocupaban las dos mesas del ángulo. Allí empezaba lo que llamaban el *martillo*, ó sea el crucero del vastísimo local. Dicho crucero era como un segundo departamento del café, y estaba ocupado por estudiantes, en su mayoría gallegos y asturianos, que metían una bulla infernal.

En el costado izquierdo del salón principal había tan diversa gente, que no es fácil describirla; pero alguna fisonomía hemos de sacar de aquel pastelón de cabezas. Los veladores del centro eran la parte ocupada por el público que podríamos llamar indiferente, aunque también había parroquianos fijos y aun ostras de las más adheridas.

Como todo esto que cuento se refiere al año 74, natural es que en el café se hablara principalmente de la guerra civil. En aquel año ocu-

rrieron los sucesos y lances más notables de aquella lucha, el sitio de Bilbao, la muerte de Concha, y por fin, el pronunciamiento de Sagunto. Raro era el día que no echaban los periódicos un extraordinario anunciando encuentros ó desembarcos de armas, movimientos de tropas, cambios de generales y otras cosas que por lo común daban pié á inacabables comentarios.

"¿Se ha enterado usted, Rubín?—decía Feijóo al tomar asiento junto al ángulo de la mesa, y quitando de la boca del vaso el platillo del azúcar.—Parece que Lorregara se ha corrido hacia Viana.

—Descuide usted—replicaba Juan Pablo con suficiencia. —No saldrán del circulito de las Provincias Vascongadas y Navarra. Les conozco bien... Todos los jefes no van más que á hacer su pella... El día en que haya un gobierno de pecho que les quiera comprar, se acabó la guerra.

—¡Pero, hombre!

—No hay más que hablar. Pillería aquí, pillería allá, y todo una gran pillería.

—Aquí no hay más que [illegible]—decía uno de los curas de tropa alzando la voz en la mesa inmediata.—La guerra no se acaba porque los militares les conviene que no se acabe. Los de acá y los de allá no están por la paz. ¿Pero qué me dicen ustedes á mí que he visto aquello? Yo he servido en el *cuarto montado*, he visto de cerca la guerra... y no se acaba, no se acabará mientras [illegible] unos y otros.

—Qué fuerte está el señor capellán—dijo Feijóo sonriendo, y no dijo más porque entró D. Basilio y en tono de gran misterio se expresó de este modo:

# 14

"Cuando digo que hay novedades..."

Después que le sirvieron el café, agachó la cabeza, y en el círculo que formaban las cuatro ó cinco cabezas de sus amigos que se alargaron para oirle, hizo la confidencia:

"Se lo digo á ustedes en gran reserva.

—¿Pero qué es?

—[illegible]. Sagasta está disgustado. Me lo ha dicho su secretario particular.

—¡Ah! yo también lo oí—[illegible] Relimpio.—Disgustado es cierto... como que tiene dolor de muelas.

—El motivo—[illegible] la Caña radiante,—no lo sé. Cada uno piense como quiera. Yo lo único que me permito decir es que esto está muy malo... pero muy malo.

—¿Pero no sabe usted más?—le preguntó Feijóo de una manera apremiante.—Yo creí que nos iba usted á dar noticia de la conferencia del duque con [illegible]... Y ahora sale con que Sagasta está [illegible]ado... Bien ¿y qué? Lo de la conferencia, ¿es cierto ó no?

Don Basilio solía llevar en la boca un palillo de dientes y tomándolo entre los dedos lo mostraba, accionando con él, como si [illegible] formara parte del argumento.

"Lo que yo sé—[illegible] con [illegible], ofreciendo el palillo á la admiración de sus amigos,—lo que yo sé es que esto está muy malo. Digo con Lorenzana: *Meditemos.*

El círculo de cabezas volvió á formarse, y en él echó D. Basilio su aliento como [illegible] saludador, antes de echar sus palabras. Era el tal aliento poco grato á la nariz de Feijóo, por lo cual se retiró discretamente.

Don Basilio estuvo vacilando entre su conciencia que le exigía callar, y el deseo de [illegible] la curiosidad de sus amigos. Por fin se violentó un poco para decir:

"Esta tarde, Romero Ortiz salió del ministerio á las cuatro y al pasar en coche por la calle del Amor de Dios, vió á [illegible] amigo, paró el coche, el amigo entró, y fueron...

—¿Pero quién era el amigo?

—Todo no se ha de decir... Pues bien; allá va: era *el pollo Romero*. Fueron... ésta sí que es gorda... á casa de D. Antonio Cánovas... Madera 1.

Dicho esto, la Caña se quedó muy serio, como quien no duda del efecto que causar sus palabras. Volvió á poner el palillo entre los dientes y ni siquiera miraba á sus amigos. "¿Y qué?—dijo Rubín con desabrimiento.—No veo la tostada.

—Pues, amigo mío—replicó D. Basilio con el tono de un hombre superior que no quiere incomodarse,—si usted no quiere ver la tostada, yo que le voy á hacer.

—¿Y qué más da que vayan ó no á casa de Cánovas?

—Nada, nada... la cosa no tiene malicia. Flojilla cosa es... ¿De qué pan hago las migas, compadre? Del tuyo que con el viento no se oye.

Después se permitió echarse á reir, cosa en él extrañísima.

"Este D. Basilio...

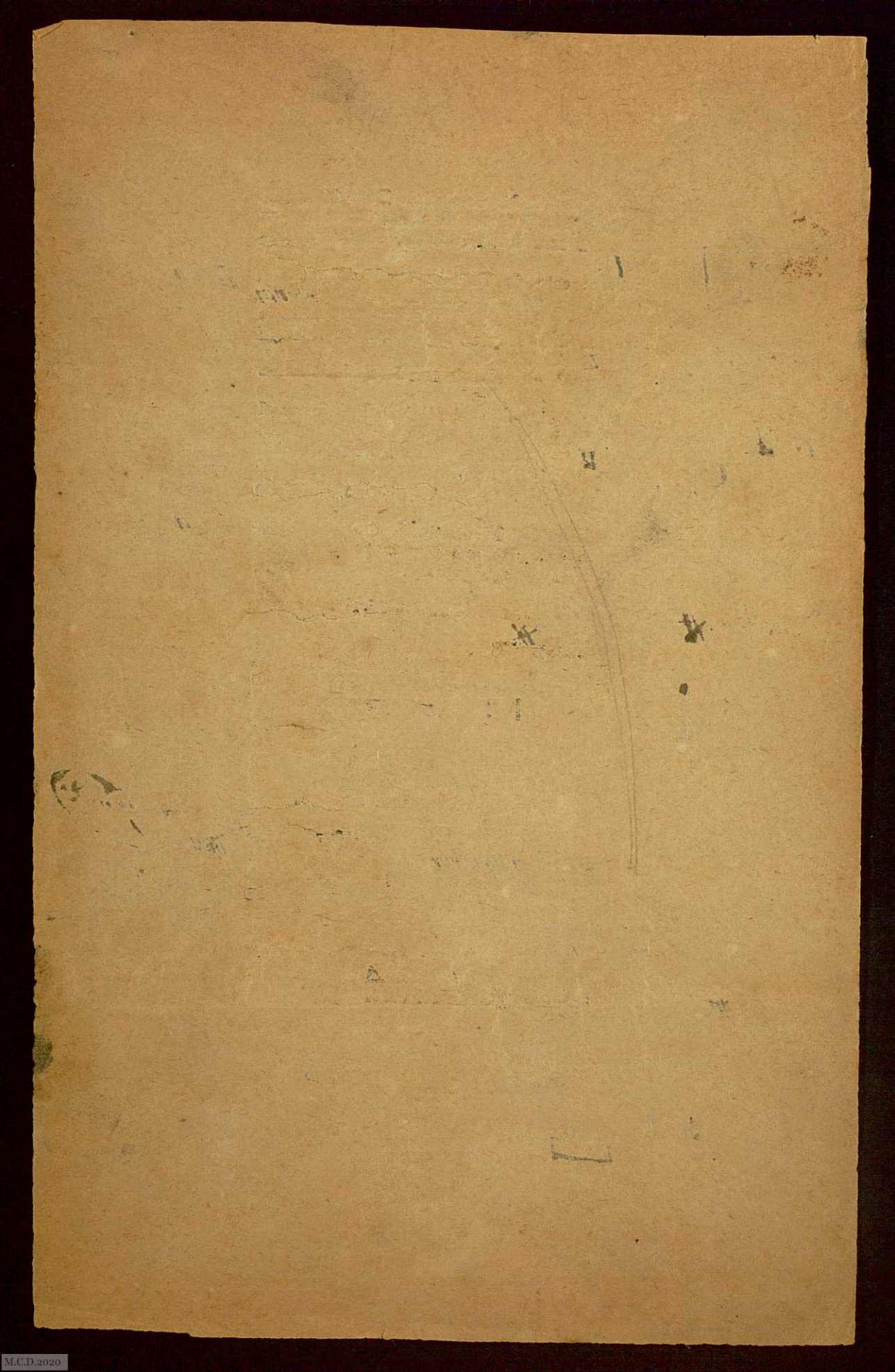
—Amigo—manifestó Feijóo con su franqueza habitual.—Confiese usted que la noticia que nos ha traido podrá ser ó no ser una sandéz.

—Bueno, mi Sr. D. Evaristo, usted crea lo que quiera. Yo me lavo las manos.

Esto de lavarse las manos lo repetía mucho la Caña; pero los hechos no correspondían á las palabras como lo demostraba la simple observación.

"Ustedes podrán creer lo que les acomode—repetía intentando elevar su dignidad de noticiero sobre las chacotas de sus amigos,—pero lo que yo les aseguro á ustedes es que antes de un mes está el Príncipe Alfonso en el Trono.

Risa general. D. Basilio se ponía colorado y después palidecía. Sus labios temblaban al aplicar á ellos el borde del vaso.



¿Á que no? — dijo con rabia Juan Pablo.— Eso, nunca. Antes que eso, que vuelvan ~~la República~~ y los cantonales. ¡Ni que fuéramos bobos ~~los españoles~~! Señores, ¿á ustedes les cabe en la cabeza que venga aquí el Príncipe Alfonso? Y detrás doña Isabel. ¡Bonito porvenir!... Otra vez ~~los moderados~~. Pero yo pregunto—añadió ~~exaltándose~~, dejando caer la capa y echando atrás el sombrero.—Yo pregunto: ¿qué gente tiene á su lado el Príncipe? A ver; responderme.

Don Basilio ~~que era muy tímido~~ no se atrevía á contestar. Su única manera de responder era tomar el aire de hombre profundo, que no se resuelve á ~~[illegible]~~ que le urgan en el cerebro.

—Responderme.

—Nadie... cuatro gatos — dijo ~~Leopoldo~~ Montes.

—Los que no supieron defender á su madre cuando la echaron, señores... Y ahora... Si quiere D. Basilio, pasarémos revista á todos los personajes del alfonsismo. Vamos, vengan ratas.

Don Basilio, por su gusto, se habría metido debajo de la mesa. No hacía más que morder el palillo y gruñir como un mastín que no se decide á ladrar ni quiere tampoco callarse.

"El alfonsismo es un crimen — ~~[illegible]~~ con la mayor suficiencia Leopoldo Montes, que no se paraba en barras para expresar una opinión.

—Un crimen ~~[illegible]~~ Rubín.

—Es lo que yo le decia anoche á Relimpio, que también se va cayendo de ese lado. En estos momentos, cuando no se sabe lo que saldrá de ~~[illegible]~~ guerra... Pues qué, si D. Carlos no fuera un necio, ¿no estaría ya en Madrid? ~~Si no estuviera rodeado de pillos~~...

—Pero y eso, ¿qué prueba?— ~~[illegible]~~ al fin don Basilio, viendo una salida favorable en la confusión en que su contrincante se metía;—¿qué tiene que ver...?

Lógica, señores, lógica.

—Nada, hombre, que no viene acá el Príncipe... que no viene... Yo se lo aseguro á usted.

—Pero...

—No hay pero... Que no viene, y no le dé usted vueltas, D. Basilio.

—Déme usted razones.

—Que no viene... Usted se convencerá, usted lo verá... Al tiempo...

—Pues al tiempo.

—Que no, hombre, que no. Si espera usted á que venga el Príncipe para que le lleven á usted *á su ramo*, menudo pelo va usted á echar...

—Si no se trata aquí de que yo eche pelo ni de que no eche pelo—manifestó D. Basilio incomodándose un poco y mostrando el palillo deshilachado.

Pero Rubín se puso á hablar con Feijóo, que le preguntaba con mucho interés por aquel inexplicable casamiento de su hermano con una mujer [illegible]

Don Basilio pegó la hebra con [illegible] los curas de tropa y con Nicolás Rubín, [illegible] ya tarde. En aquel círculo le hacían más caso que en el suyo, y se despachaba más á su gusto. Divididas las opiniones, el capellán del cuarto montado votaba por el Príncipe; pero el cura Rubín y otros dos que allí había bufaban sólo de oir hablar del alfonsismo. D. Basilio, dejándose caer de aquel lado apoyado en el codo, les revelaba secretos con [illegible] reserva, no faltaba más que dar algunos perfiles á la cosa. Todo [illegible] arreglado, y el primerito que estaba en el ajo era Serrano.

"Lo que ustedes oyen... Al tiempo... Ustedes lo han de ver... y pronto, muy pronto.

Después [illegible] con disimulo todos los terrones de azúcar que podía, y se marchaba á su casa, despidiéndose de cada uno particularmente con apretón de manos ó palmada en el hombro.

Enrique

18

IV

Rubín, después de su fracaso en el campo y corte de D. Carlos, había tomado en aborrecimiento á los hombres del bando absolutista; pero conservaba las ideas autoritarias y la ~~creencia~~ opinion de que no se puede gobernar si no dando muchos palos. Toda la parte religiosa del programa carlista la descartaba, quedándose tan sólo con la política, porque ya había visto prácticamente que los curas lo echan todo á perder ~~y que no se puede ir con ellos á ninguna parte.~~

Decía que su ideal era *un gobierno de leña*, ~~un gobierno~~ que hiciera las leyes y las aplicara sin contemplaciones, mirando siempre á la justicia, con una tranca muy grande y siempre alzada en la mano. Este sistema autocrático comprendía los ~~procedimientos~~ de gobierno más que las ideas y soluciones, porque entre las que profesaba Rubín habíalas marcadamente ~~liberales~~, populares y aun socialistas. Uno de sus temas era este: "~~es preciso~~ que todo el mundo coma." Porque el hambre y la pobretería es lo que estorba la acción de los gobiernos, lo que da calor á las revoluciones ~~y lo que mantiene~~ á la nación en la intranquilidad y el desbarajuste." Este socialismo sin libertad, combinado con el absolutismo sin religión, formaba en la cabeza de aquel buen hombre un revoltijo de mil demonios ~~y como se expresaba siempre con mucho calor y nervio, ya parecía fanático absolutista, ya demagogo furibundo.~~

Otro de sus temas era: *No más pillos y pena de muerte al ladrón.* O ~~en otros términos~~ castigo inmediato y cruel á todos los que ~~van~~ al gobierno con el único fin de hacer chanchullos. ~~La ráfaga~~ de ambición que ~~[illegible]~~ la mente de todo español con más ó menos frecuencia haciéndole decir *si yo fuera poder*, le soplaba á Rubín dos ó tres veces cada día, más bien como ~~un~~ sueño que como ~~una~~ esperanza; pero en ~~las~~ horas de soledad se adormecía con aquella idea y ~~le daba mil vueltas. Se reía solo, y su soberbia se crecía como el huevo batido formando~~ espumarajos. ~~Su~~ conclusión ~~constante~~ de esta ~~voluptuosidad~~ mental, era que "aquí lo que hace falta es un hombre de ~~buena fe y de muchos~~ riñones, un ~~[illegible]~~ que tenga cada riñón como la cúpula del Escorial."

(uguid)

nos

maneras

ernar

avanzadas

"Conviene

manteniendo

as

teóricas

mas

mas claro:

Sus

La

meneo

tio de mucho talento y

la trabajaba, batiéndola, como se bate la clara de huevo para que crezca y se abulte y forme

Su prisión por conspirador acentuóle más la soberbia y la propensión soñadora, aumentando al propio tiempo la heterogeneidad laberíntica de su programa político-social. Salió de la cárcel con la cabeza más aturrullada y los ánimos más encendidos. Entróle entonces cierto afán por las lecturas, porque reconoció la ignorancia y era preciso conocer las ideas de los grandes hombres y los sucesos notables que habían pasado en el mundo. Durante un par de semanas leyó mucho, devorando obras diferentes de política, historia y filosofía, y como tenía facilidad de asimilación y mucha labia, lo que leía por las mañanas lo desembuchaba por las noches en el café convertido en pajaritas. Pajaritas eran sus conceptos; pero no por serlo, dejaban de cautivar á D. Basilio, á Leopoldo Montes y al mismo Feijóo.

Un día se despertó pensando que debía estudiar algo de sistemas filosóficos y de ciencia de las religiones. El móvil de esto no era simplemente el amor al saber, sino un vivo deseo de tener argumentos con qué apabullar á los curas de la mesa próxima, que sólo por ser curas, aunque sueltos, le eran antipáticos, pues odiaba á la clase entera desde aquella trastada que las sotanas le hicieron en el Norte.

Poco á poco, á medida que iba acopiando argumentos, fué Rubín corriéndose á lo largo del diván, hasta que llegó á presidir la mesa de los capellanes. Eran éstos de buena sombra, muy echados todos para adelante, y ninguno de ellos se mordía la lengua fuera cual fuese el tema de que se tratara. Eran tres, y cuatro cuando iba Nicolás Rubín, que no era de los más asiduos. El principal de ellos era un viejo catarroso, andalúz, gran narrador de anécdotas, mal hablado, y en el fondo buena persona. Retirábase á las once y decía sus misitas por la mañana. Los otros dos eran [illegible] cura de tro-

pã, echado del servicio por no sé qué desafueros, y el ex-capellán de un vapor correo expulsado porque le cogieron contrabando de tabaco. Ambos eran buenos pecus; habían corrido mucho mundo, y estaban sin licencias, pasando las de Caín, echados de todas las iglesias y sin encontrar amparo en parte alguna. Esta situación les agriaba los caracteres, haciéndoles peores de lo que eran. Jamás se vestían de hábitos; pero conservaban la cara afeitada, como para estar disponibles en el caso poco probable de que los admitiesen otra vez en el oficio.

No sé cómo se llamaba el viejo catarroso; porque todos allí le nombraban *Pater*; hasta el mozo que le servía, dábale este nombre. El ex-castrense se llamaba Quevedo y era del propio Perchel, feo como la noche, picado de viruelas, de mirada aviesa y con una cara de secuestrador, que daría espanto al infeliz que se la encontrase en mitad de un camino o en despoblado. Bebía aguardiente como caballero como si fuera agua, y hablaba con desenfado, aunque sin malicia, como un hombre que no sabe lo que dice. Contaba hechos de armas y aventuras de cuartel con una gracia burda y una sinceridad cruda que [illegible]. El otro se llamaba Pedernero y era del propio Ceuta, hijo de una *oficiala* del Fijo, joven y simpático, modales mucho más finos que los otros dos, listo como un chorro de pólvora, y con un pico de oro que daba gusto. Para él no tenía secretos la vida humana ni la juventud. Su compañero Quevedo solía envolverse en formas hipócritas; Pedernero no. Se presentaba sin máscara, tal como era, y lo primero que decía era que el Superior había hecho muy bien en quitarle las licencias.

El llamado *Pater* afectaba cierta [illegible] con los otros dos; les reprendía cuan-

dó decían alguna barbaridad y les daba buenos consejos, profesando el principio de que todo era tolerable cuando se trataba en broma. Él, por ejemplo, hablaba y oía, sobre todo oía, muchas cosas malas; pero su vida permanecía [illegible]. Tenía la cara redonda, blanca y risueña, y cuando estaba sin sombrero, parecía una mujer cincuentona, ama de canónigo No gustaba que le armasen en la mesa disputas violentas; sino que se mantuviese la tertulia en el terreno de las hablillas sabrosas, de los cuentos y de las chirigotas picantes, aunque fuesen sucias. Pues bien; en este círculo fué donde se introdujo Juan Pablo, con sus odios anticlericales y su pegadizo saber de teología y filosofía católica.

Empezó dando puntadas. Como era su [illegible] todos se reían y el *Pater* estaba en sus glorias. Pero poco á poco iba sacando Rubín proposiciones serias. El poder temporal del Papa fué puesto por los suelos, sin que ninguno de los tonsurados hiciese una defensa. El *Pater* y Quevedo tomaban la cuestión con calma, oponiendo [illegible] en estilo joco-serio, argumentos [illegible] á los ataques de Rubín. Pedernero lo echaba todo á chacota; pero una noche que Rubín, bien fresquecito y pegado con saliva el tema de la pluralidad de mundos habitados, Pedernero empezó á despabilarse. Era doctor en Teología, y aunque había ahorcado los libros hacía mucho tiempo, algo recordaba y tenía además grandes dotes de polemista. Rubín salió un tanto [illegible]; pero en retirada se defendía bien con su flexibilidad y agudeza. Más adelante [illegible] un arsenal de argumentos contra la revelación. "Esto no lo creen ya más que los [illegible]. Todo el Viejo Testamento no era más que un fraude, una imitación de las teogonías india y persa. Bien se veía la reproducción de los mismos mitos y de los propios misterios. El pecado original, la expulsión del paraíso, la encarnación, la redención, todo era una serie de manifestaciones poéticas y naturalistas que se reproducían al través de los siglos, lo mismo á orillas del Eufrates, que del Nilo, que del Jordán.

M.C.D.2020

"¿Sí? pues ahora lo verás." Esto se dijo Pedernero, cuyo amor propio de teólogo contrabandista se picó extraordinariamente. En dos ó tres días refrescó sus lecturas, rehizo su erudición descompuesta en los viajes y en la vida de [illegible], y bien preparado acudió al torneo á que el otro le retaba con sabidurías de tercera mano, aprendidas en los libritos franceses de ciencia popular á treinta céntimos el tomo. Pues amigo, una noche el ex-capellán del vapor-correo se lió la manta [illegible], y le dió tal paliza á Rubín, que ~~fué aquella memorable jornada en el café~~ Había que ver á Pedernero transfigurado, hecho un orador ardiente y lleno de arrogante facundia. El auditorio se estrechaba, y de las mesas próximas y de los veladores acudía gente que se apelmazaba en torno de los bravos ~~contendientes~~. Rubín era agudo, [illegible], guerrillero de la discusión; el otro dominaba el asunto y era firme y sobrio de palabras, seguro en ~~los argumentos~~. Total, que me lo dió unas palizas tales, que Rubín quedó ~~desconcertado y profundamente herido en su soberbia~~.

No pararon aquí las cosas. Rubín, lleno de despecho, ~~estudiaba~~ sus libritos de á treinta céntimos para buscar armas contra la Iglesia. Apenas las esgrimía, Pedernero le ~~desarmaba~~. El *Pater* no cabía en sí de gozo y bailaba en el asiento; Quevedo alargaba el hocico, y hasta se atrevía á decir *mu*, repitiendo las admirables razones de su amigo. Los demás tertulios se envalentonaban adhiriéndose algunos al bando de Pedernero, otros al de Rubín, no por convicción, sino por divertirse y aumentar [illegible]. ~~Eran los tres curas base de la tertulia de aquella mesa, pero eran también asiduos en ella~~ un agente de Bolsa riquísimo que con el *Pater*, llevaba [illegible] años de concurrir todas las noches á aquel mismo sitio, un bajo de ópera retirado, un empleado de ínfimo sueldo y el dueño de un [illegible] molino de chocolate. Los curas y estos cuatro señores formaban la [illegible] más fraternal que puede imagi-

M.C.D.2020

narse. Cada cual llevaba un bocado sabroso al festín de la murmuración, y pasaba dulcemente las horas sin tratarse fuera de aquel sitio, amigos allí, y distantes unos de otros en el comercio de la vida ordinaria. Tales son las amistades de café, sociedad de club bien distinta de la que establece relaciones íntimas entre los hombres.

Rubín, al verse vencido, pues hasta el agente de Bolsa que era el más libre pensador de todos se caía del lado de Pedernero, buscaba camorra, empleando argumentos de mala fé, y personalizando la disputa. El bajo de ópera resuelto adalid de la idea religiosa, y el del molino de chocolate azuzaba al que veía más fuerte para que la cosa se enfurruñara. Oíanse en aquella parte del café cláusulas [illegible]tes, proposiciones que parecían dichas en un púlpito, y á veces descollaba sobre el tumulto la voz de Pedernero gritando:

"Yo le digo á usted que ningún Santo Padre ha podido sostener ese disparate. Yo le reto á usted á que me traiga el texto, y si no lo trae, es prueba de que lo ha inventado usted.

Aquella noche quedó la cosa mal y el tono de los contendientes, así como la atmósfera caldeada que en la tertulia reinó, hacía temer una escena desagradable. La catástrofe tuvo lugar á la noche siguiente, pues habiéndose permitido hacer Rubín algunas apreciaciones desfavorables á la reputación de la Virgen María, saltó Pedernero de su asiento, trémulo y descompuesto, en estado de horrible agitación, lanzó á su contrario anatema tan furibundo, que los amigos les sujetaron [illegible] que se iban á pegar.

"Porque yo soy un perdis. Yo reconozco—dijo Pedernero ahogándose,—soy un mal sacerdote; pero delante de mí no hay un judío sin vergüenza que se atreva á hablar mal de la Virgen.

Llevando

an

Se creía en el deber de apoyar

ba, y no quedaban mas que los rabos.

No jorobar.

reticencias

lipendi.

que

gritaba el capellan

O se traga usted esas infamias ó le rompo el alma.... ahora mismo.

por haberla expresado tantas veces, con su sábana por la cabeza, haciendo el respetable papel de Sumo Sacerdote;

á los dos por ver si

furibundas

No hay quien describa lo que allí pasó. Voces, gritos, patadas, capas rotas, vasos volcados, terrones por el suelo. Rubín cogió una botella y apuntó al cura con tan deplorable acierto, que quedó descalabrado... el infelíz bajo de ópera. Se armó un zipizape horrible. D. Basilio tiró de los faldones á Rubín y se quedó con ellos en la mano. Todo el café se alborotó. El amo intervino...

Emigración. Desde el día siguiente Juan Pablo trasladó sus reales á otro café.

V

El primero que le [illegible] fué D. Evaristo González Feijóo, á quien era indiferente este ó el otro establecimiento con tal de encontrar á las personas cuya charla era para él imperiosa necesidad de la vida. Instaláronse provisionalmente en Fornos, y allí esperaron. A la segunda noche fué Leopoldo Montes, y á la tercera D. Basilio, que les encontró discutiendo en qué café se establecerían definitivamente. El escritor de Hacienda se apresuró á dar su opinión favorable al café de Santo Tomás, porque allí daban más azúcar que en ninguna parte. Replicó á esto Montes que no había que mirar el caso *bajo el prisma exclusivo* del azúcar y que el género que más importaba era el café. El de la Aduana estuvo á punto de triunfar; pero fué desechado por no estar siempre entre franceses, así como se desechó el Imperial por los toreros, y otros por los cursis que lo invadían. Feijóo se habría quedado allí; pero á Rubín le eran antipáticos los alumnos de escuelas preparatorias militares que frecuentaban el café á primera hora. Le molestaba también la costumbre que allí había de quitar gas á las diez de la noche cuando se retiraban los tales alumnos. El local se quedaba medio á oscuras, y no volvía á ser bien alumbrado hasta las doce, hora en que venían á cenar los bolsistas. A Rubín le cargaban también los bolsistas, que no hablaban más que de dinero.

Decidieron por fin establecerse en El Siglo de la calle Mayor, donde se encontraron bastantes personas conocidas. Rubín necesitaba algunos días para la aclimatación á nuevo local. Al principio cambiaba frecuentemente de mesa, bien porque el sitio era expuesto á las corrientes de aire, bien por ciertas vecindades que no le gustaban. Una de las primeras noches, cuando aún no habían llegado los amigos, Rubín estaba solo en la mesa, y ponía atención á dos grupos que junto á él [illegible]. En ambos era animado el diálogo. En el de la derecha decían: "Hoy he hecho yo unas cincuentas arrobas á veinticinco reales. Pero está la plaza perdida. Los paletos van aprendiendo mucho. Hoy han dicho que no traen más escarola si no se la ponemos á diez." En el grupo de la izquierda, compuesto de tres individuos, oyó Rubín lo siguiente: "Te aseguro que yo tras algotra la metempsicosis, según la entendían los [illegible]." Comprendió Rubín que los de la derecha eran asentadores de víveres y los de la izquierda filósofos de café. En el de El Siglo había una gran peña de espiritistas, á la que concurría por aquella fecha Federico Ruiz. Vióle Rubín, y se acercó á la tertulia, teniendo el gusto de discutir con los individuos más entusiastas de aquella secta. Entendía Juan Pablo que aquello de ir viajando de mundo en mundo después que uno se muere es muy aceptable; pero lo del *periespíritu* no lo tragaba, ni [illegible] de que vengan Sócrates y Cervantes á [illegible] con nosotros cuando nos place. [illegible] esto había mucho que hablar, y no de los más chiflados de la [illegible] se esforzaba en convencer á Rubín, tomando el tonillo de unción y ese amaneramiento de cuello torcido y ojos bajos en que cae todo propagandista de secta religiosa, cualquiera que sea. Feijóo aparentaba creer por darles cuerda y oirles desatinar. A aquel círculo iba Federico Ruiz, siempre con prisa y con el tiempo tasado, porque á

tal hora tenía que asistir á una junta para tratar de la erección de un monumento á Jovellanos; después á otra para ocuparse del banquete que se había de dar á los pescadores de provincia que vendrían al Congreso de piscicultura. Hombre más ocupado no se vió jamás en nuestro país, y como tenía tantas cosas en la cabeza, para no olvidar muchas de ellas, se veía obligado á apuntárselas con lápiz en los puños de la camisa. Cuando no tenía que ir á la Sociedad Económica, á defender su voto particular como individuo de la comisión informadora de reformas sociales, tenía que ir al *Fomento de las Ciencias* á dar su conferencia sobre la utilidad de elevar á estudio serio el arte de la panificación. Entre col y col, Ruíz pasaba un rato con sus amigos los espiritistas, y les alentaba á organizarse, á establecerse, á alquilar un local, y sobre todo á fundar un órgano en la prensa. Nada conseguirían sin órgano.

Iba también á aquella Aparisi el concejal, á quien tenían ya medio trastornado los apóstoles, y Pepe Samaniego, que no se dejaba embaucar, y Dámaso Trujillo, el dueño de la zapatería titulada *El ramo de azucenas*, que todo se lo creía como un bendito, y á solas en su casa hacía experimentos con una banqueta de zapatero. En la mesa de al lado había empleados de Hacienda, Gobernación y Ultramar, y una tanda de cesantes. Entre ellos vió Rubín al individuo á quien sólo faltaban dos meses para poder pedir su jubilación, y tenía pintada en su cara la ansiedad más terrible. Parecía un espectro, y cuando se acercaba á la mesa de los espiritistas, parecía uno de aquellos seres muertos hace miles de años, que de capitulo, llamados por el toque de la pata de un velador. El clima de Cuba y Filipinas le había dejado en los huesos, y como era todo él una pura mojama, destellaban en su cara las miradas de tal modo, que parecía que se iba á comer á la gente. A un guasón se le ocurrió

llamarle Ramsés II, y cayó tan en gracia el mote, que Ramsés II se quedó. Pasaba con desdén por junto á los espiritistas y se sentaba en el círculo de los empleados, oyendo más bien que hablando, y permitiéndose hacer observación con voz [illegible], que salía de su garganta como un eco [illegible] las frías cavernas de una pirámide [illegible]. "Dos meses, nada más que dos meses me faltan, y todo se vuelve promesas, que hoy, que mañana, que no hay vacante...„

Feijóo se arrimaba á él y le daba conversación, por lástima, animándole y procurando distraerle de su tema; pero Ramsés II, cuyo verdadero nombre era Villaamil, no tenía más consuelo que aplicar su oreja [illegible] y transparente á la conversación por si escuchaba algo de crisis, ó de [illegible] próxima que diese patas arriba con todo. Lo que él quería era que se armase gorda, pero muy gorda, á ver si...

"¿Pero á usted quién le recomienda?—le preguntó una noche Juan Pablo.

—Á mí D. Claudio Moyano.

—Pues entonces ya está usted fresco.

—Dicen que viene el Príncipe...—indicó Ramsés II con timidéz.

—Si; lo traerán los rusos... por las ventas de Alcorcón. Aviado está usted si espera á que venga el Príncipe... Aquí lo que viene es la liquidación social... y después, sabe Dios. Saldrá el hombre que hace falta, [illegible] un garrote muy grande y con [illegible]

Ramsés II bajaba la cabeza. D. Basilio era su único amigo, porque también tenía la chifladura de creer que vendría el Príncipe... "Por supuesto—añadía,—tiene que venir con la estaca de que habla el amigo Juan Pablo [illegible]

Rubín se encontraba bien en aquel círculo, pero una noche acertó á ver en las mesas de enfrente á un hombre que le desconcertó com-

[illegible]. Era un amigo suyo, que le había prestado dinero. La secreta antipatía que inspira el acreedor manifestábase en el alma de Rubín en forma de un odio recóndito, nacido quizás de la humillación que producen las deudas á [illegible] amor propio muy [illegible]. Y como estaba en descubierto con él, [illegible] de [illegible] el sentirse mirado por él producíale [illegible] un malestar indecible. Para el tal Cándido Samaniego, hombre medio curial y medio negociante, en su trato afable, en sus negocios duro. Muchas veces [illegible] renovó á Juan Pablo sus pagarés, y últimamente le había apremiado con cierta acritud. Rubín condensaba sus sentimientos respecto [illegible] en esta frase: "Pagarle y después romperle la cabeza." Desde que le veía en las mesas de enfrente, sentía una desazón profundísima, mal de estómago, y como ganas de enfadarse. Poníase [illegible] tan [illegible], que le habría tirado un botellazo al primer espiritista que hablase de llamar á Epaminondas para consultarle sobre la marcha de los carlistas por el Baztán.

Y el [illegible] de Cándido Samaniego se dejaba caer [illegible] mesas donde estaba Rubín, pretextando tener que hablar á su primo Pepe; pero con intención de aproximarse á Juan Pablo, ver lo que hacía y cruzar con él algunas palabras. El [illegible] deudor hacía de tripas corazón, y [illegible] cara [illegible], convidábale á tomar algo; [illegible] el usurero le daba las gracias, y si tenía ocasión le soltaba indirectas tan suaves como ésta: "Mire usted que no puedo más. Siempre me está usted diciendo que la semana que entra, y francamente... sentiré verme obligado..."

Á Rubín se le hacía aciba el café, y la tertulia un infierno. Érale insoportable la presencia de aquel hombre á quien no podía mandar á paseo, imagen viva del desórden de su vida, que le [illegible] como el espectro de una víctima, cuando más contento estaba. La única

delicia de su triste situación era el café. El café sueño Samaniego se lo trocaba en angustiosa pesadilla. No pudo más, y una noche, sin decir nada, levantó vuelo hacia otras regiones.

## VI

En esta nueva emigración, deseando estar lo más lejos posible del Siglo, se fué á [illegible], en la calle de Fuencarral, y no [illegible] más al Norte porque no había cafés en las latitudes tan altas de Madrid. Pero en esta deserción, ya no le acompañaron ni D. Basilio Andrés de la Caña, ni Montes; éste porque San Joaquín estaba demasiado lejos del centro, aquél porque ya se iba cargando de la pertinacia con que Rubín se burlaba de [illegible] profecías sobre [illegible] advenimiento del Principe. El mismo don Evaristo Feijóo le siguió de mal humor, diciéndole con desabrimiento que no le gustaban los cafés de piano, que el género y la sociedad no debían ser de lo mejor en aquellas alturas. Estuvieron solos algunos días. No veían por allí ninguna cara conocida, hasta que una noche se apareció en el local una pareja conocida. Eran Olmedo y Feliciana, el estudiante de farmacia amigo de Maxi [illegible] de casa de Fortunata. Ya no vivían juntos, porque Olmedo había dado un cambiazo en sus costumbres y [illegible] aplicadísimo á cara descubierta. Ya no se recataba para estudiar, y hacía públicas [illegible], con la mayor desvergüenza, de su decidida inclinación á tomar el grado aquel mismo año, llegando hasta la audacia de escribir un trabajo muy bueno sobre la dextrina, é ilusionándose con [illegible] de hacer oposición á la primera cátedra que vacase el año próximo. Pero se había encontrado á su antiguo amor hecha un pingo, y la [illegible] convidó á tomar café en aquel apartado establecimiento para que le diese [illegible] de su nueva vida. Más de dos horas estuvieron charlando los que fueron amantes, y ella no paraba el pico contando los malos tratos que le daba el hombre que á la sazón era su dueño [illegible]. Volvieron dos noches después á la misma mesa, y Rubín trabó conversación con ellos. Hablaron de la boda de Maximiliano y de [illegible] los sucesos que después vinieron, diciendo Juan Pablo que todo lo había él previsto y que su cuñada era una buena [illegible]

M.C.D.2020

M.C.D.2020

"Pero, hombre—dijo Feijóo á su amigo.—Y usted, ¿para qué dejó casar á su hermano?

Rubín se encogió de hombros.

—A mi hermano le falta un tornillo.

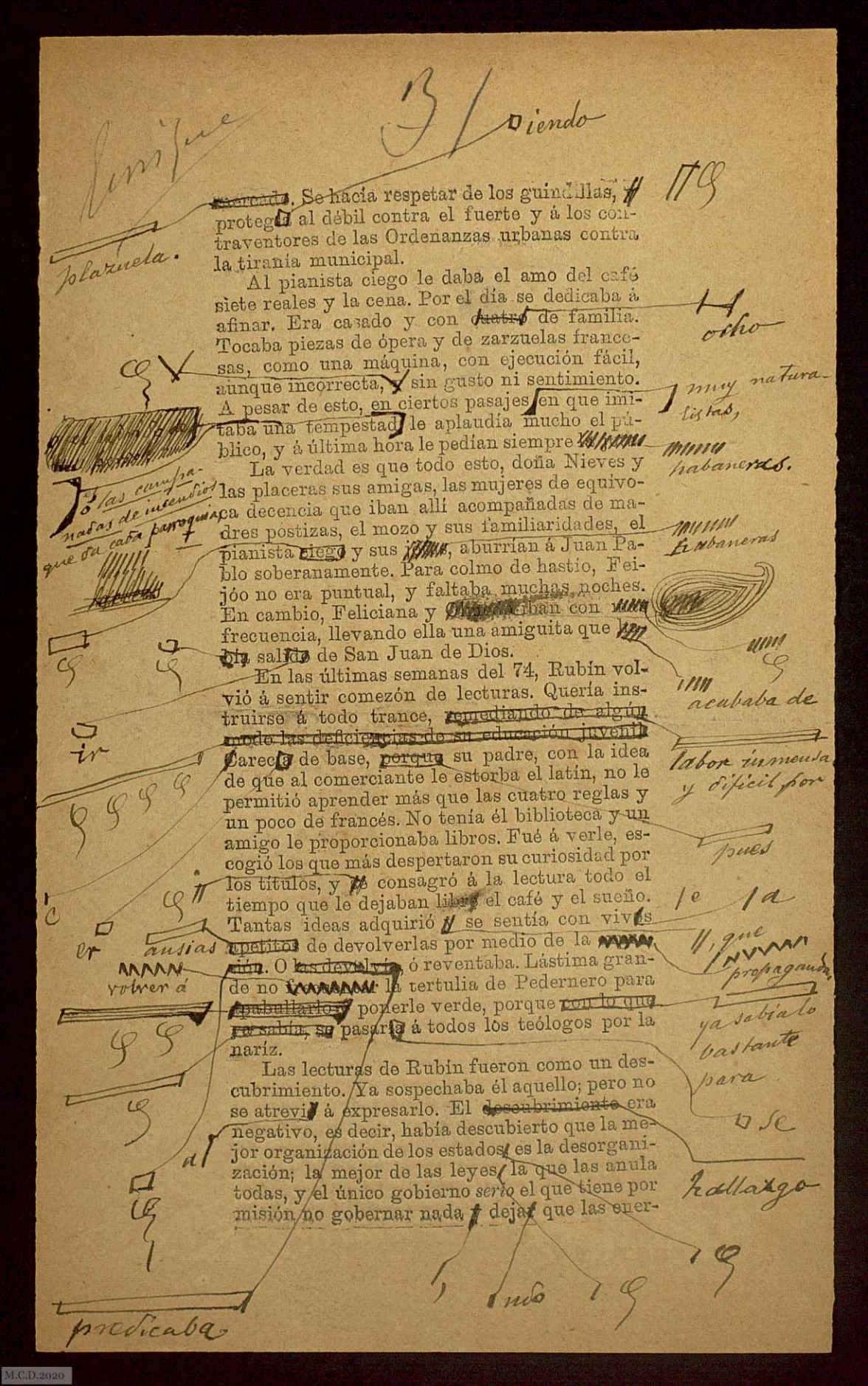
—¡Ah! como guapa, ya lo es—agregó con cierto entusiasmo.—La he visto ayer... mejor dicho, la he visto varias veces.

—¿Dónde?

—En su casa. Es largo de contar... otra noche.

Era sin duda cosa delicada para dicha delante de testigos, y éstos eran Olmedo con Feliciano, el pianista ciego que en los descansos solía agregarse á aquella plácida tertulia, y una señora jamona, [illegible] café de nueve á doce. La llamaban doña María de las Nieves, y era un de los tipos más notables que presenta Madrid en la variadísima serie de las figuras de café. Iba algunas veces sola, otras con una mujer de mantón que parecía [illegible]. Llevaba [illegible] toquilla colorada, que se quitaba al sentarse, y al punto se le armaba en la mesa una tertulia de hombres. Doña Nieves hablaba más que todos los demás juntos, abordando los temas políticos. Su tertulia era un portero del Colegio de Sordo-Mudos, un empleado del Tribunal de Cuentas, un [illegible] de tropa retirado del servicio [illegible], y dos individuos que tenían puesto de carne y frutas en la plaza de San Ildefonso. En esta sociedad reinaba doña Nieves como en un salón, siendo ella la que pronunciaba las frases maliciosas y chispeantes y los otros los que las reían. Corríase algunas veces hacia la mesa inmediata, sobre todo á última hora, cuando sus amigos, gente que tenía que madrugar, empezaba á desertar del [illegible]. Entonces se formaba una segunda peña. Doña Nieves, bien digerido el café, tomaba chocolate, y la acompañaban Juan Pablo, Feijóo, el pianista ciego, Feliciano, Olmedo y algún otro. El mozo mismo, que había llegado á familiarizarse con aquella gente, se agregaba también, tomando asiento á un extremo del corro para escuchar y aplaudir. Doña Nieves era propietaria de algunos puestos del mercado y los arrendaba, y por esto, así como sus muchas relaciones y los diferentes tratos en que andaba, y los anticipos que hacía á las placeras, ejercía cierto caciquismo en

M.C.D.2020



3

~~mercado~~. Se hacía respetar de los guindillas, protegía al débil contra el fuerte y á los contraventores de las Ordenanzas urbanas contra la tiranía municipal.

Al pianista ciego le daba el amo del café siete reales y la cena. Por el día se dedicaba á afinar. Era casado y con ~~cuatro~~ de familia. Tocaba piezas de ópera y de zarzuelas francesas, como una máquina, con ejecución fácil, aunque incorrecta, y sin gusto ni sentimiento. A pesar de esto, en ciertos pasajes en que imitaba una tempestad le aplaudía mucho el público, y á última hora le pedían siempre [illegible]

La verdad es que todo esto, doña Nieves y las placeras sus amigas, las mujeres de equívoca decencia que iban allí acompañadas de madres postizas, el mozo y sus familiaridades, el pianista ciego y sus [illegible], aburrían á Juan Pablo soberanamente. Para colmo de hastío, Feijóo no era puntual, y faltaba muchas noches. En cambio, Feliciana y [illegible] iban con [illegible] frecuencia, llevando ella una amiguita que [illegible] salido de San Juan de Dios.

En las últimas semanas del 74, Rubín volvió á sentir comezón de lecturas. Quería instruirse á todo trance, ~~remediando de algún modo las deficiencias de su educación juvenil~~ Carecía de base, porque su padre, con la idea de que al comerciante le estorba el latín, no le permitió aprender más que las cuatro reglas y un poco de francés. No tenía él biblioteca y un amigo le proporcionaba libros. Fué á verle, escogió los que más despertaron su curiosidad por los títulos, y se consagró á la lectura todo el tiempo que le dejaban libre el café y el sueño. Tantas ideas adquirió y se sentía con vivos apetitos de devolverlas por medio de la [illegible]. O las devolvía, ó reventaba. Lástima grande no [illegible] la tertulia de Pedernero para apabullarlo y ponerle verde, porque con lo que ya sabía, se pasaría á todos los teólogos por la naríz.

Las lecturas de Rubín fueron como un descubrimiento. Ya sospechaba él aquello; pero no se atrevió á expresarlo. El descubrimiento era negativo, es decir, había descubierto que la mejor organización de los estados es la desorganización; la mejor de las leyes la que las anula todas, y el único gobierno *serio* el que tiene por misión no gobernar nada y dejar que las ener-

32

gías sociales se manifiesten como les da la gana. La anarquía absoluta produce el orden verdadero, el orden racional y ~~verdade~~ramente humano. Las sociedades, claro, tienen sus edades como las personas: hay sociedades que están mamando, sociedades ~~adolescentes~~, sociedades jóvenes, y por fin, las maduras y dueñas de sí; sociedades con barbas, en una palabra, y también con algunas canas. Tocante á religiones y prácticas sociales que de ellas se derivan, Juan Pablo iba muy lejos, ~~lo más~~ lejos ~~posible~~; como que no ~~había de tomar~~ billete para tan largo viaje. Sólo en la edad pueril, cuando á la sociedad se le cae la baba y vive bajo la férula del dómine, se comprende que existe y tenga prosélitos la institución llamada matrimonio, unión perpétua de los sexos, ¿y á santo de qué? vamos á ver... ~~Contraviniendo la ley de Naturaleza~~. Eso sí, por encima de todo la Naturaleza. Estudiando bien la vida total, el entendimiento se limpia~~ba~~ de las telarañas que en él han ~~[illegible]~~ los siglos. La Naturaleza es la verdadera luz de las almas, el verdadero Mesías, ~~el Verbo~~. Ella se hizo á sí ~~misma~~, y en sus evoluciones eternas es siempre ~~igual á~~ sí misma.

propi

pollas,

pero muy

a

el Verbo,

propia,

sociedades que andan á gatas,

no le costaba nada el

subir esta frase

contraviniendo la ley de Naturaleza...

tejido

no el que ha de venir sino el que está siempre viniendo.

hija y madre de

¿Que tal? Toma canela fina.

Concibiendo y naciendo sin cesar,

Encontrábase mi hombre con fuerza dialéctica, ~~elocuencia y bríos~~ bastantes para ~~conocer~~ mundo ~~entero de~~ aquellas verdades. Pero como no tenía más público que la tertulia del café, con inocente auditorio tuvo que contentarse. ¿Y qué? ¡Cuánto mejor no era sembrar la nueva doctrina en entendimientos sencillos y absolutamente incultivados! ¿Pues el mismo Jesucristo no escogió por discípulos á unos infelices pescadores, hombres rudos que no conocían ninguna letra y á mujeres de mala vida? Ved aquí por dónde doña Nieves y las placeras sus amigas, Feliciana y ~~su compinche~~, la ~~alumna~~ de San Juan de Dios, el ~~mozo del café~~, el pianista, fueron escogidos para que Juan Pablo sembrara en ellos la primera ~~semilla~~ de aquellas ~~nuevas doctrinas~~. Por espacio de muchas noches hizo ~~exposiciones~~ acaloradas ~~de ellas~~. A veces se tenía que incomodar, porque le hacían observaciones estúpidas ó socarronas. Como se expresaba muy bien, oíanle á veces con gran atención, y las ~~mozas~~ del partido le ponían buenos ojos. El mozo era el más entusiasmado y decía: "Qué pico tiene este señor de Rubín."

Pasaba lo de la anarquía, y aun lo del matrimonio; pero en llegando á que todo es Naturaleza, reinaba gran confusión en el auditorio, y doña Nieves, tomando el caso á broma, pedía mayor claridad ~~en la exposición de tales doctrinas~~.

"Pero á ver, D. Juan Pablo, explíquese mejor... porque eso de que todos seamos todo ~~y todos~~, no lo calo yo bien.

—Lo primero—decía el expositor con ~~[illegible]~~,—es limpiar el entendimiento de errores adquiridos en la infancia, de perjuicios y ~~[illegible]~~, lo primero es *querer entender*. No se admiten argumentos que no sean racionales.

—¿Y cuando nos morimos?—preguntó una de las samaritanas, ¿qué pasa?

—Hija, cuando nos morimos, pasamos á ~~tenecer al~~ grandioso conjunto universal...

—*Mia* ésta... ¿Pues qué querías tú, seguir gozando y divirtiéndote por allá?

—¿Y Dios?

—¡Dios!... francamente, no me gusta, por ~~respetos~~ que se deben ~~siempre~~ á toda gran idea histórica, no me gusta, digo, hablar mal de El... ~~Así es que~~ me concreto á negarle... respetuosa-

mente.

—¡Dios, qué cosas se le ocurren! De modo que la misa no es nada tampoco.

—¡María Santísima! con lo que sale usted ahora. Las misas... es un rito, uno de tantos ritos.

—¿Y lo mismo da oirla que no? ¿Y para qué son los funerales?

—Otro rito... La que no pueda ó no sepa dar á la Naturaleza lo que es de la Naturaleza y á la historia lo que es de la historia, que se calle... No hay tal muerte, señoras mías; la que tenga oídos, oiga... Esta es la verdad; no hay tal muerte y morirse es cumplir una ley de armonía.

—Como que se va una á la sustancia de la tierra y se mezcla con ella — apuntó doña Nieves.

—Tú lo has dicho... digo, usted lo ha dicho.

—Y así viene á resultar que con nuestra defunción lo que hacemos es darle jugo á las plantas. De modo, que muchas verduras, ¿qué son sino gente que se ha convertido, pongo por caso, en brecolera?

—¡Quite allá por Dios!—exclamó santiguándose una de las placeras.

—Pero el alma se echa á volar y va para arriba, qué sé yo dónde. A correrla por ahí, porque lo que es Infierno no lo hay. En eso sí que estoy conforme con el Sr. de Rubín.

—Ni Infierno ni Cielo, hija mía, ni alma— Rubín —ni nada más que la Naturaleza inmensa que nos rodea, eterna, animada por la fuerza...

—¡Por la fuerza!... sí—el mozo de café, —por la fuerza... bien claro está.

Y hacía gestos como de quien va á levantar un gran peso ó á echarse á cuestas un sillar.

—Llámelo usted *hacho*—dijo doña Nieves.—La fuerza, el alma...

—No tergiversemos, por Dios, por Dios...—Rubín con desesperación de maestro.—No empleemos argumentos que no sean racionales.

—Lo que yo no comprendo es una cosa—con la mejor buena fe una de las mozas del partido,—y es que si no hay nada por allá, ¿dónde están las ánimas?

—¿Qué ánimas?

—Las ánimas benditas.

Juan Pablo soltó la risa.

¡Otra!

—Vaya, si no se fijan ustedes bien en que el hombre no puede reconocer como real nada que no esté en la Naturaleza sensible.

—Bueno. Eso, eso... y lo uno no quita lo otro —observó doña Nieves con aplomo, tomando el pocillo de chocolate que acababa de traer el mozo.—Porque habrá toda la Naturaleza que usted quiera, pero eso no quita que haya también la Santísima Trinidad.

—Señora, por favor—dijo el filósofo ya sin saber qué argumentos emplear.—Fijemos ante todo el concepto de Naturaleza. ¿Qué es la Naturaleza?

"¡Toda, el campo!—indicó con presteza la de San Juan de Dios.

—Y los animales—murmuró el ciego, que era el que menos hablaba.

—Poco á poco—manifestó doña Nieves,—la Naturaleza somos nosotros los pecadores, todos frágiles. ¿Verdad D. Juan Pablo?

—Los pecados son Naturaleza—otra vez—por eso á los hijos de pecado los llaman *naturales*... claro.

—Vaya un lío que me arman ustedes.

Una de las placeras que presentes estaban tenía muy abultado el seno. En cierta ocasión, estando confesándose, le dijo el cura: sea usted modesta en el vestir, y no haga ostentación de esa *naturaleza*..." "¿Qué, señor?" "Eso, digo..." Así, que al oir hablar de Naturaleza y de pecado, creyó que se referían á aquellas partes que debe cubrir el recato, y dijo escandalizada:

"Vaya unas conversaciones indecentes que sacan ustedes.

Y se puso á tomar su chocolate.

"Indecentes no, hija.

—Lo que yo digo y sostengo—[illegible] una de las concurrentes tirando por la calle de enmedio, — es que este D. Juan Pablo está [illegible] ciado.

—Chiflado, quizá no; pero fatigado sí de sus inútiles esfuerzos. Ni abriendo con martillo un boquete en aquellas cabezas de piedra, lograría meter la luz de la verdad. Volvió [illegible] velador inmediato donde estaba cenando el ciego, y mandó al mozo que le pusiese allí su chocolate. El ciego volvió hacia él sus ojos vacios, su cara dura y sin expresión, y le dijo con profundísima tristeza:

"¿Pero es verdad, D. Juan Pablo, lo que usted nos cuenta? ¿Lo cree usted así, ó es que quiere entretenerse y divertirse con nosotros, ignorantes? Sea usted franco conmigo. ¿Es verdad que cuando uno se muere se convierte en escarola?

Juan Pablo miró al ciego y [illegible] al verla tanta lástima de su infeliz estado, que se le helaron en los labios las palabras con que iba á exponerle nuevamente su cruel filosofía. Era Rubín hombre de buen corazón, y le pareció poco humano aumentar las tinieblas de aquella triste y miserable vida. Pero al propio tiempo su conciencia no le permitía renegar de lo que creía y desmentir lo que acababa de sostener. La verdad científica es lo primero. Estuvo luchando un rato entre la piedad y la sinceridad, y como el ciego volviese á preguntarle con insistente afán "¿pero es cierto que nos morimos en herzas, nada más que en herzas...?„ le replicó Juan Pablo:

"Le diré á usted... hay opiniones...

No siguieron estas conversaciones filosóficas, porque sobrevino lo de Sagunto, y este suceso absorbió la atención general en todos los cafés, desde el más grande al más chico. Rubín estaba furioso, y sostenía que el Gobierno no tenía vergüenza si no fusilaba en el acto... pero en el acto... á Martínez Campos, á Jovellar y todos los demás que habían andado en aquel lío.

M.C.D.2020

Cuando no le querían oir sobre este particular, hablaba sólo. Desmentía categóricamente cuantas noticias llevaban al café. Todo era mentira. El Príncipe no vendría, porque habría un levantamiento general, y los carlistas harían el último esfuerzo. Negaba que el Príncipe hubiera llegado á Marsella, que se embarcase para Barcelona en la *Navas de Tolosa*, y viéndolo entrar en Madrid habría de negar que estaba entre nosotros. Pero una noche, después de largas ausencias, llegó Feijóo al café, y sentándose los dos aparte, le dijo:

"Hombre, he visto á Juanito Villalonga; he hablado largamente con él. Ya sabe usted que es de la situación y muy amigo mío. Por supuesto, no acepta la Dirección que se le ha ofrecido, porque prefiere andar suelto. Es uña y carne de Romero, ¿me entiende usted? Y voy á lo que iba... Le he hablado de usted...

—¡De mí!

—Sí; es preciso que usted se coloque. Usted no puede continuar así.

—Mire usted, amigo Feijóo—dijo Rubín masticando las palabras para salir de aquel atolladero.—Yo no puedo admitir... ¿Y el decoro de los hombres? Yo he profesado toda mi vida...

—Música, música.

—Yo no soy de esos que hablan mal de una situación, y luégo pasan á ella con armas y bagajes.

—Música, música.

—En fin, que yo agradezco... pero

—De modo—exclamó Feijóo alzando la voz abriendo los brazos y tomando un tono que no se podría decir si era de indignación ó de burla,—de modo que ya no hay patriotismo.

—¡Otra!... Patriotismo si hay; pero yo...

—Usted hará lo que yo le mande, y usted tendrá su credencial.

Rubín siguió toda la noche afectando mal humor, una seriedad torva, el malestar de la persona á quien le han puesto un puñal al pecho para que consume un acto contrario á sus convicciones. Al retirarse á casa, se comparaba con Wamba y decía para su capa: "Cómo ha de ser... paciencia. Empeñan en que sea alfonsino ¡Vaya un compromiso... Re-Dios, qué compromiso...!

M.C.D.2020

# II

## La Restauración vencedora.

### I

Me ha contado Jacinta que una noche llegó á tal grado su irritación por causa de los celos, de la curiosidad no satisfecha y de la forzada reserva, que á punto estuvo de estallar y descubrirse, haciendo pedazos la máscara de felicidad que ante sus suegros se ponía. Porque la peor de sus mortificaciones era tener que hacer el papel de mujer satisfecha y venturosa, y verse obligada á contribuir con sus risitas á la felicidad de D. Baldomero y doña Bárbara, mimados del Destino. Tenía que hacer la misma viña boba del Limbo, que hacían sus suegros y tragarse toda aquella amargura. Ya no le quedaba duda de que su marido *entretenía* á una mujer, como se dice ahora, y de estos entretenimientos no tenían ni siquiera sospechas los bienaventurados papás. Jacinta sabía que la tarasca que le robaba á su marido era la misma con quien tuvo amores antes de casarse, la madre del *Pituso*, la Fortunata que le había dado tantas jaquecas. Deseaba verla... pero no; más valía que no la viera jamás, porque si la veía, de fijo perdía el sentimiento de su dignidad y... La única persona á quien Jacinta confió su grandísima pena fué Guillermina, que la mandó tuviese paciencia, y le prometió discurrir algún arbitrio pacífico y honesto para arrancar al Delfín de aquella torpe esclavitud.

La noche á que Jacinta se refería contando estas cosas, y que tan triste fué para ella por haber adquirido noticias fidedignas de la infidelidad de su marido, fué en la cara noche de regocijo. Aquel día había entrado en Madrid el Rey Don Alfonso XII, y D. Baldomero estaba con la Restauración como chiquillo con zapatos nuevos. Barbarita también reventaba de gozo y decía: "Pero qué chico más salado y más simpático." Jacinta tenía que entusiasmarse también, á pesar de aquella procesión que por dentro llevaba, y poner la cara alegre á todos los que entraban felicitándose del suceso. El marqués de Casa-Muñoz oficiaba de chambelán palatino. Había tenido la dicha inmensa de estar en Palacio formando parte de una de las comisiones, y el Rey habló con él... Contaba el caso el marqués, haciendo notar bien el tono familiar con que se

había expresado [illegible] mismo tiempo tan [illegible] estábamos encantados.

Aparisi sostuvo poco después que él había previsto todo lo que había pasado. Él no era partidario de la Restauración; pero había que respetar los hechos consumados... D. Baldomero no cesaba de exclamar: "*Veremos á ver* si ahora, qué dianches hacemos algo si esta nación entra por el aro...„ Jacinta se indignaba en su interior. Tenía un volcán en el pecho, y la alegría de los demás la mortificaba. Por su gusto se hubiera echado á llorar en medio de la reunión; pero tenía que contenerse, y sonreir cuando su suegro la miraba, y responder que *sí* á Barbarita cuando decía: "¡Pero, qué salado chico!„ Para sí, Jacinta exclamaba retorciendo en su corazón la cuerda con que á sí propia le ahogaba: "Pero á este buen señor, qué le va ni le viene con el Rey... qué les importará... Yo estoy volada, y aquí mismo me pondría á dar chillidos, si no temiera escandalizar. ¡Esto es horrible!...„

El nuevo Rey érale antipático, porque su imagen estaba asociada á la horrible pena que la infeliz sufría. Aquella mañana había ido con Barbarita á casa de Eulalia Muñóz, que vivía en la calle Mayor, á ver la entrada del Rey. Amalia Trujillo la tomó por su cuenta, y la estuvo adulando antes de echarle el petardo. Hallábanse las dos solas en el balcón de la alcoba de Eulalia, y ya sonaban los clarines anunciando [illegible] Rey se acercaba, cuando Amalia, ¡plum! le soltó el pistoletazo. "Tu marido *entretiene* á una mujer, á una tal Fortunata, guapísima... de pelo negro... Le ha puesto una casa muy lujosa, calle tal, número tantos... En Madrid lo sabe todo el mundo, y conviene que tú también lo sepas.„ Quedóse yerta. Cierto que sospechaba; pero la noticia, dada así con tales detalles, como el pelo negro, el número de la casa, la trastornaba por completo. Desde aquel [illegible] instante, ya no se enteró de lo que por la calle pasaba. El Rey pasó, y Jacinta le vió vagamente, entre la agitación de la multitud, y el *tururú* de tantas cornetas y músicas. Vió que se agitaban pañuelos, y bien pudo suceder que ella agitara el suyo sin saber lo que hacia... Todo el resto del día estuvo como una sonámbula; y por la noche, la ira y la tristeza le oprimían de tal modo el pecho, que para contenerlas hacía dolorosos esfuerzos.

M.C.D.2020

Entró Guillermina, que también hubo de llevar sus notas de alegría al concierto general. Ya era tiempo—dijo antes de meterse en el rincón en que solía estar.—No aguardo sino á que descanse para ir á echarle el toro... Me tiene que dar para concluir el piso ~~primero~~. Y lo hará, porque lo hemos traído con esa condición: que favorezca la beneficencia y la religión. Dios le conserve.

Jacinta la siguió al gabinete próximo, y allí estuvieron las dos ~~hechicheando~~ por espacio de una hora larga. Guillermina decía: "Paciencia, hija, paciencia, y todo se arreglará; yo te lo prometo.„ Ya cerca de las doce entró Juan, y su mujer le miró con severidad sin decirle nada... "Es que te voy á aborrecer—pensó,—como no te enmiendes. Pues no faltaba otra cosa... Y lo que es esta noche te como... No me engatusarás con tus zalamerías.„

Juan, aunque bien hubiera querido contradecir las ~~opiniones~~ optimistas de su padre y amigos, no se atrevió á ello, porque el empuje de aquella opinión era demasiado fuerte para luchar con él. Hasta los últimos días del 74 había defendido la Restauración. Después de hecha, encontró mal que la hicieran los militares, y en esto fundó sus críticas del suceso consumado. Jamás estaba conforme con lo existente y sabía buscar las callejuelas á las cosas para hacer ver la elevación de su criterio.

"Aquí siempre se han hecho las mudanzas de esa manera—dijo ~~D. Baldomero~~ con patriarcal buena fé. Es nuestra manera de matar pulgas. Pues qué, ¿querías tú que las Cortes...? Estás fresco.

Después el Delfín sostuvo, con ejemplos de Francia é Inglaterra, que ninguna restauración había prevalecido; mas todos se negaron á seguirle por ~~aquella~~ histórica. D. Baldomero, sin meterse en dibujos, dijo una cosa muy ~~verdadera~~, producto de su observación de tanto tiempo. "Yo no sé lo que sucederá dentro de ~~diez~~, dentro de ~~veinte~~ años. En la sociedad es-

pañola no se puede nunca ~~mirar tan bajos~~. Lo único que sabemos es que nuestro país padece alternativas ó fiebres intermitentes de revolución y de paz. En ciertos períodos todos deseamos que haya mucha autoridad. No nos cansamos de ella y todos queremos echar el pié fuera del [illegible]. Vuelven los días de [illegible], y ya estamos suspirando porque se acorte la cuerda. Así somos, y así seremos [illegible].

"Es la condición humana. Así viven y se educan las sociedades—dijo el Delfín.—Lo que á mí no me gusta es que esto se haga por otra vía que la de la ley...

"¡Pillo, tunante!—pensaba Jacinta comiéndose las palabras, y con las palabras la [illegible] gura que se le quería salir.—¿Qué sabes tú lo que es ley? ¡Farsante, demagogo! Cómo se hace el pur... Quien no te conoce...

Cuando se retiraban á su alcoba, Jacinta se esforzaba en aumentar su furor; quería cultivarlo, ó alimentarlo como se alimenta una llama, arrojando en ella más combustible. "Esta noche me lo como. Quisiera estar más furiosa de lo que estoy, para no dejarme ~~embaucar~~. Y eso que lo estoy bastante. Pero aún me vendría bien un poquito más de ira. Es un falso, un hipócrita, y si no le aborrezco, no tengo perdón de Dios.

En esto, sintió que Juan la abrazaba por la cintura...

"¡Quítate, déjame...—gritó ella.—Estoy muy incomodada; ¿pero no ves que estoy muy incomodada?

Juan la vió temblorosa y sin poder respirar.

"Perdone usted, señora—repuso él bromeando.

M.C.D.2020

Jacinta tuvo ya en la punta de la lengua el *lo sé todo;* pero se acordó de que noches antes ~~Juanito~~ y ella se habían reído mucho de esta frase, observándola repetida en todas las comedias de intriga. La irritada esposa creyó más del caso decir: "Te aborreceré, ya te estoy aborreciendo.„ Santa Cruz, que estaba de buenas, repitió con buena sombra otra frase de las comedias de ~~intriga~~: "*Ahora lo comprendo todo.* Pero la verdad, chica, es que no comprendo nada.„

~~Jacinta~~ turbada en sus propósitos belicosos por el buen genio y los cariñosos modos que el pérfido traía aquella noche, ~~mas no sabiendo como dar á su agravio una salida digna de ella y apropiada á la ofensa, rompió á llorar como un niño.~~ Juanito le hizo muchas caricias, besos por aquí y allí, en el cuello y en las manos, en las orejas y en la coronilla; besos en un codo y en la barba, acompañados del lenguaje más finamente tierno que se podría imaginar.

"No aguanto más, no puedo aguantar más —era lo único que ella decía con angustioso hipo, mojándole á él la cara y las manos con tanta y tanta lágrima. No ~~cesaba, ni~~ tenía consuelo. Todo aquel llanto era el disimulo de tantísimos días, sospechar callando, sentirse herida y no poder decir ni siquiera ¡ay! "Esto es horrible, esto es espantoso; no hay mujer más desgraciada que yo... Y lo que es ahora, te aborreceré de veras, porque yo no puedo querer á quien no me quiere. ~~Te~~ Te quería más que á mi vida. ¡Qué tonta he sido! A los hombres hay que tratarlos sin consideración... Ya no más, ya no más... Estoy volada, y lo que es ésta no te la perdono. ~~Serás indigno de mí.~~

...

M.C.D.2020

Algún trabajo le costó á Santa Cruz que su mujer repitiese lo que le había dicho una amiga aquella mañana. A Jacinta le repugnaba repetirlo. Y cuando Juanito lo negaba, la ofendida esposa, que sentía en su alma la convicción profundísima de la autenticidad del hecho, se irritaba de nuevo: "No lo niegues, no me lo niegues, pues yo sé que es verdad. Hace tiempo te lo he conocido.

—¿En qué...?

—En muchas cosas.

—Dímelas—indicó él poniéndose serio.

—Si siempre lo has de negar... Pero no, no me engañas más.

—Si no pienso engañarte...

—Lo que Amalia me ha dicho—afirmó Jacinta con súbita ira, llena de dignidad, poniéndose en pié y afianzando con un gesto admirable su afirmación,—es verdad. Yo digo que es verdad y basta.

Y mirándola á los ojos, Juanito replicó con tono muy seguro:

"Bueno, pues es verdad. Yo te declaro que es verdad.

## II

Quedóse Jacinta como una estátua, y al fin, volviendo la espalda á su marido, hizo ademán de salir. El la cogió por una mano, y quiso abrazarla. Ella no se dejó. En medio del estrujón, sólo pudo articular muy vagamente estas palabras: "Me voy.„ Lo que más la irritaba era que su marido, después de lo que había dicho, tuviera todavía humor de bromas y pusiera aquella cara de pillín, como si se tratara de una cosa de juego. Porque se sonreía, y tranquilo en apariencia, díjole en tono de seriedad cómica:

"Señora, acuéstese usted.

—¿Yo...?

—Se lo mando á usted... Acuéstese usted al momento.

En esta punto no le fué á ella posible librarse de un abrazo, y en aquel segundo estrujón, oyó estas cariñosas palabras:

"¿No vale más que nos expliquemos como buenos amigos? Hijita de mi alma, si te enfadas, no llegaremos á entendernos.

Jacinta fué momentáneamente desarmada. Quedóse como el combatiente de los cuentos de niños, á quien por obra de magia se le convierte la es-

pada en un alfiler y el escudo en un dedal.

El Delfín había entrado, desde los últimos días del 74, en aquel período de [illegible] que seguía infaliblemente á sus desvaríos. En realidad no era aquello virtud, sino cansancio del pecado; no era el sentimiento puro y regular del orden, sino el hastío de la revolución. Verificábase en él lo que D. Baldomero había dicho del país; que padecía fiebres alternativas de libertad y de paz. A los dos meses de una de las más graves distracciones de su vida, su mujer empezaba á gustarle lo mismito que si fuera la mujer de otro. La bondad de ella favorecía este movimiento centrípeto, que [illegible] se había determinado por quinta ó sexta vez desde que estaban casados. Ya en otras ocasiones [illegible] Jacinta que la vuelta á los deberes conyugales sería definitiva; pero se [illegible] equivocado, porque el Delfín, que tenía en el cuerpo el demonio de la variedad, [illegible] de [illegible] y tornaba á dejarse mover de la fuerza centrífuga. [illegible] era tanta la alegría de [illegible] al verle enmendado, que no pensaba en que aquella enmienda fuera como un descanso, para emprenderla después con más brío por esos mundos de Dios. También esto concordaba con un pensamiento de D. Baldomero, que decía: "Cuando el país [illegible] y fortalece la autoridad, no es que ame verdaderamente el orden y la ley, sino que se pone en cura y hace sangre para saciar después con mejor gusto el apetito de las [illegible]

Quedó, como he dicho, tan desarmada Jacinta, que no podía ser más. Pero creyendo que su dignidad le ordenaba seguir muy enfadada, dijo todas las palabras necesarias para mostrarlo, por ejemplo: "Me acostaré ó no me acostaré, según me acomode. ¿A tí qué te importa? No parece si no que... Conmigo no se juega, ¿estamos?... Hemos concluído, te digo que hemos concluído... Bien, me acuesto porque quiero, no porque tú me lo mandes... [illegible]

Poco después se oía en la alcoba lo siguiente: "Que te estés quieto... No vayas á creerte que ahora te voy á perdonar. Ya van quince y raya. No están los tiempos para perdones, caballerito. Haz el favor de marcharte. No quiero verte, no quiero oirte, ni me importa que me quieras ó no. Si me quieres, rabia y rabia mejor. Yo me reiré viéndote padecer. Con lo dicho, déjame en paz. Tengo un sueño espantoso... ¿No ves cómo se me cierran los ojos?

Y era mentira. Jacinta, lejos de tener sueño, estaba muy despabilada y nerviosa, fingía tener sueño, como la mejor manera de parecer indiferente.

"Tú no tienes sueño; ¿á que no lo tienes?—le decía él.—¿A que te despabilo y te pongo como un lucero?

—¿A que no? ¿Cómo?

—Contándote toda la verdad de lo que te dijo Amalia, haciendo una confesión general para que veas que no soy tan malo como crees.

—¡Ah! sí, ven, ven, hijito—exclamó Jacinta alargando sus brazos desnudos.—Cuéntame todo; pero con Nada de comedias... porque tú eres muy cómico. Gracias que yo te conozco ya las marrullerías y algunas se me trago; pero otras no. ¿De veras que vas á contármelo todo?

La idea de perdonar electrizaba á Jacinta, poniéndola tan nerviosa que echaba chispas. No cabía en sí de inquietud, pensando en lo grande del perdón que tenía que dar en pago de lo grande de la sinceridad que le ofrecía. Y se puso tan inquieta, que por poco se echa de la cama, cuando Juan se apartó de ella para ir hacia la suya... "¿Pero qué?—pensó—¿se arrepiente de lo que ha dicho?... ¿Es que no quiere contarme esas cosas?"...

"Abur, hombre—dijo con desprecio.

—Si vuelvo, si voy allá en seguida... Mi mujer tiene el genio muy vivo.

—Es que si cuentas, cuentas pronto; y si no, lo dices, para dormirme. No estoy yo aquí esperando á que al señorito le dé la gana de tenerme en vela toda la noche.

—Cállese usted, *so tía*...—exclamó Juan volviendo hacia ella, sentándose en el lecho y haciéndole mil ternezas.

—¡Ah! esto está perdido—murmuró Jacinta en los respiros que las caricias de su marido le dejaban, ahogándola...—Mira, estate quieto y no me sofoques. No estoy yo de humor de bromas.

—Vamos al caso, Nita mía. Para que yo te cuente lo que deseas saber, es preciso que tú me cuentes antes á mí otra cosa. Dices que tú sospechabas esto que ha pasado, mejor, que lo adivinabas. ¿En qué te fundabas tú para adivinarlo? ¿Qué observaste y qué supiste?

—¡Ay!... con lo que sale ahora este bobo...

M.C.D.2020

¿Crees que una mujer celosa necesita ver nada? Lo huele, lo calcula y no se equivoca... Se lo dice el corazón.

—El corazón no dice nada. Eso es una frase. Lo dicen tantas cosas que no son el corazón... Cuando te vuelves faltón, la menor palabra, cualquier gesto tuyo me sirven para leerte los pensamientos. ¿Y te parece que es poco dato el ver cómo me tratas á mí? Hasta la manera de entrar aquí es un dato. Hasta una ricita, una palabra cariñosa te venden, porque al punto se ve que son sobrantes de otra parte traídas aquí por deber y para encubrir la falta... Palabras y caricias traen la señal del uso.

—¡Cuánto sabes!

—Más sabes tú... No, no, más sé yo. En la desgracia se aprende... Muchas veces me callo por no escandalizar; pero por dentro lo como un rato que me está haciendo así, así... muele que te muele... Y tengo yo un olfato... Cuando estás faltoncito, si no lo conociera por otras cosas, lo conocería por el que traes algunas veces en la ropa. Y no necesito acercarme. Desde que entras por esa puerta... Otro dato. Una noche traías en el pañuelo de seda del cuello, ¿qué crees? pues un cabello negro, grande. Lo saqué con las puntas de los dedos y lo estuve mirando. Me daba tanto asco, como si me lo hubiera encontrado en la sopa. No dije nada. Otra noche dijiste en sueños unas palabras de las que se dicen cuando un hombre se pega con otro. Yo me asusté. Fué aquella noche que entraste muy nervioso y con un dolor en el brazo. Tuve que ponerte árnica. Me contaste que viniendo no sé por dónde te encontraste un borracho, y tuviste que andar á trotazos con él. Traías tierra en la americana azul. Toda la noche estuviste muy inquieto, cuando despertabas y te decía yo algo, mi señor ponía cara de mal genio. Hasta grosero estuviste conmigo aquella noche, diciéndome si era yo preguntona, y no sé qué más.

—Me acuerdo, me acuerdo —dijo el Delfín, renovando en su mente el lance con Maximiliano Rubín.

—Pues verás. Otra noche, cuando te desnudabas, plín... cayó al suelo un botón. Vino saltando hasta cerca de mi cama. Parecía que me miraba. Era de níquel, labrado con muchos garabatos. Cuando te dormiste, me eché de la

cama y lo cogí. Era un botón de mujer, de los que se usan ahora en las chaquetillas. Lo tengo guardado. Estas ignominias se guardan para en su día sacarlas y decir: ¿me negarás esto?... ¡Y tú siempre tan comediante! Yo pasaba ~~muy~~ ~~[illegible]~~ pero nunca quise rebajarme al espionaje. Se me ocurría preguntar al cochero. Con una buena propinilla, Manuel no me hubiera ocultado lo que supiera. Pero por respeto á ti y á mi misma y á la familia, no ~~[illegible]~~ nada. ¡Contarle á tu mamá mis sospechas!... ¿Para qué? ¿para disgustarla sin ventaja ninguna?... Guillermina, con quien únicamente me desahogaba, deciame siempre: "paciencia, hija, paciencia." Y por fin llegaba yo á tenerla, y el molinillo que me daba vueltas en el corazón ~~[illegible]~~ molía, haciéndomelo polvo, y yo aguanta que aguanta, siempre callada, poniendo cara de Pascua y tragando hiel, tragando hiel. Esta mañana, cuando Amalia me dijo lo que me dijo, todo la sangre se me hizo como un veneno, y ~~[illegible]~~ ~~propósito de~~ aborrecerte, pero ~~[illegible]~~ aborrecerte ~~[illegible]~~, y ~~[illegible]~~ no perdonarte aunque te me pusieras delante de rodillas ~~[illegible]~~. ¡Pero es una tan débil! Si merecemos todo lo que nos pasa. ¡Es la mayor desgracia ser así, tan simplona... Como que estamos á merced de esas... ~~[illegible]~~, que de tiempo en tiempo nos prestan á nuestros propios maridos para que ~~callemos~~.

M.C.D.2020

## III

Esta última queja puso á Cuadrito Santa Cruz un tanto pensativo y desconcertado. No desconocía él la situación desairada en que estaba ante su mujer, cuya grandeza moral se elevaba ante sus ojos para darle la medida de su pequeñez y bajeza. Era muy soberbio, y el amor propio dominaba en él sobre la conciencia y sobre los sentimientos todos; de manera que nada le molestaba tanto como verse inferior á su mujer y tener que confesárselo. Cuando, media hora antes, prometió confesar á Jacinta la verdad de sus faltas, hízolo movido de la soberbia, para gallardearse con un impulso de sinceridad. La confesión de la culpa ennoblece siempre, y como demasiado sabía él que todo lo noble hallaba eco en el gran corazón de Jacinta, salió con aquel rasgo moral de la sinceridad. Pero el momento de la confesión se acercaba, y estaba algo confuso, sin saber cómo iba á arreglarla. Lo que él quería era quedar bien, remontarse hasta ella, y superarla si era posible, presentando sus faltas como méritos y adornando toda la historia de modo que pareciese blanco y hasta noble lo que con los datos sueltos del botón y el cabello era negro y deshonroso. No tenía que calentarse mucho los sesos para salir del paso, porque para tales casos tenía su entendimiento una aptitud particular. Su imaginación le ayudaba, y aquel don de volver del revés todas las ideas. Lo que él no podía sufrir es que se le tuviese por un hombre vulgar, por uno de tantos. Hasta las acciones más triviales y comunes, si eran suyas, quería que pasasen por actos deliberadamente admirables y que en nada se pareciían á lo que hace todo el mundo. Rápidamente, con aquella presteza de juicio del artista improvisador, hizo su composición, y allá te van las confesiones... Jacinta se había de quedar tamañita. Ya vería ella qué marido tenía, qué sér superior, qué persona tan extraordinaria. Hay una moral gruesa, la que comprende todo el mundo, incluso los niños y las mujeres. Hay otra moral fina, exquisita, inapreciable para el vulgo: es la que sólo pueden gustar los paladares muy sensibles... Vamos allá.

"Preparémonos á oir tus papas—dijo ella.

—De todo lo que has dicho, parece deducirse que yo soy un miserable, un cualquiera, uno de tantos. Pues ahora lo veremos. He guardado reserva contigo, porque creí que no me comprenderías. Verémos si me comprendes ahora. Es cierto que hace dos meses, me encontré otra vez á...

—Haz el favor de no nombrarla—suplicó Jacinta con viveza.—Ese nombre me hace el efecto de la picadura de una víbora.

—Bueno, no la nombraré... Encontrémela casada.

—¡Casada!

—Sí, con un simple. La metieron en un convento, la casaron después contra su voluntad. Chica, una historia de intrigas, violencias y atrocidades que horroriza.

—¡Pobre mujer!—exclamó Jacinta, respondiendo al intento de Santa Cruz, que quería empezar por hacer á la otra digna de lástima.

—Pero bien merecido le está por su mala conducta.

—Espérate un poco. Mujer tan desgraciada no creo que haya nacido.

—Ni más mala tampoco.

—No eso estás equivocado. No es maldad lo que en ella hay, es falta de ideas morales. Si no ha visto nunca más que malos ejemplos; si ha vivido siempre con tunantes, yo pongo en su lugar á la más perfecta á ver lo que hacía. No, no es más, sería muy buena, si la dirigieran al bien. Pero hazte cargo. Después de andar de mano en mano, éste la cogé, éste la suelta, la casan con un hombre que no es hombre, con un hombre que no puede ser marido de nadie...

Jacinta abrió la boca tan grande era su pasmo.

"Y ese mónstruo la martiriza de tal modo desde el primer día de matrimonio, que la infeliz, prefiriendo la libertad en la ignominia á esclavitud honrada, se escapa de la casa, y se echa otra vez á la calle, como en sus peores tiempos. En esto me encuentra y me pide amparo.

Jacinta no había cerrado todavía la boca.

"En tal situación—prosiguió Juanita, hallándose ya en plena posesión de su tesis y sintiéndose muy fuerte—Yo te planteo el problema á ti... vamos á ver... Figúrate que eres hombre; figúrate que te encuentras delante de aquella infeliz mujer, que te pide un asilo, una defensa contra la miseria y la deshonra, y al verla delante, tú te reconoces autor de todas sus desdichas, porque tú la deshonraste, porque fuiste el autor de todos sus males. Yo quiero que me digas con lealtad qué harías, qué harías tú en este trance. Pero cierra ya esa boca; basta ya de asombro, y contéstame.

—Pues yo... ¿qué haría? Echar mano al bolsillo, darle cuatro ó cinco duros, y marcharme á mi casa.

—Eso pensé hacer yo. Pero ciertas deudas, señora mía—dijo Santa Cruz triunfante,—no se saldan con cuatro ni con cinco duros.

—Pues mil, dos mil, cien mil reales, vamos.

—Tampoco. Yo pensé que debía poner á aquella infeliz en camino de adquirir una posición honrada y estable. Buscarle un marido, no podía ser; estaba casada. Procurarle una posición, trabajo, independencia, esto es muy difícil. No tiene educación; no sabe trabajar en nada que produzca dinero. No podía tener otra manera de vivir que explotando su belleza. Pero en esto mismo hay distintos grados de ignominia. No empieces á hacerte cruces, hija. Las cosas hay que tomarlas como son; otra cosa es empeñarse en sostener una filosofía estúpida. Yo le dije: "bueno, pues te pongo una casa, y arréglatelas como puedas..." No, si no es para que hagas tantas cruces, lo repito. Hay que ponerse en la realidad, [illegible]ita. No mires esto con ojos de mujer, ponte en mi caso; figúrate que eres hombre...

—Estoy asombrada de la vuelta que le das á tus caprichos y de lo bien que te las compones para hacer pasar por [illegible] lo que en realidad es amor que tenías ó tienes á esa maldita mujer.

—Pues á eso voy ahora—dijo el reforzando su espíritu con todas las máquinas de su inventiva.—Te juro que no despertaba en mí ni el amor más insignificante, ni tan siquiera un capricho de momento. No hay ejemplo de una frialdad como la que yo sentía ante ella. Bien me lo puedes creer. No sólo no me inspiraba pasión, sino que hasta me repugnaba.

—Eso—dijo la esposa,—que te lo crea otro, que lo que es yo...

—¡Qué tonta eres! Tu incredulidad nace de la idea equivocada que tienes de esa mujer. Te la has figurado como un mónstruo de seducciones, como una de esas que sin tener pizca de educación ni ningún atractivo moral, poseen un sin fin de [illegible] para enloquecer á los hombres y esclavizarlos volviéndoles estúpidos. Esta casta de perdidas que en Francia tanto abunda, como si hubiera allí [illegible] para formarlas, apenas existe en España, donde son contadas... todavía, porque para todo se necesita educación. Y bájate ó no. Fortunata no era de esas, no posee más educación que la cara bonita; por lo demás, es sosa, vulgar, no sé le

ocurre ninguna de las que trastornan á los hombres, y en cuanto á sigue tan tosca como cuando la conocí. No aprende; no se le pega nada. Tiene poco entendimiento, y como para todo se necesita talento, una especialidad de talento, resulta que esa infeliz que tanto te da qué pensar, no sirve absolutamente para diablo, ¿me entiendes? Si todas fueran como ella, apenas habría escándalos en el mundo, y los matrimonios vivirían en paz y muchísima moralidad. En una palabra, chiquilla, no tiene complexión viciosa. Por su inteligencia y su carácter, tiene todo el corte de mujer honrada. Nació para la vida oscura, para hacer calceta y cuidar muchachos.

Al llegar aquí Juan se asustó, creyendo que se le había ido un poco la lengua, y cayó en la cuenta de que si Fortunata era como él decía, si no tenía *complexión viciosa*, mayor, mucho mayor era la responsabilidad de él por haberla perdido. A Jacinta le ocurrió esto mismo, y no tardó en manifestárselo. Pero el acudió al punto á defender puesto tan débil, con la presteza de su ingenio.

"Es verdad—le dijo,—y esto aumentaba mis remordimientos. No tenía más remedio que hacer en obsequio suyo lo que no habría hecho por otra. Ponte tú en mi caso, figúrate que eres yo, y que te ha pasado todo lo que me ha pasado á mí. Puedes hacerte cargo de mi tormento, y de lo que yo sufriría teniendo que considerar y proteger, por escrúpulo de conciencia, á una mujer que no me inspira ningún afecto, ninguno, y que últimamente me inspiraba , porque Fortunata, créelo como el Evangelio, es de tal condición, que el hombre más enamorado no la resiste un mes. Al mes, todos se rinden, es decir, echan á correr...

Jacinta había empezado á dar pataditas, haciendo saltar el edredón que á los piés tenía. Era su manera de expresar la alegría cuando estaba acostada. Porque si era verdad lo que Juanito decía, la temida rival era como los espantajos puestos en las heredades, y de los cuales se rien hasta los pájaros cuando los examinan de cerca. Pero aún le quedaba una duda á Jacinta. ¿Era aquello verdad ó no? Para mentira estaba demasiado bien hilado.

—¿Y ella te quiere todavía?—preguntó Jacinta.

Juanito se hizo repetir la pregunta, sin otro objeto que retrasar la contestación que debía pensarse un poco antes de soltarla.

52

—Pues te diré... que sí. Tiene esa debilidad. Todas las mujeres de complexión viciosa son en sus pasiones tan vehementes como inconstantes. Pronto olvidan al que adoraron y cambian de ilusión como de moda. Esta no.

—Esta no—respondió Jacinta, que se asustaba de ver á su tan distinta de como ella se la figuraba.

—No. Ha dado en la tontería de quererme siempre lo mismo, como antes, como la primera vez. Aquí tienes otra cosa que me asombra, que me obliga á ser indulgente. Ponte en mi lugar, hija. Porque si yo viera que con otros hombres no hay quien la de una fidelidad que no viene al caso ¡Fiel á mí! ¿á santo de qué? Te aseguro que me ha hecho cavilar más esa Ha pasado por tantas manos, y siempre fiel, . Ni ni el matrimonio la han curado de esta manía, porque es una manía. ¿No te parece á tí que es una manía?

A Jacinta le acudieron tantas ideas á la mente, que no sabía con cuál quedarse, y estaba perpleja y muda.

—¡Hay tantos!—exclamó Santa Cruz en el tono que se da á las cosas muy filosóficas,—hay tantos á quienes hace infelices la inconstancia de las mujeres, y á mí me hace padecer una fidelidad que no solicito, que no me hace falta, que no me importa para nada.

Jacinta dió un gran suspiro.

—Pero el tener conciencia, el tener un sentido moral muy elevado—añadió Santa Cruz, seguro de su triunfo,—como lo tengo yo, me ha puesto en una situación equívoca frente á tí. Yo necesitaba darte explicaciones; y después de oirlas, habrás visto que no se debe juzgar los actos de los hombres por lo que parece, sino que es preciso ir al fondo, al fondo de las cosas. ¿Con que te vas enterando? A lo mejor se lleva uno cada chasco. Cuántas veces pensamos mal de un sujeto, fundándonos en habilillas del vulgo ó en cualquier dato inseguro, como por ejemplo, un cabello, un botón, y después de bien mirado el hecho, ¿qué resulta? que lo que se consideraba deshonroso , y que la realidad, en vez de arrojar vergüenza sobre el sujeto, lo que hace es enaltecerle y honrarle. Me parece que esto es claro,

—Poco á poco—dijo la esposa prontamente, —que para mí sigue siendo turbio. Me parece que en todo lo que has dicho hay demasiada composición. No me fío yo, no me fío, porque para fabricar estos ~~estafalarios~~ de frases te pintas tú solo. Lo cierto es que le has puesto la casa, la has visitado y te has divertido con ella. ¡Vaya una conciencia la tuya, vaya una manera de pagarle su fidelidad, tirando por el suelo la que me debes á mí!... ¿Qué moral es esta? No [illegible]. Esa mujer es una bribona, y tú serías un simple si no fueras también un ~~cre~~ simo pillo.

—[illegible]—dijo Santa Cruz algo desconcertado.—¿Qué palabras ~~emplearé~~ yo para pintarte la situación en que me encontraba? Es que el caso es de los más raros que se pueden ofrecer... Para que veas que soy ~~toda~~ sinceridad y lealtad, te diré que hubo en mí algo de flaqueza, flaqueza que nacía de la compasión. No tuve valor para resistir á las sugestiones apasionadas de quien tiene por mí una idolatría que yo no merezco. Pero te juro que lo hice sin ilusión, con [illegible] como el que cumple un deber, pensando en mi mujer, viéndote á tí más que á la que tan cerca tenía, y deseando que aquel ~~suplicio~~ concluyera.

Ambos estuvieron callados un mediano rato. ¿Creía Jacinta aquellas cosas, ó aparentaba creerlas como Sancho las ~~pa~~ que D. Quijote le contó de la cueva de Montesinos? Lo último que Juanito dijo fué esto: "Ahora juzga tú como te parezca bien lo que acabo de confesarte y compara lo bueno que hay en ello con lo malo que habrá también. Yo me entrego á tí.

—Romper, romper para siempre toda clase de relaciones con esa, con esa bribona ó lo que ~~sea~~ es lo que importa—manifestó [illegible] inquietísima, dando vueltas en el lecho.—Que no la veas más, que ni siquiera la saludes si te la encuentras por la calle... ¡Oh, qué mujer! es el [illegible] de mi vida.

—Da[illegible] por hecho.

—¿El rompimiento?

—Pero definitivo, absoluto. Lo deseo tanto como tú; me lo puedes creer.

Lo decía con tal expresión de ~~inc~~ idad, que Jacinta sintió grande alegría.

"Sí, hija, no aguanto más. Que se vaya con su ~~idolidad~~ á los quintos infiernos.

—¿Y si da en perseguirte?

—~~Entonces~~ recurrir á la policía...

M.C.D.2020

—¿De modo que no vuelves más á esa casa?... Di que no vuelves, di que no la quieres.

—¡Bah! Demasiado lo sabe. No volveré más que á despedirme.

—No; escríbele una carta. Las despedidas cara á cara no son buenas para romper.

—Haré lo que tú quieras, lo que tú me mandes, niña de mi alma, monísima...

## IV

A la siguiente mañana, Jacinta se levantó muy gozosa, con los espíritus avispados, y muchas ganitas de hablar y de reir sin motivo aparente. Barbarita, que entró de la calle á las nueve, le dijo: "Qué retozona estás hoy... Oye. Al volver de San Ginés, me encontré con Manolo Moreno, que llegó ayer de Londres. Le he convidado á almorzar.

Jacinta volvió á su alcoba. Mauricia dormía todavía, y ella se empezó á arreglar. A poco entró una visita, que Jacinta recibió en su gabinete. Era Severiana, que dos veces por semana llevaba á Adoración á que la viese su protectora. Ya se sabe que Jacinta, no pudiendo adoptar al *Pituso* y tomarlo por hijo, y sintiendo más fuerte é imperioso en su alma el anhelo de la maternidad, dió en proteger á la preciosísima y cariñosa hija de Mauricia la Dura, que vivía con su tía en el cuartito más limpio y arreglado de la casa-corredor en que moraban Izquierdo, Ido del Sagrario y otras familias. Para Jacinta no había goce más grande y puro que acariciar un pequeñuelo, darle calor y comunicarle aquel sentimiento de bondad que se desbordaba en su alma. Adoración le gustaba tanto, que se la habría llevado consigo si sus suegros y su marido lo permitieran; pero no siendo posible esto, se consolaba vistiéndola y equipándola como una señorita, pagándole el colegio y pasando un ratito con ella todos los días en ver su belleza, en aspirar la fragancia de su inocencia y en examinarla para cerciorarse de sus adelantos. Adoración se dejaba querer, y cuando se veía cerca de Jacinta y acariciada por sus brazos amantes, parecía desvanecerse de gusto.

"Hola, Adoración, ven acá, mujer, dame un beso y un abrazo—le dijo la señorita, atrayéndola á sí con maternal cariño.

Adoración se frotó bien la cara y el cuerpo contra la cintura y falda de su protectora.

"Dice que lo que le pide á la Virgen—añadió Severiana con esa adulación de los humildes

M.C.D.2020

muy favorecidos y que aún quieren serlo más, —es no separarse nunca, nunca de usted... para estarla mirando siempre.

—Ya sé que me quiere mucho, y yo la quiero á ella, si es buena y estudia. ¡Qué elegante estás!... No te había visto el vestido nuevo.

—Anoche soñaba con el vestido nuevo—dijo Severiana,—y ayer, cuando se lo puso, no hacía más que mirarse al espejo. Si la tocábamos, se ponía furiosa, y lo que ella deseaba era que la señorita la viera tan maja, ¿verdad, rica?

—No me gusta tanto afán por las composturas. Ahora lo que yo quiero es ver cómo andan esas lecciones... Hoy no tengo tiempo de hacer preguntas; pero otro día, el jueves, verémos cómo está de catecismo.

—¡Ah! señorita, se lo sabe de corrido. Nos tiene mareados con lo que hicieron aquellos que se comían el maná y lo de Noé en el arca, con tantos animales como metió en ella. ¿Pues y leer? Lee mejor que mi marido.

—Eso me gusta... El mes que entra—añadió Jacinta como hablando consigo misma,—la pondré en un colegio interna. Ya es grandecita... es preciso que vaya aprendiendo los buenos modales... su poquito de francés, su poquito de piano... Quiero educarla para maestrita ó institutriz, ¿verdad?

Adoración la miraba como [illegible], pero Jacinta, que la tenía abrazada, le daba palmaditas en la espalda.

"¿Y esa mujer?—preguntó luégo Jacinta á Severiana, refiriéndose á la madre de Adoración.

"Señora, no me [illegible]. A poco de salir de las Micaelas, parecía algo enmendada. Volvió á correr pañuelos de Manila y algunas prendas; pero ya la tenemos otra vez con el maldito vicio. Anteanoche la recogieron en la calle de la Comadre... ¡Qué dolor y qué vergüenza...!

Jacinta hizo un gesto de horror.

"¡Pobrecita mía!—exclamó abrazando más estrechamente á su protegida.

—Por esto—añadió Severiana,—yo quería hablar á la señorita para ver si la señora doña Guillermina podía meterla en cualquier parte donde la sujetaran. En las Micaelas no puede ser, porque de allí la tuvieron que echar por escandalosa... Pero bien la podrían en un hospicio, asilo ó casa de orates, al menos para que no diera malos ejemplos.

M.C.D.2020

—Veremos...—dijo distraída Jacinta levantándose, porque había oído el repique del timbre con que su marido llamaba.

Faltaba algo antes de que Adoración se despidiera. [illegible] le tenía guardada una golosina, y aquel día hubo de olvidarse [illegible] de tan importante costumbre. Adoración se quedó parada en medio del gabinete aun después de los últimos besos de la despedida. [illegible] cayó en la cuenta de su distración. "Espérate un momento." A poco volvió con lo que la chiquilla deseaba, y repetida la recomendación de portarse bien y estudiar mucho, acompañólas hasta la puerta. Cuando Severiana y [illegible] salían, entraba Moreno y Jacinta que le vió subir, se detuvo en el recibimiento. Subió despacio y jadeante, á causa de la afección al corazón que padecía. [illegible] muy envejecido, de mal color, y con más aire extranjero que antes.

"¡Oh, puerta del paraíso [illegible] Dispense usted... Me canso horriblemente—dijo Moreno, saludándola con tanta urbanidad como afecto.

Estupiñá, que entraba detrás, le echó también un gran saludo á D. Manuel. [illegible] permitiéndose abrazarle, porque eran antiguos amigos.

"Estás hecho un pollo—le dijo Moreno, palmoteándole en los hombros.

—Vamos tirando... ¿Y usted...?

—Así, así.

—¡Siempre por esas tierras extranjeras!... Caramba, también es gusto, teniendo aquí tantos [illegible]... [illegible] le contestó con [illegible] benevolencia que saben emplear los superiores bien educados. Separáronse en el pasillo, porque Estupiñá tenía que ir hacia el comedor. Moreno siguió á Jacinta hasta el salón y de allí al gabinete.

"No me había dicho Guillermina que estaba usted en Madrid. Lo supe hoy por mamá—dijo ella por decir algo.

—Guillermina! ¡Buena tiene ella la cabeza para acordarse de anunciarme! ¿Sabe usted que cada vez que vengo á España me la encuentro más [illegible]? Ayer, cuando entré en casa, lo primero que hizo, mientras me saludaba, fué un registro de todos los bolsillos de mi ropa. Me desplumó. Lo que yo le decía; "apenas se pone el pié en España, no se da un paso sin tropezar con [illegible]" Ahora pretende que entre todos los [illegible] le [illegible] piso... friolera.

M.C.D.2020

—¡Pobrecilla! Es una santa.

Llegó entonces D. Baldomero, anunciándose antes de entrar con estas alegres voces: "¿En dón le está ese anti-patriota?„ Cuando apareció en la puerta el Sr. de Santa Cruz, con los brazos abiertos, fué Moreno á dejarse estrechar en ellos.

"Bien, padrino; está usted hecho un muchacho.

—¿Y tú, perdido? Me dijeron que estabas algo delicado.

—Me canso horriblemente—replicó Moreno, tocándose el corazón.—Algo aquí... Pero dicen que es nervioso.

—Sí, sí, nervioso—afirmó Santa Cruz como si tuviera en el dedillo toda la medicina.

—Nervioso, claro—repitió Jacinta, y Barbarita, que á la sazón entraba, también dijo: ¿Qué ha de ser sino nervioso...?„

—Vaya, vaya con este perdis—decía Moreno mirando mucho á su amigo y pariente y no atreviéndose á decir que le encontraba muy desmejorado.—Siempre tan extranjero.

—No quiere nada con nosotros—dijo Barbarita, examinándole la ropa.—Mira, mira que levita gris cerrada... y botines blancos... Pero, Manolo, ¿qué zapatones usan por allá? Esos guantes pasarían aquí por guantes de cochero.

Moreno se echó á reir. Su persona tenía tal aire extranjero, que quien le viera, tomaríale por uno de esos ingleses aburridos y millonarios que andan por el mundo sacudiéndose la morriña que les mata. Hasta cuando hablaba desmentía, no por afectación, sino por hábito, su progenie española, porque arrastraba un poco las erres y olvidaba algunos vocablos de los menos usuales. Se había educado en el célebre colegio de Eton desde los treinta años había vivido en Inglaterra salvo las cortas temporadas que venía á Madrid. Poseía el arte de la buena educación en su forma más exquisita, y una soltura de modales que cautivaba. D. Baldomero I había sacado de pila á Moreno, y éste seguía llamando *padrino* á D. Baldomero II.

—Ya saben ustedes que no transijo con la patria—dijo sonriendo.—Mientras más la visito, menos me gusta. Por respeto á mi padrino, no me atrevo á decir más.

Los gustos extranjeros de Moreno y el antipatrio que á su patria mostraba eran ocasión de empeñadas reyertas entre él y D. Baldomero, que defendía todo *lo del Reino* con sincero entusiasmo. A veces perdía los estribos el buen español, sosteniendo que en todo lo extranjero hay mucho de farsa, y Moreno, extremando sus antipatías, sostenía que en España no hay más que tres cosas superiores: la Guardia Civil, las uvas de albillo y el Museo del Prado.

"Vamos á ver—dijo D. Baldomero con alegría, que le retozaba en la cara.—¿Qué me dices del Rey que hemos traído? Ahora sí que vamos á estar ~~ricos~~. Verás cómo prospera el país y se acaban las guerras.

—Es guapo chico. Varios españoles residentes en Londres le acompañamos en el tren hasta ~~Londres~~. Yo le regalé un magnífico reloj... Es muy despejado chico, pero muy despejado. Lástima de Rey. Yo le dije: "Vuestra Majestad va á gobernar el país ~~más ingrato del mundo~~; pero Vuestra Majestad ~~triunfará de la ingratitud~~...„ Esto lo dije por cortesía; pero yo no creo que pueda barajar á esta gente. Él querrá hacerlo bien; pero falta que le dejen.

En esto entró Juanito, y él y ~~yo~~ se dieron los abrazos de ordenanza. Para ponerse a almorzar no faltaba más que Villalonga.

"¿Pero qué?—dijo el Delfín,—¿le esperamos? Sabe Dios á qué hora vendrá. Anoche se retiraría á las tres de la tertulia del Ministro de la Gobernación, y estará todavía en la cama. Vamos á almorzar.

Acordaron, pues, no aguardar más, y durante el cordial almuerzo, que quieras que no, la conversación versó sobre ~~el tema ó manía~~ si en España es todo malo, y si en el extranjero es de buena ley todo lo que admiramos. Moreno Isla no transigía, ni cedía un ~~pico~~ del terreno antipatriótico en que su tertulia quedad se encerraba. ¡Pero qué había usted ahí de cosas buenas—dijo replicando á Barbarita, que ponderaba la riqueza y variedad del abastecimiento de Madrid.—Si aquí todo lo que hay en las tiendas de comestibles es extranjero. Lo único indígena que tienen ustedes aquí son las rosquillas de la tía Javiera.

¡Qué risas!

"Miren ustedes... hablando ahora con toda seriedad—dijo ~~Juanito~~ cuando después de ~~haber~~ el tema de las comidas, se pasó á ciertas ideas de cultura general.—Yo he hecho una observación que nadie me desmentirá. Desde que se pasa la frontera para allá y se entra en Francia, no le pica á usted una pulga.

~~Otra vez la pulga~~.

"¡Pero qué tendrán que ver las pulgas!

—¿Y sostienes tú que en Francia no hay pulgas?

—No las hay, créame usted padrino, no las hay. Es un resultado del aseo general, de la limpieza de las casas y de las personas. Vaya usted á San Sebastián. Se lo comen vivo...

—Hombre, por Dios, qué argumentos!...

Sonó la campanilla. "¡Ahí está!„—dijeron

todos, y Barbarita miró al lugar vacío que estaba destinado á Villalonga en la mesa. Éste entró muy alegre, saludando á [illegible], y dando un apretón de manos á Moreno.

"Indulgencia, señora—dijo á Barbarita.—He venido volando por no hacerme esperar.

—Amigo, desde que está usted en candelero, no hay quien le vea. ¡Qué caro se cotiza!

—Es que no me dejan vivir. Anoche [illegible] las tres. Doscientas personas entrando y saliendo.

—Preparando las elecciones, ¿eh?

—¡Oh! si pasamos al terreno político...—dijo Moreno.

—No, no pases—replicó D. Baldomero.—En ese terreno concedo, concedo...

Después pasó á la cuestión de quesos, diciendo D. Baldomero que el Reino también muy buenos. Luégo las casas, que Moreno calificó de inhabitables. "Por eso todo el mundo vive en la calle."

"Pues mire usted—dijo Villalonga.—Las casas serán todo lo malas que usted quiera; pero hay en las del extranjero una costumbre que maldita la gracia que tiene. Me refiero á la falta de maderas en los balcones y ventanas, por lo cual entra la luz desde que Dios amanece, y no puede usted dormir.

—¿Pero usted cree que en el extranjero hay nadie que se esté durmiendo hasta el medio día?

Sobre esto se habló mucho, y [illegible] sacó á relucir otras cosas. "Yo de mí sé decir, que cuando paso la frontera para acá recibo las más tristes impresiones. Habrá algo que admirar; á mí se me esconde, y no veo más que la grosería, los malos modos, la pobreza, hombres que parecen salvajes, liados en mantas, mujeres flacas... Lo que más me choca es lo desmedrado de la raza. Rara vez ve usted un hombrachón robusto y una mujer fresca. No lo duden ustedes, nuestra raza está mal alimentada, y no es de ahora; viene pasando hambres desde hace siglos, y por eso está como está. No lo puede remediar. Mi país me es bastante antipático, y desde que me meto en el *exprés* de Irún ya estoy renegando. Por la mañana, cuando despierto en la Sierra y oigo pregonar el *bolijo de leche*, me siento mal; créanlo ustedes... Al llegar á Madrid, y ver la gente de capa, las mujeres con mantones y los pisos con un adoquín para arriba y otro para abajo, y los caballos de los coches como esqueletos, no veo la hora de volverme á marchar..."

M.C.D.2020

—Hombre, en qué cosas te fijas—dijo don Baldomero, siguió haciendo la apología de la patria en términos calurosos que el otro oía con benevolencia. Le gustaría de que me convenciera.

Cuando tomaban el café, notaron todos que Moreno se sentía mal; pero él disimulaba y llevándose la mano al corazón, decía otra vez: Algo aquí... No es nada. Nervioso nada más. Lo que más me molesta es el ruído de la circulación de la sangre. Por eso me gusta tanto viajar... Con el ruído del tren, no oigo mi propio ruído.

Hubo un momento de silencio y tristeza en la mesa; pero aquello pasó, y siguieron charlando. Jacinta observó que alguien le hacía telégrafos desde la puerta, alzando un poco la cortina. Salió: era Guillermina.

"No, yo no paso. Tengo que irme al momento á la obra—le dijo con secreteo.—Vengo para encargarte que le hables. Saca la conversación como puedas, y que entere bien de la necesidad en que estamos. Obra parada... ese piso principal que no podemos hacer, lo tengo sobre mi alma como una montaña. No vivo mientras no lo vea hecho.

—Moreno ayudará—díjole llevándola á otra pieza para hablar con más libertad.

—No sé... está incomodado conmigo... Esta mañana hemos reñido, y le he dicho muchas cosas, porque... la verdad... me enfadé, me tuve que enfadar. Figúrate que esta vez viene más hereje que nunca. Cada uno es dueño de condenarse; ¿pero á qué viene decirme á mí cosas contra la religión?

—Claro.

—Y tantas fueron sus burlas y sacrilegios que... Dios me lo perdone... me incomodé. Le dije que no me hacía falta su dinero para nada, y que tendría miedo de tomarlo en mis manos, por ser dinero de Satanás. Pero esto es un dicho, ¿sabes?

—Claro.

—¿Y aquí no ha hablado de religión?

—No; no ha hablado de eso. Mamá no se lo toleraría. Ha hablado de que en España hay más pulgas que en Francia.

—Toma. ¡Qué importará que haya pulgas con tal que haya cristiandad! Las cosas que dicen estos herejotes cuando no indignan son

4,484,

61

si no las tomáramos á

para morirse de risa. Tú no sabes bien lo protestante y calvinista que viene ahora. Me horrip lé oyéndole. Pero en fin, allá se entenderá con Dios, y entre tanto, lo que importa es que afloje los cuartos para esta buena obra. Y que le ha de valer para su alma, aunque él no quiera, es indudable... Con que á ver si me le catequizas.

—Yo le catequizaré... Veremos, le diré algo...

—[illegible]... Adios, hija de mi alma. Me voy, esta noche me contarás lo que te [illegible]. Creo que no nos dejará mal, porque en el fondo es un buenazo. A poco que se le raspe la corteza de hereje, sale aquella [illegible] de otros tiempos. Quédate con Dios.

Volvió Jacinta al comedor. Si cumplió ó no el encargo de Guillermina, lo veremos á su tiempo. Más que reunir dinero para la obra, preocupaba á [illegible] el ver resuelto, según su deseo, lo que ella y su marido habían tratado la noche anterior. Movida de este afán, así que se marcharon Moreno y Villalonga, que habían prolongado la sobremesa hasta las tres de la tarde, cogió por su cuenta al Delfín, y otra vez trataron ambos la cuestión del rompimiento. De acuerdo estaban en lo principal, discrepando sólo en el procedimiento más adecuado, pues Jacinta opinaba por una carta y [illegible] por una entrevista de despedida. Al fin, tras laboriosa discusión, prevaleció este criterio, como verá el que siga leyendo.

## III

### La revolución vencida.

I

Quien supiera ó pudiera apartar el ramaje espléndido de ideas más ó menos contrahechas y de [illegible] palabras que Jacinta Santa Cruz puso ante los ojos de su mujer en la noche aquella, encontraría el verdadero móvil de su [illegible] y el desnudo pensamiento [illegible] los cuales no eran otra cosa que un profundísimo hastío de Fortunata y las ganas de perderla de vista lo más pronto posible. ¿Por qué lo que no se tiene se desea, y lo que se tiene se desprecia? Cuando [illegible] salió del convento con corona de honrada para casarse; cuando llevaba mezcladas en su pecho las azucenas de la purificación religiosa y los azahares de la boda, pareciale al Delfín digna y difícil hazaña arrancarla de aquella vida. Hízolo así con éxito

mi

No vayas á olvidarte.

Haré lo que pueda...

diga.

pasta de angel.

la dama

el asilo

de la ruptura.

ella

él

relumbrantes

vistoso

el señorito de

seca y desnuda

la seca desnudez de su

ella

y de su deseo,

lucida

62

superior á sus [redacted] esperanzas; pero su conquista le ponía [redacted] la obligación de sostener indefinidamente á la víctima, y esto, [redacted] pasado cierto tiempo se iba haciendo aburrido, soso y caro. Sin variedad era él hombre perdido; lo tenía en su naturaleza y no lo podía remediar. Había que cambiar de forma de Gobierno cada poco tiempo, y cuando estaba en república, le parecía la monarquía tan seductora. Al salir de su casa aquella tarde, iba pensando en esto. Su mujer le estaba gustando más, mucho más que aquella revolución que había implantado, pisoteando los derechos de dos matrimonios.

"¿Quién duda—seguía pensando,—que es prudente evitar el escándalo? Yo no puedo parecerme á éste y el otro y el de más allá, que viven en la anarquía, señalados de todo el mundo [redacted]. Hay otra razón, y es que se me está volviendo antipática, [redacted], lo mismo que la otra vez. [redacted] no aprende, no adelanta un solo paso en el arte de agradar; no tiene instintos de seducción, desconoce las gaterías que embelesan. Nació para hacer la felicidad de un apreciable albañil, y no ve nada más allá de su bonita nariz. ¿Pues no le ha dado ahora por [redacted]? Habla con sinceridad; pero sin gracia ni *esprit*. ¡Qué diferenta de Sofía la Ferrolana, que cuando la trajo del primer viaje á París [redacted]! Para todas las artes se necesitan facultades de asimilación, y esta marmotona que me ha caído á mí es siempre igual á sí misma. Con decir que hace días le dió por estar rezando toda la tarde [redacted]. En fin, que no puedo ya más, y hoy mismo se acaba esta irregularidad. [redacted]

imp

Situación

onaria

La pobrecilla

hacerme camisas? Buenas estarían!.....

Pepito Trastamara

era una verdadera Dubarry espanolizada!

¡Abajo la república!

...! y para que?... para pedirle á Dios chiquillos.... Al demonio se le ocurre...!

Pensando de este modo había llegado á la casa de su querida, y en el momento de poner la mano en el llamador, un hecho extraño le cortó bruscamente el hilo de sus ideas. Antes de que llamara se abrió la puerta, dando paso á un señor de buena presencia, de bigote blanco, el cual salió, saludando á Juanito con una cortés inclinación de cabeza. La misma Fortunata le había abierto la puerta y le despedía.

Juanito entró. La salida de aquel señor le produjo en un instante dos sentimientos distintos que se sucedieron con brevedad. El primero fué algo de enojo; el segundo satisfacción de que el acaso le proporcionase un buen apoyo para el rompimiento que deseaba... "Me parece que yo conozco á este señor tan terne. Le he visto, le he visto en alguna parte — pensó entrando—Si tendrémos gatuperio... Estaría bueno. Pero más vale así.„

Y en alta voz y de mal modo, preguntó á Fortunata, que le siguió á la sala: ¿Quién es ese viejo?

—Yo creí que le conocías. D. Evaristo Feijóo, coronel ó no sé qué de milicia... Es grande amigo de Juan Pablo.

—¿Y quién es Juan Pablo? Vaya unos conocimientos que me quieres colgar...

—Mi cuñado.

—¿Y cuándo he conocido yo á tu cuñado, ni me importa?... Estamos bien. ¿Y á qué venía aquí ese señor. Feijóo, dices? Me parece que es amigo de Villalonga.

—Ha venido á visitarme... Es un señor muy bueno. ¿Qué te crees, que viene á hacerme el amor? ¡Qué tonta! Pero en resumidas cuentas, si te parece que no debo recibirle, no recibiré más. Y aquí paz...

—No, no; recíbele todo lo que quieras—dijo él variando de táctica con la rapidéz del genio. —Si, como dices, es una persona formal, podría ser que te conviniera cultivar su amistad.

Fortunata no comprendió bien, y él se envalentonó con el silencio.

"Porque, hija mía, yo debo decirte que no podemos seguir así.

Juanito pensaba que lo mejor era cortar por lo sano, planteando la cuestión desde el primer momento con limpieza y claridad.

El saloncito en que estaba tenía ese lujo

que sustituye al verdadero allí donde el elegante vive aún en condiciones de timidéz y más bien como ensayo. Había muebles forrados de seda y cortinas hermosas; pero aquellos eran de mal gusto, de amaranto combinado con verde-limón; las cortinas estaban torcidas, las guardamalletas mal colocadas, la alfombra mal casada y las jardineras de bazar, con begonias de trapo, cojeaban. El reloj de la consola no andaba ni había andado nunca. Era dorado, con figuras como de pastores, haciendo juego con candelabros encerrados en guardabrisas. Había laminitas compradas en baratillos, con marcos de cruceta, y otras mil porquerías con pretensiones de lujo y riqueza, todo ello anterior á la transformación del gusto que se ha verificado de diez años á esta parte. Santa Cruz miraba siempre esto sal[illegible] con cierto orgullo, como una manifestación de su esplendidéz; pero al mismo tiempo solía ridiculizar á Fortunata por su mal gusto. Siempre que compraba algo para decorar la casa, escogía lo más llamativo y chillón; pero para vestirse tenía instintos de elegancia; pero en muebles y decoración de casa, [illegible]aba. En suma, que ella tendría todas las cualidades que quisiera; pero lo que es *chic* no tenía.

Sentado en el sofá y con el sombrero puesto, Juan miraba aquel día todo lo que allí había, gozándose en la idea de que lo miraba por última vez. Fortunata estaba en pié, delante de él, y luégo se sentó en un *pu*, fijando los ojos en su amante, como en espectativa de algo muy grave que de él esperaba oir.

"Si esta pavisosa — pensó Santa Cruz mirándola también, — viera con qué donaire se sienta en un *pu* Sofía la Ferrolana, tendría mucho que aprender. Lo que es ésta, ni á palos aprenderá nunca esas blanduras de la gata, esos arqueos culebrosos de un cuerpo [illegible] y sutil que acaricia el asiento. ¡Ah! ¡qué bestia Y hizo Dios!...

Y en alta voz:

"Díme, ¿por qué no te has puesto la bata de seda, como te he mandado?

—¡Qué cosas tienes!... No la quiero estropear.

—Eso es...—dijo el otro riendo sin delicadeza,—guárdala para los días de fiesta. Así me gusta á mí la gente, arregladita... Y cuando yo vengo aquí te pones la batita de lana, que unos

días apesta á canela y otros á petróleo....

—Mentira — replicó Fortunata oliendo su propio vestido.—Está bien limpia. ¿Para qué dices lo que no es?

—No, lo que es dentro de casa, tú estás por aquello de *ya engañé*. Eso; ponte bien ordinaria y todo lo cursi que puedas.

—¡Ay que gracia.. Hoy no me he puesto la bata de seda, porque he estado toda la mañana en la cocina.

—¿Haciendo qué?

—Escabeche de [illegible].

—Bien; me gusta. [illegible] para cuando vengan los malos tiempos — dijo el Delfín con benévola ironía.—Pues hija, yo tengo que hablarte hoy con claridad. Te quiero demasiado para andar con misterios contigo. Tú eres razonable, te haces cargo de las cosas y comprenderás que tengo razón en lo que te voy á decir.

Este lenguaje desconcertó á Fortunata, porque le recordaba el [illegible] otra [illegible] para licenciarla. Pero él creyó oportuno mostrarse cariñoso, y la hizo sentar á su lado para pasarle la mano por la cara y hacerle algunas zalamerías, de las que se [illegible] los niños cuando se les quiere hacer tomar una medicina.

"Ven acá, y... Yo no quiero más que tu bien. No dirás que no he hecho por tí cuanto estaba en mi mano. Por mi parte, bien lo sabes tú, seguiríamos lo mismo; pero mi mujer se ha enterado... anoche hemos tenido una [illegible] espantosa, pero espantosa, chica; no puedes figurarte cómo se puso. Se desmayó; tuvimos que llamar al médico. La más negra fué que mis pa[illegible]s se enteraron también del motivo, y... una chilla por aquí, otra por allá; mi padre furioso... entre todos me querían comer,

Fortunata estaba tan absorta y aterrada, que no podía pronunciar palabra alguna.

"Ya te he dicho que lo paso todo, menos dar un disgusto á mis padres. Así es que anoche me planté conmigo mismo, y dije: "Aunque me muera de pena, esto se tiene que acabar.„ Sé que me costará una enfermedad. El golpe será rudo. No se arranca una fibra sin que duela mucho. Pero es preciso, y para estos casos son los caracteres... Hasta cargo de las circunstancias.

Fortunata empezó á llorar, y Juan, besándola: "Ahora viene la lagrimita. Es infalible. Preparémonos.„

"Tonta, no llores, no te aflijas—le decía besándola.—Mira que yo estoy con el alma en un hilo, y si te veo flaquear, soy hombre perdido.

Procuraba mostrarse á dos dedos de romper en llanto, y ponía una cara muy triste.

"No creas—balbució Fortunata entre sollozos.—Te veía venir. Hace días que la estás tú tramando... Bueno, hemos concluído.

—No, si yo te querré siempre. Sólo que no puedo visitarte más. Alguna vez... no digo que no... Pero así, con esta manera de vivir, en este Madrid todo se hace público, y al fin no hay más remedio que proceder como Dios manda. Yo soy casado, tú también; estamos violando todas las leyes divinas y humanas. Si hubiera muchos como nosotros, pronto la sociedad sería peor que un presidio, centro de todos los crímenes. ¿No has pensado tú alguna vez en esto?

Lo que Fortunata había pensado era que el amor salva todas las irregularidades, mejor dicho, que el amor lo hace todo regular, rectifica las leyes, anulando las que se le oponen. Lo había dicho varias veces á su amante, expresándose de una manera ruda; pero en aquel lance, pareciale ridículo volver sobre aquella idea verdadera ó falsa del amor, porque en su buen instinto comprendía que el aumento capital y tácito de su amante era que ya no tenía amor, y revestía la declaración de hastío con toda aquella hojarasca de leyes divinas, principios, conciencia y demás. Fortunata no lo seguiría jamás en este terreno, porque no sabía ella desenvolverse con tanta palabra fina.

"Ya me lo decía el corazón—exclamaba, apretando el pañuelo contra sus ojos.

—No se puede uno sustraer á los principios —prosiguió él.—Las conveniencias sociales, nena mía, son más fuertes que nosotros, y no puede uno estar riéndose de ellas mucho tiem-

po, porque á lo mejor viene el garrotazo, y hay que bajar la cabeza. Yo quisiera que tú comprendieras bien esto... No te he querido decir nada; pero á veces, aquí mismo he sentido mi conciencia tan alborotada, que me ha horrorizado...

Fortunata le miró de un modo que le hizo callar... "¡A buenas horas y con sol!—quería decir aquella mirada.—Después que hemos cometido todos los crímenes, ahora salimos con escrúpulos... Y yo pago la falta de los dos...

"Bien merecido me lo tengo—declaró en un arranque de dolor combinado con la rabia,—porque los dos hemos sido malos; pero yo he sido más mala que tú... yo he hecho quince y raya á todas... ¡Dios, con la yo hice... portarme como porté con aquella familia! Tú me decías que no era nada, cuando yo me ponía triste... pensando en lo que había hecho, te reías... te reías.

—Sí...

—Repito que te reías... ¡pero cómo! á carcajadas, llamándome simple y otras cosas... Bien, bien, bastante hemos hablado... Te vas, pues muy santo y muy bueno. Lo sentiré; calcula si lo sentiré... pero ya me iré consolando. No hay mal que cien años dure. ¡Aire, aire!

Se limpiaba rápidamente las lágrimas, fingiendo una fortaleza que no tenía.

"Nos separarémos como amigos—dijo Santa Cruz tomándole una mano, que ella separó prontamente,—y me retiro dándote un buen consejo.

—¿Cuál?—preguntó Fortunata más airada que dolorida.

—Que te unas... que procures unirte otra vez con tu marido.

—¡Yo...!—exclamó con indecible horror.—¡Después de...!

—Ya te serenarás, hija. ¡El tiempo! ¿Sabes tú los milagros que hace? Tú lo has dicho: no hay mal que cien años dure, y cuando se tocan de cerca los grandes inconvenientes de vivir fuera de la ley, no hay más remedio que volver á ella. Ahora te parece imposible; pero volverás... Si es lo natural, es lo fácil, lo fácil... Solemos decir: "Tal cosa no llega nunca." Y sin embargo llega, y apenas nos sorprende por la frecuencia con que viene.

Fortunata se levantó disparada y se metió en su gabinete. Estaba como una loca. Juanito la siguió temiendo que le acometiese un acceso de desesperación. Ambos se encontraron en la alcoba. El entraba, ella salía.

"Sabes lo que te digo...—gritó Fortunata con la voz ronca de despecho y dolor—Que ya estás demás aquí...

—Pero no te irrites...

—¡Fuera, fuera!—gritó Fortunata empujándole con [illegible].

Santa Cruz reconoció aquella fuerza casi superior á la suya, y no tenía gran empeño en oponerse á ella. Por junto hizo como que sus brazos [illegible]aban [illegible] someter á los de Fortunata. Esta pudo más y cerró violentamente la puerta de la alcoba. El Delfín tocó en los cristales, diciendo: "Si no hay motivo para tanta bulla... Nena, nena, abre... Ten calma y no te sofoques... ¡Bah! siempre eres así...

Pero de dentro de la alcoba no venía ninguna respuesta, ni una voz siquiera. Juan aplicó el oído creyendo sentir sollozos... gemidos sofocados. Pronto comprendió que no podía apetecer mejor coyuntura para plantarse rápidamente en la calle y ~~no apurar más por allí~~.

"Pero aún me falta la última parte—pensó echando mano á su cartera.—No puedo abandonarla así...

Después de meditar un rato, volvió á guardar la cartera y se dijo: "Mejor será que me vaya... Se lo mandaré en una carta... Adios, ~~cortinas de amaranto, adios... ilusión de un mes~~...

Salió de puntillas, como se sale de la casa en que hay un enfermo grave.

## II

En el resto de aquel día [illegible] siguientes, dicho se está que la señora de Rubín se entregó á las mayores extravagancias, pues tal nombre merecen sin duda actos como no querer comer, estar llorando á lágrima viva tres horas seguidas, encender la luz cuando aún era de día, apagarla después que fué noche por gusto de [illegible] oscuras, y decir mil disparates en alta voz, lo mismo que si [illegible] La criada intentó tranquilizarla; pero los consuelos verbales la irritaban más. A eso de las diez, la dolorida se levantó con resolución del sofá en que se había echado, y á tientas, porque el gabinete estaba oscurísimo, ~~sin más luz que la [illegible]~~ buscó su mantón. "Ya verán, ya verán—murmuraba en su agitación epiléptica, y á tientas buscó también las botas y se las puso. Pañuelo á la cabeza, mantón bien recogido sobre los hombros, y á la calle... Salió con rapidéz y determinación, como quien sabe á dónde va y obedece á uno de esos formidables impulsos en línea recta que conducen á toda acción terminante. Ni tiempo dió á que Dorotea la pudiera detener, porque cuando la vió, ya estaba abriendo la puerta, y salió como una saeta.

D.L.C.2020

080
136 26 22
1

5000
5250
2750
3000
11,500

5000
5750
5250
11500
11,500

Eran las nueve de la noche. Fortunata atravesó con paso ligero la calle de Hortaleza, la Red de San Luis. No debía de estar muy trastornada cuando en vez de tomar por la calle de la Montera, en la cual el gentío estorbaba el tránsito, fué á buscar la de la Salud y bajó por ella ~~pensando en~~ que por tal camino ganaba diez minutos. De la calle del Carmen pasó á la de Preciados, sin perder ni un momento el instinto de la viabilidad. Atravesó la Puerta del Sol por frente á la casa de Cordero, y ya la teneis subiendo por la calle de Correos hacia la Plazuela de Pontejos. Ya llegaba, y á medida que veía más cerca el objeto de su viaje, parecía como que se le iba acabando la cuerda epiléptica que la impulsaba á la febril ~~carrera~~. Vió el portal de la casa de Santa Cruz y sus miradas se internaron con recelo por aquella cavidad ancha, de estucadas paredes y alumbrada por mecheros de gas. Ver esto y pararse en firme, con cierta frialdad en el alma, y sintiendo el choque interior de toda velocidad bruscamente enfrenada, fué todo uno. ~~Desgracias, estaba en la puerta, mirando hacia la fuente, con las manos cruzadas á la espalda.~~

Ver el portal fué para ~~Fortunata~~, como para el pájaro que ciego y disparado vuela, topar violentamente contra un muro. Los que obran bajo la acción de impulsos cerebrales, irresistibles y mecánicos como los instintos que atañen á la conservación, van muy bien mientras ~~corren ilusionados por su propio deseo~~, pero cuando la realidad de ~~su~~ fin se les pone delante ~~y la acción deseada se ofrece como únicamente puede ser~~, sometida á las leyes generales, no hay velocidad que no tenga su rechazo. ¿Cuál era el intento de Fortunata y qué iba á hacer allí? ~~La cosa no podía ser más sencilla.~~ Pues nada más que entrar en la casa, sin pedir permiso á nadie, llamar, colarse de rondón, dando gritos y atropellando á todo el que encontrara, llegarse á Jacinta, cogerla por el moño y... Esto de cogerla por el moño no se determinó bien en su voluntad; pero sí que le diría mil cosas amargas y violentas. Tal pensaba cuando le entró aquel desatino de salir de su casa y correr hacia la plazuela de Pontejos. Y cuando bajaba por la calle de la Salud, iba pensando así: "No se me quedará en el cuerpo nada, nada. Ella es la que me hace desgraciada, robándome á mi marido, porque es mi marido. Yo he tenido un hijo suyo y ella no... Vamos á ver, ¿quién tiene más derecho?" Estos enormes disparates, nacidos del trastorno que en su cerebro reinaba ~~por la horrible pena que sufría~~, persistían cuando ~~[illegible]~~ estaba delante del portal de los de Santa Cruz.

"Pues no sé por qué no entro y armo la escandalera que debo armar,...

Pero la contenía un cierto respeto que no acertaba á explicarse. Se alejó, y desde la acera de enfrente miró hacia la casa, antes de mirar dijo para sí: "Vaya luz en el gabinete de Jacinta, donde estarán de tertulia." Pero no vió nada. Todo estaba cerrado y no se veía claridad ninguna. "¡Si habrán salido...! No, estarán ahí burlándose de mí, riéndose de la infamia que me han hecho... Buenos son todos: ¡tales hijos, tales padres!" Volvió á sentir el prurito de entrar en la casa, y dió tres ó cuatro pasos hacia ella. "El maldito portero. Me fijo que si no estuviera el portero, entraría." "¿A ver quién sale?" Era un viejo que se detenía en el portal y echaba un párrafo con Deogracias. Fortunata reconoció á Estupiñá que había sido vecino suyo cuando ella vivía en la Cava, donde tuvieron principio sus interminables desgracias. Estupiñá se embozó en su capa tomó hacia la calle del Vicario Viejo. Siguióle Fortunata con la vista hasta verle desaparecer, y poco después volvió á su acecho. ¿Quién salía? Un caballero con botines blancos parecía extranjero. El tal pasó junto á ella, la miró, casi casi se detuvo un instante para verla mejor; después siguió su camino. Otras personas salieron de la casa. Fortunata, en cuyo pensamiento iba condensándose la imposibilidad de entrar, continuaba allí sin saber por qué. No se podía marchar, aunque iba comprendiendo que la idea que á tal sitio la llevó era una locura, como las que se hacen en sueños. Uno de los muchos desvaríos que se sucedieron en su mente fué imaginar que tal ó cual hombre de los que vió salir, era querido de Jacinta. "Porque á mí no me digan que es virtuosa... Vaya unos embustes que corre la gente. No se puede creer nada. ¿Virtuosa? Ninguna de estas casadas ricas lo es ni lo puede ser. Nosotras las del pueblo somos las únicas que tenemos virtud, cuando no nos engañan. Yo, por ejemplo... Por ejemplo, yo." Entrólo una risa convulsiva. "¿Y de qué te ríes. [illegible] —se dijo á sí misma.—Más honrada eres tú que el sol, porque no has querido ni quieres más que á uno. ¿Pero éstas... éstas?... Já já já. Cada [illegible] hombre nuevo, y virtuosa me soy. ¿Por qué? Pues porque no dan

escándalos, y todo se lo tapan unas con otras. ¡Ah! señora doña Jacinta, usted caerá... tiene usted que caer, si no ha caído ya.

De pronto vió que al portal se acercaba un coche. ¿Traería gente ó venía á tomarla? A tomarla porque no salió nadie, el lacayo entró en la casa y Deogracias se puso á hablar con el cochero. "Van á salir—se dijo sintiendo otra vez los ardientes impulsos que la sacaron de su casa.—Ahora sí que no se me escapan... Me voy encima, y á las dos las mato... tan pronto es la madre como la hija... buf. ¡Cuánto tardan! La cabeza se me abrasa y parece que me vuelvo toda uñas...

Salieron las señoras. Fortunata vió primero á una de pelo blanco, después á Jacinta, después á una pollita que debía de ser su hermana...; vió terciopelo, pieles blancas, sedas, joyas, todo rápidamente y como por magia. Las tres entraron en el coche, y el lacayo cerró la portezuela. ¡Pero qué cosas! Lo mismo fué ver á las tres damas, que á Fortunata le entró un ¡Y ella qué pensaba clavarles las puntas de sus dedos como garfios de acero! que sintió era más bien como el que infunde horrendo peligro, y tan impotente se vió su voluntad ante aquel pánico, que echó á correr y á escape, sin atreverse ni siquiera á mirar hacia atrás. Oyó el ruido del coche que rodaba por la calle abajo, y aún lo vió pasar por delante, con tan rápida vuelta que por poco la arrolla. "¡Eh!..." gritó el cochero, y dió un grito, saltando hacia atrás... El pánico le duró un rato. Siguió hacia la Puerta del Sol considerando aquel miedo intensísimo que había sentido y preguntándose si en él había también algo de vergüenza. Pero no le era fácil discernir si su espanto era como el del exaltado cristiano que ve al demonio, ó como el de éste cuando le presentan una cruz.

Dejándose llevar de sus propios pasos, fué hacia la Puerta del Sol, y se encontró sin saber cómo en el centro de ella. Insconscientemente se sentó en el brocal de la fuente y estuvo mirando los espumarajos del agua en reposo en el frío. Un individuo de Orden Público la miró con aire suspicáz; pero ella no hizo caso y continuó allí largo rato, viendo pasar tranvías y coches en derredor suyo como si estuviera en el eje de un Tío Vivo. El frío y la impresión de humedad la obligaron á ausentarse y se alejó hacia una de las calles de la parte curva. El frío la obligaba á arrebujarse bien en su mantón, tapándose la boca. Casi no se le veían más que los ojos, y como éstos eran tan bonitos, muchos se le ponían al lado, le pedían permiso para acompañarla, le decían mil cuchufletas. Recordó otros tiempos infelices, y la idea de tener que volver á ellos le produjo dolor muy vivo, despejándole la cabeza de todas aquellas quimeras que se le habían metido en ella. El sentimiento de la realidad iba poco á poco recobrando su imperio. Mas la realidad érale odiosa, y trataba por mantenerse en aquel estado delirante. Uno de los que la siguieron se aventuró á detenerla en toda regla, llamándola por su nombre.

"¡Pero qué tapadita va usted!... Fortunata. Detúvose ella ante una persona, pensando en quién podría ser. Un ratito estuvo como lela mirando aquella cara y aquellos ojos que con regocijo le miraban á ella. "Yo quiero conocer esta cara — pensó Fortunata. — ¡Ah! es

—Hija, muy distraidita va usted...

—Voy á mi casa.

—¿Por aquí?—exclamó Feijóo con asombro.

—Pues el camino que lleva usted es el del Teatro Real.

—Es que—dijo Fortunata mirando las casas... Me había equivocado... No sé lo que me pasa...

—Vamos por aquí, la acompañaré á usted—dijo D. Evaristo con bondad.—Capellanes, Rompelanzas, Olivo, Ballesta, San Onofre, Hortaleza, Arco.

—El verdad; pero no dude usted lo que le digo...

—¿Qué? hija mía.

—Qué yo soy honrada, que siempre lo he sido.

Feijóo miró á su amiga. Francamente, aquellos ojos tan bonitos le habían hecho siempre muchísima gracia; pero aquella noche creyó ver en ellos una exaltación que no le hacía divina.

M.C.D.2020

se volvió á tapar la boca con el mantón. Feijóo no dijo nada. Mas como ella se detuviera de nuevo para repetir aquel concepto de la honradéz, Feijóo, que era hombre muy franco, no pudo menos de decirle:

"Fortunata, usted no está buena, quiero decir, á usted le ha pasado algo muy grave. Confiese usted á mí que soy un amigo leal, y le daré buenos consejos.

—Pero duda usted—dijo Fortunata apoyándose en la pared,—que yo haya sido siempre...

—¿Honrada? Cómo he de dudar eso, hija mía, pues no faltaba más. Lo que dudo es que usted tenga buena salud. Está usted fatigada, y me parece que debemos tomar un coche... ¡Eh! ¡cochero!...

Fortunata se dejó llevar, y maquinalmente entró en el coche. Alguna vez había hecho lo mismo con un hombre con un cualquiera encontrado en la calle.

Feijóo le habló dentro del coche con paternal cariño. Fortunata no contestaba de una manera completamente acorde. De pronto le miró en la oscuridad del vehículo y le dijo: "¿Y tú, quién eres?... ¿A dónde me llevas? ¿Por quién me has tomado? ¿No sabes que soy honrada?

—¡Ay, Dios mío!—murmuró el buen D. Evaristo con hondísimo disgusto.—Esa cabeza no está buena, ni medio buena...

Por fin llegaron, y subieron con ella. La criada les abrió. "Ahora—dijo el respetable coronel retirado,—á acostarse. Fortunata, quiere usted que le traiga un médico?

—No—contestó ella, y se metió en su alcoba. Feijóo la siguió tan afligido de verla en tan lastimoso estado. Después él y la criada cuchichearon.

—Rompimiento.... Le ha dado otra vez el canuto—pensó D. Evaristo.—Si no es más que eso, la tranquetada pasará.

Despidióse hasta el día siguiente y Fortunata se acostó, diciendo á la criada mientras la ayudaba á desnudarse: "Honrada soy, y he sido siempre. ¿Qué?... ¿lo dudas tú?„

—Yo... no señorita; ¿qué he de dudarlo?—replicó la criada, volviendo la cara para disimular una sonrisa.

Durmióse pronto la infelíz señora de Rubín; pero á la media hora ya estaba despierta y muy excitada. Dorotea, que se quedó junto á ella, la oyó cantando á media voz y con las manos cruzadas, las coplas místicas que le cantaba de las Micales.

# IV

## Un curso de filosofía práctica.

### I

Dos ó tres veces fué D. Evaristo al siguiente día á enterarse de la salud de Fortunata; pero no la pudo ver. Dorotea le dijo que la señorita no quería ver á nadie, y que de tanto pensar que era honrada, le dolía horriblemente la cabeza. Al otro día la señorita estaba un poco mejor, se había levantado y tomado un sopicaldo. "Pero sigue con la misma idea—añadió no sin malicia, la criada, que era graciosa y avisada.—Se lo prevengo, señor, para que le lleve el genio y le diga que sí.

—Descuide, hija—replicó Feijóo.—que por mí no ha de quedar. ¿Puedo verla? No la molestaré mucho. ¿Sabe que estoy aquí?

—Ya lo sabe. Espérese usted un ratito y pasará.

Quedóse solo en el comedor y después de quince minutos de espera, Dorotea le mandó pasar. Estaba Fortunata en su gabinete, tendida en el sofá, la cabeza reclinada sobre un almohadón de raso azul. Tenía puesta la bata de seda y un pañuelo blanco finísimo á la cabeza, tan ajustado, que no se le veía más que el óvalo del rostro. Estaba ojerosa, pálida y muy abatida. D. Evaristo disimulaba el regocijo que sentía al verla, y aunque se preciaba de saber algo de medicina, tómole el pulso.

"Si está usted como un reloj, hija. Si no tiene fiebre ni ese es el camino... ¡Bah! coqueterías... un poco de rabietina y nada más. Y que está usted guapísima con ese pañolito, ya, ya. No se le ven ni el pelo ni las orejas. Parece usted una hermana de la Caridad... Vaya con los males de esta señora.

—Ayer estuve muy malita—dijo ella con voz apagada.—La cabeza se me partía, y como no me podía quitar de *entre mí* aquella idea, y dale con lo mismo... ¡Lo que una piensa!... Tengo que ~~confesar~~ que soy...

—Honrada, sí, hoy más que ayer y mañana más que hoy.

—No, hombre.

—¿Cómo que no?

—Lo que soy es muy mala, la mujer más mala que ha nacido. ¿Pero usted sabe bien lo que yo he hecho? Lo que me pasa me lo tengo bien ganado, sí, ~~amigo Feijóo~~, bien ganado me lo tengo, porque cuidado que he hecho yo perrerías.

—¡Quite usted allá!... No habrá sido tanto.

—Vamos ahora á otra cosa—dijo Fortunata sacando de debajo del manto una mano, en la que tenía una carta.—Ayer me mandó esta ~~carta~~.

—¿Quién? ¡Ah! Santa Cruz.

—No la he leído hasta esta mañana. Aquí se despide otra vez, dándome consejos y echándoselas de santo varón. Me manda dentro de la carta cuatro mil reales.

—Vamos...

—Quiero escribirle hoy mismo—~~dijo Fortunata~~ animándose un poco.—Escribirle, no... nada más que meter los dos billetes de dos mil reales dentro de un sobre y devolvérselos.

—Hija mía, ~~poco á poco~~ y piense bien lo que hace—dijo Feijóo aproximándose cariñosamente á ella.—Eso de devolver el dinero es un romanticismo impropio de estos tiempos. Sólo se devuelve el dinero que se ha robado, y usted tenía derecho á que él le diera, no sólo eso, sino muchísimo más. Con que déjese usted de *rasgos* si no quiere que la silbe, porque esas tonterías no se ven ya más que en las comedias malas. Nada, yo me he propuesto sacarla á us-

ted del terreno de la tontería y ponerla sólidamente sobre el terreno práctico. Con que si quiere usted que riñamos...

—Lo que es el dinero no lo tomo—dijo Fortunata alargando los labios como los niños mimosos.

—¡Ay, qué gracia!... Eso es, y coma usted mimitos—dijo haciendo también con sus labios la trompeta más larga que le fué posible.

—¡Devolverle el dinero! Sí, para que se vuelva más. Eso es lo que él quería... ¿Tiene usted ahorros?

—Tendré unos treinta duros.

—Con eso, ¿qué hace usted? ¿De qué va á vivir ahora?

—Quiero ser honrada.

—Magnífico... No me gusta. Lo que no veo tan claro es que para ser honrada sea preciso no tener que comer... ¿Acaso piensa usted trabajar? ¿En qué?... Al menos, con esos cuatro mil reales tiene usted tiempo de pensarlo y vivir algunos meses. Con que á guardar los cuartos, y no se hable más del asunto.

No se convenció Fortunata, que era algo terca; pero aplazó la devolución del billete para el día siguiente. Como tenía clavada en su mente la injuria recibida, sin querer hablaba de ella.

"¡Vaya la que me ha hecho!—murmuró después de una pausa, mirando al suelo.—¡Qué manera de pagarme! ¡Yo, que lo dejé todo por él, y á los que me habían hecho honrada les dí una patada!... Perdone usted si hablo mal. Soy muy ordinaria. Es mi sér natural, y como á los que me querían afinar y hacerme decente les dí aquel esquinazo... ¡qué ingrata, ¿verdad? qué indecente he sido! Todo por querer más de lo que es debido, por querer como una tonta. Y para que usted si soy decente, aquí, donde usted me ve, si ese hombre me vuelve á decir tan siquiera una palabra, le perdono y le vuelvo á querer.

M.C.D.2020

—Sí, ya se conoce que es usted tierna— dijo D. Evaristo, meditando.

—Es que los demás me parece que no son tales hombres. Para mí hay dos clases de hombres; él á este lado, todos los demás al otro. No voy de aquí á aquella puerta por todos ellos. Soy así, no lo puedo remediar.

—No me dice usted nada que yo no sepa. Yo he visto mucho mundo—afirmó Feijóo, con tolerancia de sacerdote hecho al confesonario—. Las personas que son como usted suelen pasar una vida de perros. No hay mayor desgracia que tener el corazón demasiado grande. Cerebro grande, estómago grande, hígado grande, son males también; pero menores. Y yo he de poder poco ó le he de recortar á usted el corazón, para que haga equilibrio.

—¿Equi...?

—Equilibrio.

—Ya; no lo sé decir, pero comprendo lo que es. ¿Y cómo me va usted á recortar?

—Lo verá usted si se presta á ello. Es la única manera de que usted no sea desgraciada toda la vida. ¡Ah! este mundo es una gaita con muchos agujeros, y hay que templar mucho para que suene bien. Usted no sabe de la misa la media, parece que acaba de nacer, y que la han puesto de patitas en el mundo, ¿qué resulta? Que no sabe por dónde anda. Devuelve el dinero que le dan y se chifla dos, tres veces por una misma persona. ¡En qué juicio cabe...! Yo le voy á enseñar á usted una cosa que no sabe.

—¿Qué?

—Vivir... Vivir es nuestra primera obligación en el mundo, y sin embargo, ¡qué pocos hay que sepan desempeñarla! Se lo dice á usted un hombre que ha visto mucho mundo, que ha tenido como usted, un corazón como hoy y mañana. Conque prepararse, que empiezo mis lecciones.

—¿Y seré feliz?—dijo Fortunata con espectación supersticiosa, como si le estuvieran echando las cartas.

—Por de pronto, de lo que yo trato es de que sea usted práctica.

—¡Práctica!—exclamó Fortunata arrugando la nariz con salero, como hacía siempre que afectaba no comprender una cosa y burlarse de ella al mismo tiempo.—Práctica, ¿y qué quiere decir eso?

—¿Y no lo sabe?... ¡No se haga usted más tonta de lo que es!—replicó Feijóo arrugando también su nariz.

—Pues nos haremos *pléiticas*—dijo Fortunata ridiculizando la palabra para ridiculizar la idea.

Poco más aquella visita el señor de Feijóo no quería molestar. Fuése, prometiendo volver pronto. Por él, volvería dentro de una hora. "Amiguita, usted no puede estar mucho tiempo sola, porque se pone á trabajar esa cabezz... Como usted no me eche, aquí me tendrá otra vez esta tarde.

Y volvió cerca de anochecido trayendo un ramo de flores, y poco después llegó un mozo de cuerda con dos ó tres tiestos. A Fortunata le gustaban mucho las flores, así vivas como cortadas; tenía los balcones llenos de macetas y se pasaba buena parte de la mañana cuidándolas. Mucho agradeció al D. Evaristo aquellos obsequios, que tenían mayor precio en la estación que corría. Las flores del ramo eran de las más bellas, raras y valiosas que en invierno. De lo que sobre se habló en aquella segunda visita, colijió que su amiga tenía gustos un poco desacordes con el gusto corriente. No le gustaba ninguna flor que no tuviese fragancia, y particularmente las camelias le eran antipáticas. Entre la mejor de las camelias y el más amarillo de los girasoles, no hallaba gran diferencia en cuanto al mérito. Donde llega un buen clavel, un nardo, una rosa, y en fin, todas aquellas flores que en cuanto uno se acerca á ellas...

—¿Y qué tal si enc esta tarde, vamos á ver?—dijo D. Evaristo inclinándose para verle la cara.

Echabáselas de médico; pero examinaba la cara por lo bonita que le parecía, no por buscar en ella síntomas hipocráticos; y como noche y no había luz, tenía que acercarse mucho para ver bien. Fortunata estaba en el mismo sitio y en la propia postura que por la mañana.

—Estoy lo mismo—replicó sin moverse. —Desde que usted se fué estuve llorando hasta ahorita.

—Pues no hay que devanarse los sesos para encontrar el remedio. Como no moverme de aquí... Pero podría ser el remedio peor que la enfermedad y al fin tendría usted que llorar para que me marchase... Vamos, hija, no dé usted esos suspiros tan fuertes, que parece se le va á salir el alma por la boca. Ya se irá usted consolando. El tiempo es un médico que se pinta solo para curar estas cosas; y todavía he de ver yo á usted más contenta que unas páscuas, sin acordarse para nada de lo que tanto la aflige hoy. Y pronto, muy pronto... Y es preciso que usted se distraiga. ¿Sabe usted jugar al tresillo?

—¿Yo? No sé más que el tute. *Ese* quiso enseñarme el tresillo; pero nunca lo pude aprender. Si yo soy muy torpe, ya lo sabe usted lo torpe que soy.

—¿Le gusta á usted el teatro?

—Eso sí, sobre todo los dramas en que hay cosas que la hacen llorar á una.

—¡Ave María purísima!... Esas obras en que aquello de "¡hijo mío!... ¡padre mío!...„

—Esas, y otras en que hay pasos de mucho interés, y sacan las espadas, y se desmaya una actríz porque le quitan el hijo.

—¡Alabado sea el Santísimo!...—dijo Feijóo con socarronería.—En eso sí que son contrarios nuestros gustos, porque yo, en cuando veo que los actores pegan gritos y las actrices principian á hacerme pucheritos, ya estoy yo bufando en mi butaca, y mirando para la puerta.

—Pues á mí me gusta eso.

—Pero ahora no le conviene á usted reirse con las piececitas de Lara y Vareda-des. Para dramas, hija, los de la realidad... ¿Le gustan á usted los bailes de máscara?

—[illegible]—replicó Fortunata incorporándose;—en el poco tiempo que anduve yo suelta en Barcelona, de la ceca á la meca, solía ir y divertirme algo [illegible] después. Este año me llevó Juan dos veces, y otra vez fuí yo sola con una amiga, [illegible] ver si le sorprendía pegándomela con algún trasto... ¿Creerá usted que no me he divertido ni esto? La careta me da un calor que me abrasa... me la quiero quitar. Pues digo... si me pongo á dar bromas, yo misma me río de mi poca gracia. No puede usted figurarse lo *desaborida* que soy. No se me ocurre nada más que sandeces. Calcule usted si seré yo tonta. Juan me decía que no sirvo para nada, [illegible] y que no me merezco el palmito que tengo. Él se empeñaba en que yo fuera de otra manera; pero la cabra siempre tira al monte, y pueblo nací y pueblo soy; quiero decir, ordinariota y basta. ¡Ah, si viera usted lo furioso que se ponía cuando le decía yo que me gusta un guisado de falda y pechos como los que se comen en los bodegones! Pues nada; que tenía que esconderme para comer á mi gusto. ¿Y cuando me sermoneaba porque no tengo ese aire de francesa que tiene la Antoñita, esa que está con Villalonga, y otra que llaman Sofía la Ferrolana? "Hasta en la manera de sentarse se diferencian de tí—me decía.—Fíjate bien en aquel aire de abandono ó de viveza según los casos; en aquella gracia, en aquel modo de andar por la calle. Tú cuando vas por ahí con tu velito y ese pasito reposado, sin mirar á nadie, parece que vas de casa en casa pidiendo para una misa.„ ¿Vé usted lo que me decía? ¿Y cuando

se empeñaba en que me pusiera yo esas [illegible] tan ceñidas, tan ceñidas que con ellas parece que enseña una todo lo que Dios le ha dado?...

—Esta mujer me vuelve loco—pensaba Feijoo, que experimentaba al oir á Fortunata una sensación de inefable contento.—Si estoy chocho, si no sé lo que me pasa... ¡Ay Dios mío, á mi edad!... No hay remedio, me declaro... Pero no, refrénate Evaristo: aún no es tiempo...

El buen señor tenía los ojos encandilados cuando le oía contar aquellas cosas con [illegible] sinceridad. [illegible] Sonrisa de alegría y esperanza contraía los labios del Sr. Feijoo mostrando su dentadura intachable. Su cara, que era siempre sonrosada, poníasele encendida, con verdaderos ardores de juventud en las mejillas. Era, en suma, el viejo más guapo, simpático y frescachón que se podía imaginar; limpio como los chorros del oro, el cabello rizado, el bigote como la pura plata; lo demás de la cara tan bien afeitadito, que daba gloria verle, la frente espaciosa y de color de marfil, con las arrugas finas y bien rasgueadas. Pues de cuerpo, ya quisieran parecérsele la mayor parte de los muchachos del día. Otro más espigado y bien plantado no había.

"No, lo que es hoy no le digo nada—pensaba.—Temo hacer el cabeto. Calma, Evaristo, y no te precipites. Hoy lo recibiría mal. Está muy reciente la herida.

II

"Pues lo que es hoy sí que no me quedo con esto dentro del cuerpo—pensó D. Evaristo, entrando en la sala, hecho un sol de limpio y despidiendo, como todas las mañanas al salir de casa, fuerte olor á [illegible] colonia.—¿Y dónde está? ¿qué hace que no sale? Es un encanto esa mujer, y tengo al tal Santa Cruz por el [illegible] más grande que come pan. ¡Cuánto me hace esperar! Paréceme que oigo trastazos, como de dar [illegible] con el zorro en los muebles. Estará de limpieza, aunque hoy no es sábado. Pero no importa que no sea sábado. Eso le conviene trabajar, hacer ejercicio, distraerse, andar de aquí para allí. ¡Magnífico!... Sí, sí, sin duda está de limpieza. Es un diamante en bruto esa mujer. Si hubiera caído en mis manos, en vez de caer en las de ese simplín, ¡qué facetas, Dios mío, qué facetas le habría tallado yo!... Y sigue el traqueteo allá dentro. Parece que arrastran muebles... Bien, muy bien, dale duro. Para cosas del corazón, sudar, sudar. ¡Ay qué contento estoy hoy! Tiempo hacía, bendito Dios, mucho tiempo hacía que no [illegible] sentía tan feliz como me siento hoy. Desde que estuve en Filipinas... Pues ahora parece que están moviendo la cama de hierro, ¡cómo rechina el metal!... ¡Ah! por fin sale...

M.C.D.2020

M.C.D.2020

—Dispénseme usted amigo D. Evaristo—dijo Fortunata apareciendo en la puerta del gabinete con bata de diario, un delantal muy grande y pañuelo liado á la cabeza. (Estoy de limpia.) Tras ella se veía una atmósfera polvorienta, turbia y luminosa, porque el sol entraba por el balcón, de par en par abierto.

"Porque yo tengo esta costumbre... Cuando me siento con ganas de llorar y dada á todos los demonios, ¿sabe usted qué hago? pues coger el zorro, las escobas, una esponja grande y un cubo de agua. Siempre que tengo una pena muy grande, limpio toda la casa.

—Pues ¡ay, hija mía! la compadezco á usted... porque la casa está como una plata...

—¡Cómo ha de ser!... Sí, esta es mi única distracción. Yo no sé ninguna labor delicada; no sé coser en fino; no sé bordar ni tocar el piano. Tampoco pinto platos como esa Antonia, amiga de Villalonga, la cual está siempre de pinceles; yo apenas sé leer y no le saco sentido á ningún libro... ¿qué he de hacer? fregar y limpiar. Con esto no me acuerdo de otras cosas.

—Me la comería—pensó D. Evaristo, que la contemplaba embobado sin decir nada.

—Conque lo mejor es que se vaya usted ahora, y vuelva más tarde. Le vamos á llenar usted de polvo y basura.

—No, hija, yo no me voy de aquí.

—¡Uy!... Cómo huele usted á agua de Colonia. Ese olor sí que me gusta... Pero le vamos á poner perdido. Mire que ahorita vamos á empezar en la sala.

—No me importa—replicó el buen señor con sonrisa inefable.—¿Me empolva? mejor. Yo me sacudiré. Usted haga lo que quiera, pero yo no me voy.

—Como usted quiera... Pues ándese por ahí... Yo no tengo aquí *álbunes* ni libros para que se entretenga.

—Maldita la falta que me hacen á mí los *álbunes*... Vaya, vaya usted y trabaje firme. Eso, eso es lo que nos conviene. Luégo hablaremos. Yo no tengo absolutamente nada que hacer...

Y hora y media más tarde estaban sentados ambos en el gabinete, uno frente á otro, ella en el mismo pergenio en que antes se presentara, y algo fatigada...

"Debo tener una facha..."—dijo incorporándose para mirarse al espejo que sobre el sofá estaba.—¡Ave María Purísima! ¿Ve usted las pestañas cómo las tengo, llenas de polvo?

—No estarían así si no fueran tan negras, y tan grandes y hermosas...

—Quisiera aviarme un poco. Es una falta recibir visitas con este facha.

—Por mí no se apure usted... Me agrada más verla así. Descanse ~~usted~~ ahora y echemos un parrafito. Voy á hacerle ~~á usted~~ una pregunta. ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Fortunata, que se inclinaba hacia adelante para oir mejor, dejó caer la cabeza sobre el respaldo, la mejor manera de expresar que no había pensado nada sobre aquel punto.

—¿Piensa usted pedir perdón á su marido y ~~reconciliarse otra vez~~ con él?

—¡Jesús! ¡Y qué cosas se le ocurren!—exclamó ~~Fortunata~~ cual si oyera el mayor de los absurdos.

—Pues me parece que no he dicho ningún disparate.

—Antes que volver con Maximiliano—afirmó Fortunata poniendo la cara más seria que sabía poner,—todo lo paso, todo...

—Incluso la miseria, la deshonra...

—Sí señor...

—Bueno. Pues quiere decir, que cuando se acabe lo poquito que usted tiene... Y supongo que no habrá ~~usted~~ insistido en devolver los cuatro mil reales... pues cuando se acabe, no tendrá usted mas remedio que buscarse la vida como pueda. Usted no sabe ningún trabajo honrado que produzca dinero, con que claro es... si me aciertas lo que llevo en la mano te doy un racimo.

Fortunata frunció el ceño, y sin levantar las miradas del suelo, doblaba y desdoblaba un pico del delantal.

—Eso no tiene vuelta de hoja, ~~amiga mía~~.—O á casa con su marido, ó á la calle con ~~todo el mundo~~, á ver si sale algún ~~protector~~ ó un primo con quien ir ~~viviendo~~. De este camino malo parten varios senderos, y no todos concluyen en el hospital y en la abyección. De modo que piénselo usted. Por más que usted se devane los sesos, no podrá salir de este dilema.

—¿De este qué?

—Dilema, quiere decir que á fondo ó á Flandes.

—Yo quiero ser honrada—~~afirmó~~ con la mayor seriedad del mundo, atormentando más la punta del delantal.

—¿Honrada? ~~perfectamente~~. Y dígame usted con toda franqueza, ¿honrada cobrando ó sin cobrar?

Fortunata se sonrió un poco. Aquella sonrisa iluminó su pena un instante; pero pronto quedó su rostro envuelto en ~~una~~ seriedad ~~torva y lúgubre~~, señal de la duda horrible que ~~roía~~ su alma.

—Eso de la honradéz es muy bonito—prosiguió Feijóo.—No hay nada que se diga tan fácilmente y que luégo resulte más difícil en la práctica. Yo creo que usted ha querido decir honradéz relativa...

—Quiere eso decir honradez según y cómo. (No; yo quiero ser honrada á carta cabal, honrada, honrada.

—¿Sin volver con su marido?

—Sin volver con mi marido.

Feijóo hizo con los labios, con los ojos, con todos los músculos de su cara un mohín muy humano y expresivo, signo perteneciente al lenguaje universal y á la mímica de todos los países, el cual quería decir:

"Hija mía, no lo entiendo...

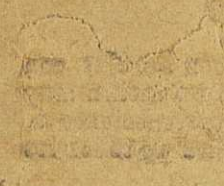
Ni Fortunata lo entendía tampoco, por lo cual estaba verdaderamente anonadada. Le faltaba poco para echarse á llorar.

"Vamos, vamos — dijo Feijóo sacudiendo toda aquella argumentación capciosa, como se sacude las moscas, — hablemos claro y seamos prácticos sin miedo á la situación verdadera. Las cosas son como son, no como deseamos que sean. ¡Qué más quisiéramos sino que usted pudiera ser tan honrada y pura como el sol! Pero *tarde piache*, como dijo el pájaro cuando se lo estaban comiendo. De lo que tratamos ahora es de que usted sea lo menos deshonrada posible. Porque me río yo de las virtudes que sólo están en el pico de la lengua. ¿Y el vivir y el comer? Usted, querida amiga mía, no tiene más remedio que aceptar el amparo de un hombre. La aspiración más razonable que en usted cabe ahora es que la suerte le depare un buen hombre. Échese usted á buscarlo por ahí entre sus relaciones, ó salga á caza de un desconocido por calles, teatros y paseos. ¿Qué le parece mejor? Pero si quiere usted ahorrarse este trabajo, figúrese que aburrida ha salido por esos mundos, que ha echado el anzuelo, que le han picado, que tira para arriba, y ¡oh, sorpresa! me ha pescado á mí. Aquí me tiene usted fuera del agua dando coletazos de gusto por verme tan bien pescado. Soy algo viejo, pero sin vanidad para todo, y por fuera y por dentro valgo más que la mayoría de los muchachos. No tengo nada que hacer, vivo de mis rentas, soy solo en el mundo, me doy buena vida y puedo dársela á quien me acomoda. Conque á decidirse. Sin vanidad, digo á usted que en su situación difícilillo le sería encontrar acomodo mejor. Bien lo comprenderá usted cuando le pasen las tristezas, que ojalá sea pronto. Ahora no tiene la cabeza despejada. Y no vacilo en decirlo—añadió alzando la voz y como si se incomodara.—Le ha caído á usted la lotería, y no así un premio cualquiera, sino el gordo de Navidad.

—Quiero ser honrada—repitió Fortunata sin mirarle, como los niños mimosos que insisten en decir la cosa fea por que les reprenden.

—No seré yo quien le quite á usted eso de la cabeza—dijo Feijóo sonriendo, pues no dudaba,

M.C.D.2020



M.C.D.2020

de su victoria.—Y bien podría ser que hubiera usted descubierto la cuadratura del círculo.

—¿Qué dice?

—Nada... También se me ocurre que dentro de mi proposición puede usted ser todo lo honrada que quiera. Mientras más, mejor... En fin, no quiero marearla á usted más, y la dejo sola para que piense en lo que le he dicho. Siga limpiando, trabaje de lo lindo, muévase mucho, dé bofetadas á los muebles, fregotee hasta que le escuezan los dedos, y mientras tanto piense bien en esto, y mañana ó pasado mañana... no hay prisa... me da la contestación. Conque...

## III

Como lo que debe suceder sucede, y no hay bromas con la realidad, las cosas vinieron y ocurrieron conforme á los deseos de D. Evaristo González Feijóo. Bien sabía él que no podía ser de otro modo, á menos que aquella mujer estuviera loca. ¿Qué salida tenía fuera de la propuesta por él? Ninguna. ¿Qué honradéz era aquella que apetecía, no sabiendo trabajar, no queriendo volver con su marido y no teniendo malditas ganas de irse á un yermo á comer raíces? Lo que tenía que suceder por la inflexible de las necesidades humanas, sucedió. "Y para que veas si sé yo hacer las cosas y me intereso por tí—le dijo un día D. Evaristo tuteándola ya,—me propongo evitar el escándalo por tí y por mí. Estas relaciones las hemos de esconder y reservar hasta donde sea humanamente posible. Verás qué bien vamos á estar. Yo te enseñaré á ser práctica, y cuando me pruebes el ser práctica, te ha de parecer mentira que hayas hecho en tu vida tantísimas tonterías contrarias á la ley de la realidad.

Fortunata, preciso es decirlo, no estaba contenta, ni aun medianamente. Hallábase más bien resignada, y se consolaba con la idea de que dentro de su desgracia no había solución mejor que aquella, y de que vale más caer sobre un montón de paja que sobre un montón de piedras. En los primeros días tenía horas de melancolía intensísima, en las cuales su conciencia, confabulada con la memoria, le representaba de un modo vivo todas las maldades que había cometido en su vida, singularmente la execrable de su casamiento y adúltera casi en un mismo día. Pero de repente, sin saber cómo ni por qué, todo se le volvía del revés allá en las cavidades desconocidas de su espíritu, y la conciencia se le presentaba limpia, clara y pura. Juzgábase entonces sin culpa alguna, inocente de todo el mal causado, como el que obra á impulsos de una fuerza extraña y superior. "Si yo no soy mala—pensaba.—¿Qué tengo yo de malo aquí *entre mí*? Pues nada.

M.C.D.2020

Con estos diferentes estados de su espíritu se relacionaban ciertas intermitencias de manía religiosa. En las horas en que se sentía muy culpable, le entraba temor de los castigos temporales y eternos. Acordábase de cuanto le enseñaban las Micaelas y volvían á su mente las impresiones de la vida del convento con frescura y claridad pasmosas. Cuando le daba por ahí, iba á misa, y aun se le ocurría confesarse; pero pronto le entraba miedo y lo dejaba para más adelante. Luégo venía la contraria, ó sea el sentimiento de su inocencia, como una reversión mecánica del estado anterior, y todas las [illegible] y aprensiones religiosas huían de su mente. Se pasaba entonces dos ó tres días en completa tranquilidad, sin rezar más que los Padrenuestros que por rutina [illegible] entre dientes todas las mañanas. Su conciencia giraba sobre un pivote y le presentaba el lado blanco, ya el lado negro. A veces la revuelta de la conciencia dependía de una palabra, de una idea que pasaba por su espíritu, lo mismo que pasa un pájaro por la inmensidad del Cielo. Entre creerse un mónstruo de maldad ó un sér inocente y desgraciado, mediaba á veces el lapso de tiempo más breve: el accidente más sencillo; que se desprendiese una hoja del tallo ya marchito de una [illegible], cayendo sin ruído sobre la alfombra; que cantase el pájaro del vecino ó que pasara un coche cualquiera por la calle, haciendo mucho ruído. Los sentimientos religiosos eran muy inseguros, y las nociones de lo bueno y lo malo existían en su espíritu movibles é indeterminados como los reflejos de la luz sobre el agua.

Estaba muy agradecida al señor de Feijóo, que se portaba con ella como un caballero, y no tenía nada de quisquilloso, ni las impertinencias que suelen [illegible] los hombres. El primer día le había leído la cartilla, que era muy breve. "Mira, yo te dejo en absoluta libertad. Puedes salir y entrar á la hora que quieras, y hacer lo que te dé la gana. No soy partidario del sistema preventivo. Quiero que seas leal conmigo, como yo lo soy contigo. En cuanto te canses avisas... Aquí no me entres á ningún hombre, porque si algún día descubro gatuperio, me marcho tan calladito y no me vuelves á ver... Lo mismo haré si lo descubro

fuera. Si te portas bien, no dejaré de protegerte, ni aun en el caso de que me fuera preciso dejarte.»

Lo que propiamente llamamos amor, la verdad, Fortunata no lo sentía por su [illegible]; pero sí le tenía respeto, y el cariño apacible á que era acreedor por su hidalgo comportamiento. Fortunata le tenía por la persona más decente que había tratado en su vida. ¡Y cuánto sabía! ¡Qué ciencia del mundo la suya, y con qué habilidad se las gobernaba! Para poner en ejecución aquel plan de reserva de que hablara al principio, mandóle tomar un cuartito modesto. No era por economía, pues bien podía él pagar un [illegible] como que Santa Cruz pagaba; era por recato. Lo de la honradez, que ella anhelaba ignorando [illegible] el valor de las palabras, [illegible]; pero ya que no era honrada, al menos pareciéralo, y esto iba ganando, que no era floja ganancia. Un cuartito modesto en un barrio apartado era ya [illegible] de que al menos se evitaba el escándalo. Á poco de instalada en su nuevo domicilio, don Evaristo le compró una buena máquina de Singer. Era preciso que cosiera, aunque no fuera más que por entretenerse, y venía muy bien que los vecinos oyeran todo el día el traqueteo de la máquina, porque así no harían escándalo. La visita de [illegible] era diaria, pero sin hora fija. Unas veces iba de tarde, otras de noche. Pero siempre se retiraba á su casa á dormir. Convenía que Fortunata tuviese una criada fiel, discreta y de cierta respetabilidad. Feijóo estuvo cosa de un mes buscándola y al fin la encontró. De ella se hablará más adelante.

Si Fortunata, empezando por conformarse, acabó por sentirse bien, D. Evaristo estaba á gusto en aquella vida. "Yo no soy celoso—le decía,—y aunque no pongo mi mano en el fuego por ninguna mujer, creo que no me faltarás, no me faltarás como no se descuelgue otra vez el danzante de [illegible]. A este sí que le tengo miedo. Y ella declaraba con su sinceridad de siempre que en efecto, le conservaba ley al maldito autor de sus desgracias... no lo podía remediar, pero que si la [illegible] otra vez, ya sabría ella resistir y darle con toda la fuerza de su honradéz en los hocicos para que no volviera á ser pillo. Al oir esto, Feijóo se mostraba benévolamente incrédulo y decía: "Pidámosle á Dios que no [illegible] que á Segura llevan preso.

Vivían retiradamente, y no se presentaban juntos en ninguna parte. Fortunata salía muy poco de casa, y no usaba trajes llamativos. Feijóo no fué descubierto por sus amigos más sagaces, y Fortunata no daba que hablar á nadie, y la familia de su marido creía que había desaparecido de Madrid. Con este sistema de cautela y recato, les iba tan bien que D. Evaristo no cesaba de congratularse. "¿Ves, chulita, como de este modo estamos en el Paraíso? Así se consiguen dos cosas, la tranquilidad dentro, el decoro fuera. ¿Qué necesidad tengo yo de que me llamen *viejo verde*? Y tú, ¿por qué has de andar en lenguas de la gente? Aquí tienes lo que yo te quería enseñar, ser persona práctica. Al mundo hay que tratarlo siempre con muchísimo respeto. Yo bien sé que lo mejor es que uno sea un santo; pero no siéndolo, hay que [illegible] y no dar nunca malos ejemplos. Fíjate bien en esto; la dignidad siempre por delante, chulita."

M.C.D.2020

Hablando de esto, se animaba llegando hasta la elocuencia. "Porque mira tú, chulita, no predico yo la hipocresía. Hay cierta clase de faltas en que la dignidad consiste en no cometerlas. No transijo en nada con nada que sea apropiarse lo ageno, ni con mentiras que afecten al honor del prójimo, ni con nada que sea vil y rastrero; tampoco transijo con la disciplina militar: en esto soy muy rígido; pero en todo aquello que se relaciona con el amor, la dignidad consiste en guardar el decoro... porque no me entra ni me ha entrado nunca en la cabeza que sea pecado, ni delito, ni siquiera falta, ningún hecho relacionado con el amor. Por eso no me he querido casar nunca... Claro, es preciso contener algo á la gente y tener á rayá á los viciosos; por eso se hicieron diez mandamientos en vez de ocho, que son los que rigen para mí. Por eso, chulita, verás que yo tengo una moral muy rara. La verdad, si me dicen que Fulano hizo un robo, ó que mató ó calumnió ó hizo cualquier gatería, me indigno, y si le cogiera, créelo, le ahogaría; pero vienen y me cuentan que tal mujer le faltó á su marido, que una niña se fugó de la casa paterna con el novio, y me quedo tan fresco. Verdad que por el decoro que debemos á la sociedad, hago que me espanto, y digo: "¡Qué barbaridad, hombre, qué barbaridad!„ Pero en mi interior me río... ¿pues no he de reirme?... y digo: ande el mundo y crezca la especie, que para eso estamos...„

Todo esto le pareció á Fortunata muy extraño cuando lo oyó por primera vez; pero á la segunda, encontrólo conforme con algo que ella había pensado. ¿Pero no sería un disparate? Porque era imposible que ella y Feijóo tuviesen razón contra el mundo entero.

"Con que ya sabes—añadió D. Evaristo—el día en que se te antoje faltarme, me lo dices. Yo no creo en las fidelidades absolutas. Yo soy indulgente, yo soy hombre, en una palabra, y no me entra [illegible]. Me lo dices, me lo cuentas á mí nada de tapujos, y yo entonces... ¿Si creerás que voy á venir con un revólver para pegarte un tirito y pegarme yo otro... Valiente asno sería si lo hiciera! No. En nombre de la humanidad y de la especie te miraré con benevolencia... claro que me ha de escocer algo. Pero cogeré mi sombrero y me marcharé de tu casa, sin que eso quiera decir que te abandone, pues lo que haré será jubilarte, asignándote media paga.

M.C.D.2020

—¡Pero qué hombre más raro, y qué manera de querer!—decía Fortunata para entre sí.

## IV

Aquel día comieron juntos; expansión que D. Evaristo se permitía algunas veces. Fortunata dijo que sabía ella *poner unas judías* á estilo de taberna, que era lo que había que comer. Quiso Feijóo probar aquel plato, porque á él, eso sí, le gustaban las comidas españolas y aborrecía á los franceses hasta en el fogón. Fortunata tenía una despensa admirablemente provista, porque D. Evaristo le daba una fuerte mensualidad que le permitía ahorrar. Enseñóla también aquel insigne hombre á poner en el Monte sus economías, para que fuese formando un capitalito con qué vivir el día de mañana. En ropa y trapos gastaba muy poco. El era tan listo y tan práctico, que supo sin esfuerzo hacerla prescindir del inútil y ruinoso renglon de las modas. En la cuestión de comistrajes sí que no le ponía tasa. "Trae buenos jamones, buena ternera, los pescados mejores que haya en la plaza, buen vino manchego, haz provisión de arroz valenciano de tres pasadas, del buen garbanzo de Fuente Sauco, y en su tiempo, tráete los pimientos morrones, el albillo superior, el melón de Añover, la alcachofa de la tierra, y todo lo demás que abunda en nuestros mercados." Fortunata no necesitaba que su señor le hiciera estas recomendaciones, porque ella, madrileña neta, y de la Cava de San Miguel nada menos, sabía lo que se debe comer en cada época. No era glotona; pero sí inteligente en víveres y en todo lo que concierne á la bien provista plaza de Madrid.

Y la verdad era que con aquella vida tan tranquila y ordenada, tan práctica en todas las cosas, se iba poniendo tan lucida de carnes, tan guapa y hermosota que daba gloria verla. Siempre tuvo buena salud; pero nunca, como en aquella temporada, vió desarrollarse la existencia material con tanta plenitud y lozanía. Su hermosura era tan espléndida que Feijóo al contemplarla, no podía menos de sentirse triste y descorazonado. "Cada día más guapa—pensaba,—y yo cada día más viejo." Y ella, cuando se miraba al espejo, no se resistía á la admiración de su propia imagen. Algunos días le pasaba por bajo del entrecejo la observación aquella de otros tiempos: "Si me viera ahora...," Pero al punto trataba de alejar estas ideas, que no le traían más que tristezas y cavilaciones.

90

Vivía en la calle de las Tabernillas [redacted] Puerta de Moros), que para los madrileños del centro es *donde Cristo dió las tres voces*. Es aquel [redacted] barrio tan apartado, que parece *un pueblo*. Comunícase de una parte con San Andrés y de otra con el Rosario y la V. O. T. El vecindario es [redacted] pacífico y [redacted]; asentadores, placeros [redacted] tragineros. Empleados no se encuentran allí, por estar aquel caserío lejos de toda oficina. Es el [redacted] alegre y bien asoleado, y corriéndose al Portillo de Gilimón, se [redacted] la vega del Manzanares y [redacted] la Sierra, [redacted] y la Casa de Campo. Hacia los taludes del Rosario la vecindad no es muy distinguida, ni las vistas muy buenas, por caer contra aquélla parte las prisiones militares, y encontrarse á cada paso [redacted] sueltos y [redacted] que [redacted]. Al fin de la calle del Aguila tam[redacted] el vecindario, [redacted] en [redacted] explanada de Gilimón, inundada de sol á todas las horas del día, suelen verse cuadros dignos del Potro de Córdoba y del Albaicín de Granada. Por la calle de la Solana, donde habita tanta pobretería, iba Fortunata á misa á la Paloma, y se pasmaba de no encontrar nunca en su camino ninguna cara conocida. Ciertamente, cuando un habitante del centro [redacted] del Norte de la Villa visita aquellos barrios, ni las casas ni los rostros le resultan Madrid. En un mes no [redacted] más acá de Puerta de Moros, y una vez que [redacted] detúvose en Puerta Cerrada. [redacted] el mugido de la respiración de Madrid en sus [redacted] centrales, [redacted] asustada se volvió á su pacífica y silenciosa calle de [redacted] Tabernillas.

[redacted] vivía desde [redacted] en el segundo piso de un caserón aristocrático de la calle de Don Pedro. Era uno de esos palacios grandones y sin arquitectura, construídos por la nobleza. En el principal había una embajada, y cuando en ella se celebraba [redacted] sarao, decoraban la escalera con tiestos y le ponían alfombra. [redacted] acostumbrado á la amplitud desnuda de [redacted] habitaciones, á las grandes vidrieras, á la altura de techos, y no podía vivir en *estas casas de cartón* del Madrid moderno. Su domicilio tenía algo de convento, y su vecino en el segundo de la izquierda era un arqueólogo que tenía colecciones [redacted]. En toda la casa no se oía ni el ruído de una

mosca; pues el Ministro plenipotenciario del principal era hombre solo, y fuera de las noches de recepción, que eran muy contadas, que allí no vivía nada.

Por la solitaria calle de las Aguas se comunicaba brevemente Feijóo con su ídolo. No me vuelvo atrás de lo que esta expresión indica, pues el buen señor llegó á sentir por su protegida un amor entrañable, no todo compuesto de fiebre de amante, sino también de un cierto cariño paternal, que cada día se determinaba más. "¡Qué lástima — pensaba, — que no tenga veinte años menos... De veras que es una lástima. Si á ésta la cojo yo antes... Así como otros estropearon con sus manos inhábiles esta [illegible] y amabilísima [illegible], yo la hubiera dado una configuración admirable. "¡Qué española es, y qué chocho me estoy volviendo!"

Al mes, ya Feijóo no podía vivir sin aumentar indefinidamente las horas que al lado de ella pasaba. Muchos días comían ó almorzaban juntos, y como ambos amantes habían convenido en enaltecer y restaurar prácticamente la hispana cocina, hacían unos guisotes y fritangas, cuyo olor llegaba más allá de San Francisco el Grande. De sobremesa, si no jugaban [illegible] le contaba á su querida aventuras y pasos estupendos de su borrascosa vida militar. Había estado en Cuba en tiempo de la expedición de Narciso López, y [illegible] trabajó en la persecución y captura del famoso insurgente. Fortunata le oía embelesada, puestos los codos sobre la mesa, la cara sostenida en las manos, los ojos clavados en el narrador, quien bajo la influencia de la atención ingénua de su amada, se sentía más elocuente, con la memoria más fresca y las ideas más claras. "Tú no puedes hacerte cargo de aquellas noches de luna en Cuba, de aquella bóveda de plata resplandeciente, de aquellos manglares que son jardines en medio de los espejos de la mar... Pues aquella noche de que te hablo, estábamos acechando junto á un [illegible], porque sabíamos que por allí habían de pasar los insurrectos. Oímos un chapoteo en el agua; creímos que era un caimán que se escurría entre los manglares. De repente, pím... un tiro. ¡Ellos!... Al instante toda nuestra gente se echó los fusiles á la cara. Tr-ta-x-trap... Un negrazo salta sobre mí, y zas, le meto el machete por el ombligo y se lo saco por el lomo... No me he visto en otra, hija.

92

También había estado en la expedición á Roma el 48. ¡Oh, Roma! Aquello sí que era cosa grande. ¡Qué bonito aquel paso de Pío IX ~~dando la~~ bendición á las tropas! La conversación rodaba sin saber cómo de la bendición papal á los amoríos del narrador. En esto era la de no acabar, y de la cuenta total salían á ~~[illegible]~~ siete aventuras por año, con la particularidad de que eran en las ~~[illegible]~~ partes del mundo. Porque Feijóo, que también había estado en Filipinas, tuvo algo que ver con chinas, ~~[illegible]~~ y hasta con ~~gorronas~~. Una salvaje le había trastornado el seso, demostrando que en los ~~bosques~~ de ~~Oceanía~~ se dan casos de coquetería no menos refinada que la de los salones europeos. "¡Ay, qué bueno!—exclamaba Fortunata riendo con toda su alma, al oir ciertos lances.—¡Si eso parece de acá...! Pero qué lista.. ¿Has visto? ¡Y luégo dicen ..!„

De europeas no había que hablar. ~~[illegible]~~ contó aventuras con solteras y casadas, que á ~~[illegible]~~ le parecían mentira, y no las habría creído si no las oyera de labios de ~~una~~ persona ~~como aquella, á quien tenía por el mismo Evangelio~~—"¿Pero has visto? Si eso se dice, no se cree... Y si lo escriben, pensarán que es ~~inven~~ ~~[illegible]~~. ¡Qué cosas hacen las mujeres! Bien dicen que somos el Demonio.„

Debo advertir que nada ~~[illegible]~~ Feijóo que no fuese verdad, porque ni siquiera recargaba sus cuadros y retratos del natural. Lo mismo hacía Fortunata, cuando le tocaba á ella ser narradora, ~~que á las veces D. Evaristo, bien porque se olvidara de recordar su propia historia, bien porque tuviera interés en conocer ciertas particularidades de la de ella, la incitaba á referir sucesos~~ de su vida, que en corto tiempo ofrecía lances ~~y accidentes muy~~ dignos de ser contados y aun escritos. No se hacía ella de rogar, y como tenía la virtud de la ~~sinceridad~~ y no apreciaba bien, por rudeza de paladar moral, la significación buena ó mala de ciertos hechos, todo lo desembuchaba. A veces sentía don Evaristo gran regocijo oyéndola, á veces verdadero terror. ~~Tanta claridad en la expresión~~ le asustaba, y al propio tiempo la ingenuidad le causaba maravilla. Pero acontecía que de mu-

M.C.D.2020

de estas sesiones salía Feijóo con impresiones de tristeza, y pensaba así: "Si hubiera caído antes en mis manos, si yo la hubiera cogido antes, todas esas ignominias se habrian evitado... ¡Qué lástima, Señor, qué lástima!... Y es raro que tanto manosear hayan sido intactas ciertas prendas como la sinceridad, que al fin es algo, y la constancia en el amor á un solo hombre...

Ambos evitaban que en sus conversaciones surgieran ciertos nombres; pero una noche se habló no sé por qué, de Juanito Santa Cruz. "Anda, que ya se habrá cansado otra vez de la tonta de su mujer. A bien que ella se tomará la revancha...„

—No lo creo.

—Pues yo sí...—dijo Fortunata fingiendo convicción.—¡Bah! No hay mujer casada que no peque...

—De Jacinta no se ha dicho nunca nada, y cuando no se dice nada, hay un noventa por ciento de probabilidades de honradez.

—Ya tapan, ya tapan bien esas señoras ricas.

—Mira, hija, no hables mal de esa persona; yo me explico que no la quieras bien; pero observa que es inocente de las trastadas que le ha hecho su marido.

—Sí, pero...

—Acostúmbrate á tener justicia—dijo don Evaristo con calor,—y á no confundir lo bueno con lo malo.

Feijóo conocia á algunas personas de la familia de Santa Cruz. A Jacinta y á Juanito no les habia hablado nunca; pero sí á D. Baldomero y algo á Barbarita. Trataba con bastante familiaridad al gordo Arnaiz, y á otros muy allegados á la familia, como el marqués de Casa-Muñóz, Moreno Isla, y el mismísimo Estupiñá no era un desconocido para él.

"Es preciso que te acostumbres—prosiguió con cierta severidad,—á prescindir en absoluto de todo cuanto pueda herir ó lastimar á una familia respetable. Dobla la hoja y hazte cuenta de que esa gente se ha muerto.

—Te diré una cosa que te ha de pasmar—indicó Fortunata con la expresión grave que tomaba cuando hacía una declaración de extremada y casi increible sinceridad.—Pues el día que vi por primera vez á Jacinta, me gustó... sin que por gustarme dejara de aborrecerla. Una noche me acosté con el corazón tan requemado de celos, que me sentía capáz...

—¿De matarla?

—Pensaba yo que no tendría valor para clavarle un cuchillo, me daría mucho horror; pero... yo decía para entre mí... ¡mira tú que atrocidad!... me atrevería á envenenarla...

—¡Bah! no digas tonterías... No me que te pongas así... Eso de á la rival es hasta cursi...

—Pero si no he acabado... déjame que te lo mejor. La aborrezco y me gusta quiere decirse, que quisiera parecerme á ella, ser como ella, y que se me cambiara todo mi sér hasta que me volviera tal y como ella es.

—Eso sí que no lo entiendo—dijo Feijóo cayendo en un mar de meditaciones.—Caprichos del corazón.

Y al levantarse, apoyando las manos en los brazos del sillón, notó ¡ay! que el cuerpo le pesaba más; pero más que antes.

M.C.D.2020

M.C.D.2020

cada
que a die dpdo

Mañana á las 10.10 ½ pueden ir por mas galeradas corregidas

V

No pararon aquí las observaciones referentes á su decaimiento físico. Una mañana al levantarse, notó que la cabeza se le mareaba. Jamás había sentido cosa semejante. En la calle advirtió que para andar completamente derecho, necesitaba pensarlo y proponérselo. Pasando junto á la carcomida puerta del convento de la Latina, no pudo menos de mirarse en ella como [illegible] un espejo. Se vió allí bien claro, como vestigio honroso conservado sólo por indulgencia del tiempo. "Todo envejece—pensó, —y cuando las piedras se gastan, ¡cómo no ha de gastarse el cuerpo del hombre!„

Y los síntomas de decadencia aumentaban con rapidéz aterradora. Dos días después notó Feijóo que no oía bien. El sonido se le escapaba, como si el mundo todo con su bulla y las palabras de los hombres se hubieran ido más lejos. Fortunata tenía que gritar para que él se enterase de lo que decía. Á lo penoso de esta situación uníase lo que tiene de ridículo. Verdad que aún andaba al paso de costumbre; pero el cansancio era mayor que antes, y cuando subía escaleras, el aliento le faltaba. Mirábase al espejo por las mañanas, y en aquella consulta infalible notaba flácidas y amarillentas sus mejillas, antes lozanas, la frente se apergaminaba, y los ojos [illegible] enrojecían y llor[illegible] las botas, la rodilla derecha le dolía como si le metieran por la choquezuela una aguja caliente, y siempre que se inclinaba, un músculo de la espalda, cuyo nombre él no sabía, [illegible] produc[illegible] una molestia [illegible] que [illegible] terrible si no pasara pronto... "¡Qué bajón tan grande—se decía,—pero qué bajón! Y esto va á escape. Ya se ve. La locurilla me ha cogido ya con los huesos duros y con muchas Navidades encima... Pero francamente, [illegible] este bajón tan [illegible] no me lo esperaba yo todavía...

Esto le ocasionó grandes tristezas que al

principio trataba de disimular delante de su querida; pero una tarde que estaban sentados junto al balcón, se le abatieron tanto los espíritus que no pudo contener la pena que le embargaba, y confió á su amiga: "Hija mía, habrás notado que yo... pues... habrás visto que mi salud no es buena. Y entre paréntesis, ¿qué edad me echas tú?

—Sesenta —dijo con la mayor naturalidad, con la reserva mental de que se quedaba algo corta.

—Hace unos días que he entrado en los sesenta y nueve... Dentro de nada setenta... ¿Sabes que de quince días á esta parte me parece que he envejecido de golpe y porrazo veinte años? Yo me conservaba en mis apariencias y en mis bríos de cincuenta, cuando de improviso la naturaleza ha dicho: "Que me voy... que no puedo más...„

Fortunata había notado el bajón; pero, como es natural, no hablaba de semejante cosa.

"Lo que más me carga—dijo D. Evaristo con rabia, dando un puñetazo en el brazo del sillón,—es que la vista... Yo siempre he tenido una vista como un lince. Figúrate que en la Habana veía desde el castillo de Atarés, las señales del vigía del Morro, distinguiendo perfectamente los colores de las banderas. Pues desde ayer noto no sé qué. Algunos objetos se me oscurecen completamente, y cuando me da el sol, siento un pico en los ojos... Desde mañana pienso usar gafas verdes. Estaré bonito. En cuanto al oído, ya te habrás enterado. Hace días era el izquierdo, ahora es el derecho; he ascendido; era teniente y soy ya capitán. Te aseguro que estoy divertido. Pero es insigne tontería rebelarse contra la naturaleza. Tiene ella sus fueros, y el que los desconoce, lo paga. Yo he sido en esto poco práctico, siéndolo tanto en otras cosas; pero ya que se me olvidaron los papeles en el caso este de hacer el pollo á los sesenta y nueve años, voy á recogerlos ahora para prevenir las malas consecuencias que de esto puedan sobrevenirme. Por-

97

que ahora es preciso que me ocupe más de tí que de mí. Yo, poco puedo durar...

—No... ¡qué tont[illegible]!—dijo Fortunata, aquella vez más piadosa que sincera.

—Á mí no me vengas tú con zalamerías. Por mucho que tire... pon que tire un año, dos; eso si no me quedo el mejor día hecho un ma-ni[illegible] y en tal estado que tengas tú que sonarme y ponerme la cuchara en la boca. De todas maneras, ya tengo poca cuerda, chulita de mi alma, y tengo que pensar mucho en tí que la tienes todavía para rato, pues ahora estás en la flor de tus años y en lo mejor de tu hermosura y de tu vida...

Y otro día, subiendo la escalera, notaba que casi la subía más con los brazos que con las piernas, pues tenía que ampararse del pasamanos, haciendo mucha fuerza en él. "Esto va por la posta. Si me descuido, no tengo tiempo ni de dejar á esta infelíz bien defendida de los pillos y de las propias debilidades de su carácter. ¡Pobre chulita! Hay que mirar mucho cómo la dejo, porque ésta es de las que lo mismo pueden mantenerse en un razonable pié de buena conducta que dejarse ir á la vida arrastrada. Lo que se me ha ocurrido para asegurarla tonterías, quizás no le guste; de fijo no le gustará. Pero ya irá acostumbrando, y comprenderá que no hay otro camino... ¡Ay de mí, que aún me falta un tramo! Dios me asista y adelante. ¡Quién me había de decir á mí...!"

una!

gote,

o

al son que le tocan baila.

contra incendios, es decir, contra los rasgos de todas clases,

iendo

nos

5480,75
3950
9430,75
4000

5430,75

Entrando en la casa, pasó insensiblemente del soliloquio al discurso, ~~echando la~~ voz á las meditaciones ~~que al subir la escalera le embargaban~~. "¡Quién me había de decir á mí que llegaría á ocuparme de que existen boticas en el mundo! Yo que jamás caté píldora, ni pastilla, ni glóbulo, tengo mi alcoba llena de potingues; y si fuera á hacer todo lo que el médico me dice, no duraría tres días. ¡Y quién me había de decir á mí que ~~llegaría á mirar con recelo este ó el otro plato~~, yo que jamás le he preguntado á ningún manjar por sus intenciones! ~~Mi~~ estómago se me quiere jubilar antes que lo demás del cuerpo, y ya debes suponer que ~~ha de precipitar la jubilación total~~... En fin, que le hemos de hacer.

Al llegar aquí, D. Evaristo tenía que alzar mucho la voz para hacerse oir, porque en la calle se situó un pianito de manubrio y empezó á tocar polkas y walses. Las del tercero, que eran las amas ó sobrinas del ecónomo de San Andrés, que allí vivía, se pusieron á bailar, y al poco rato hicieron lo propio los del segundo de la derecha. En el principal y segundo de la casa de enfrente, armóse igual jaleo, y como los chicos alborotaban tanto en la calle, la gritería era espantosa y D. Evaristo y ~~Fortunata~~ tuvieron que callarse, mirándose y riendo.

"Pues sobre que estoy sordo—dijo ~~Feijóo~~—la vecindad no nos deja oirnos. Callémonos que tiempo hay de hablar.

~~Don Evaristo~~ fijó sus miradas en el suelo con tristeza, y Fortunata, ~~sentada junto á él~~, con los brazos cruzados, mirábale atenta, contemplando los extragos de la decadencia senil en su fisonomía, mientras se alejaban y extinguían en la calle los picantes ritmos del baile. La tarde caía y pronto iba á ser de noche, y como Feijóo tenía horror á la oscuridad, ~~Fortunata~~ encendió luz, que puso en la mesa de camilla, cerró después las maderas...

"¿En dónde has estado hoy?—le preguntó D. Evaristo, que casi todas las noches le hacía la misma pregunta, no por fiscalizar sus actos, sino porque de aquella pregunta salía casi siempre una conversación agradable.

—Pues hoy al mediodía subí á casa de las del cura—dijo [illegible] sonriendo y pasándole el brazo por encima de los hombros.—Son dos sobrinas, guapillas las dos y se parecen aunque no son hermanas. Ayer estuvieron aquí y me dijeron si les quería pespuntear y dobladillar unas tiras para tableado de vestidos. Se componen mucho y tienen arriba la mar de figurines. Están haciendo dos [illegible], y si vieras... no pude por menos de reirme; porque del terciopelo que les sobra hacen trajes para Niños Jesús y para Vírgenes. Todo lo aprovechan, y hasta una hebilla de sombrero que no puedan gastar, se la plantan á cualquier santo en la cintura.

Fortunata había hecho algunas relaciones en la vecindad más próxima. Se visitaba con los inquilinos de la casa, y con alguna familia de la inmediata, gente [illegible] muy llana, muy neta, como que á todas las visitas iba Fortunata con mantón y pañuelo á la cabeza. En el tiempo que duró aquella vida volvieron á determinarse en ella las primitivas maneras [illegible] dales que había perdido con el roce de otra gente de más afinadas costumbres. El [illegible] miento de llevarse las manos á la cintura en toda ocasión volvió á ser dominante en ella, y el hablar arrastrado, dejoso y prolongando ciertas vocales reverdeció en su boca, como reverdece el idioma nativo en la de aquel que vuelve á la patria tras larga ausencia. Doña Damiana, la del vinatero, las de la cordelería y otras vecinas, simpatizaban mucho con la querida de Feijóo y la llamaban la *señá* Fortunata. La gente más fina de aquella vecindad, ó la que más procuraba serlo, era la familia del cura, y [illegible] dos sobrinas eclesiásticas se esforzaban en hacer contrastar su lenguaje atildado con el de su hermosa vecina.

"Pero no sabes, *hijo*, lo que me han dicho hoy—prosiguió Fortunata conteniendo la risa. —¡Ay qué gracia!... Te lo contaré para que te rías. La mayor, que es la más estirada, levantó las cejas y mirándome como con lástima, y echando aquella voz tan fina, pero tan fina que parece que se la han hecho las arañas, fué y me

dijo, dice: "¿Pero ese señor, no se casa con usted?„ Por poco suelto el trapo... Yo le contesté "puede„ y siguió con el sermón. Para que me dejara en paz le dije al fin que sí, que nos íbamos á casar, que ya estábamos sacando los papeles y que pronto se echarían las proclamas.

—Bien contestado... [illegible] de meterse en lo que no le importa.

—Y ahora te pregunto yo—dijo Fortunata más cariñosa pero bastante más seria.—Si yo fuera soltera, ¿te casarías conmigo?

—Sobre eso ya sabes cuáles son mis ideas—replicó [illegible] de buen humor.—¿Crees que han variado desde que estoy enfermo, y que los hombres piensan de un modo cuando tienen el estómago como un reloj y de otro cuando la máquina principia á descomponerse? Algo de esto pasa, chulita, y una cosa es hablar desde la altura de una salud perfecta y otra al borde del hoyo... Pero en esto del matrimonio te aseguro que no han variado mis ideas. Sigo creyendo que el casarse es estúpido, y me iré para el otro barrio sin apearme de esto. ¡Qué quieres! Yo he visto mucho mundo... A mí no me la da nadie. Sé que es condición esencial del amor la no duración, y de todos los que se comprometen á [illegible] mientras vivan, el noventa por ciento, creételo, á los dos años se consideran prisioneros el uno del otro, y darían algo porque los divorciaran. Lo que llaman infidelidad no es más que el fuero de la naturaleza que quiere imponerse contra las tonterías de los hombres, y por eso verás que soy tan indulgente con los y las que se pronuncian.

Por aquí siguió despotricándose en aquel tema, que era de los más sabrosos para él, pero Fortunata no entendía bien estas teorías, sin duda por el lenguaje que empleaba su amigo. Pensaba ella que había que mirar mucho eso del casarse; pero no admitía la no duración del amor, pues en cuanto al suyo verdadero, creíalo tan durable como su propia vida. A poco de esto se puso ella á cenar. Feijóo no tomaba más que un huevo pasado y después chocolate, porque su estómago no le remitía ya las cenas pe-